

Los últimos

Susana González



 EDITORIAL
margen

LOS ÚLTIMOS

SUSANA GONZÁLEZ

LOS ÚLTIMOS



EDITORIAL **margen**

González, Susana

Los últimos / Susana González. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Margen, 2024.

174 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-631-90560-2-0

1. Literatura. I. Título.

CDD A863

Maquetación interior y exterior: Editorial Margen

Editorial Margen – Cooperativa de Trabajo Margen Ltda.

Miller 2039 PB “A” / Ciudad Autónoma de Buenos Aires C1431GDF / Argentina

+54 011 4522 8113

correo@margen.org

www.margen.org



2024. Esta obra se edita bajo Licencia Creative Commons Atribución – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Prólogo

Por Alfredo Juan Manuel Carballada

La autora logra exponer —a modo de claroscuro— la intimidad de seres que habitan entre dos mundos en disputa y que se enlazan, luz y tinieblas, como un Purgatorio situado entre un Cielo y un Infierno colmado de puentes y encuentros que no se nombran pero se perciben en las acciones y expresiones de los protagonistas.

La muerte se naturaliza y se hace cotidiana, de tal forma que para los protagonistas del libro es posible dialogar con ella.

Pareciera que en ese espacio la realidad se muestra como un terrible castigo que cae en forma irremediable sobre quienes nacieron sin derechos, sin poder estar en la sociedad, condenados a permanecer en los oscuros espacios de la exclusión. Desde allí se debaten en un constante movimiento de entrada y salida entre mundos opuestos, en secuencias en las que se conjugan el aislamiento, el egoísmo, la desdicha y la tristeza; mundos en los que se construyen lógicas diferentes al “afuera”, donde las jerarquías y el lugar que se ocupa transcurren en distintas coordenadas.

En el texto, estos seres se muestran en forma descarnada y parecen dirigirse hacia una sola dirección. Su destino se presenta como la espera de una muerte anunciada, tratando de moverse rápido para sobrevivir, por lo menos un día más, un tiempo más. Su anhelo es encontrar un breve momento en el que poder asomarse a las caricias del sol de aquel otro mundo de luz en el que no tienen cabida y del que son expulsados en forma violenta; tal vez también para poder quedarse allí, sin ser acosados, perseguidos, estigmatizados.

La narración evidencia un claro rechazo a esa sensación de angustia generalizada en nuestra sociedad que nos produce la indefensión permanente en la que viven los chicos que habitan las calles, los chicos pobres; el rechazo consciente, o no, a la carga que llevan en vida y que muchas veces conduce a una muerte sin sentido.

El texto también nos lleva a visibilizar con crudeza la hipocresía de la meritocracia y la supuesta igualdad de oportunidades que nos venden las Democracias aún encerradas en las oscuras y siniestras catacumbas del Mercado.

Aquí, el mérito es sobrevivir, pensar, razonar, encontrar alguna explicación. En definitiva construir otro mundo, con una lógica que lo haga habitable aunque sea por un instante.

El libro que estamos presentando es una invitación a recorrer esos diferentes mundos y animarnos a sentir en carne propia la vivencia de los personajes que los habitan. Tal vez desde allí puedan abrirse puertas a otras lógicas, explicaciones y sentimientos.

ALFREDO JUAN MANUEL CARBALLED A

Capítulo I

Una covacha donde no hay ventanas

—Che, Gómez, agarrá tus porquerías. Ya te podés ir.

¿Cuál de las porquerías? Mejor las dejo acá —habrá pensado Gómez mientras el pasillo lo conducía a la salida del instituto—. Mejor las dejo acá. Sí, mejor las dejo acá. Los pibes del instituto comemos comida escupida. Pegadas a mis orejas las risas de los otros pibes me dejan sordo. Casi sordo. Son muy buenos los panes duros para tirar como si fueran piedras. El olor a humedad. El encierro y el ruido chirriante de las puertas pesadas que se cierran. Los golpes. Siempre. El olor a orín, a bolas sudadas. Sí, mejor las dejo acá a mis porquerías.

El instituto, una covacha para pocos pibes. Una covacha donde no hay ventanas, sino una larga crujía que va de la pared del fondo a las rejas y que se extiende a lo largo de una atmósfera cargada de malos presagios. La luz se queda afuera, estancada en los techos de cemento, cubiertos de membrana asfáltica.

Que se quede allí esa porquería de luz cobarde, aquí no hace falta. Que no venga aquí, aquí hace falta otra luz que ilumine los desperdicios.

Aquí somos grises.

Un olor... Ese olor que entra por la nariz pero se queda en la ropa. Ese olor a orín, mugre, cocina, humedad que toma cuerpo hasta hacerse sólido. Que cachetea sin vueltas al que se le anima a espantarlo.

Aquí somos pestilencias.

¿Ventanas? ¿Para qué servirían las ventanas? Serían inútiles. No, no las hay. Sí hay agujeros en las paredes que a regañadientes dejan ver la vida del otro lado: árboles cargados de gorriones que en primavera ocultan las ramas cubiertas de hojas. No se oyen los gorjeos de los pichones, no llegan al instituto. Solo se filtra un haz luminoso que se divierte dejando ver la pared cuando bosteza. Bosteza la pared sin revocar, y muestra los ladrillos —sus dientes— que sostienen un clavo gordo y oxidado del que cuelga una campera de mangas con bordes gastados y una capucha que se dobla hacia adentro. Como a los clavos a las capuchas les gusta esconderse.

¿Puertas? Algunas hay. Son de fierro, pero él sabe que las puertas no son para uso de ellos, los pibes. Lágrimas, dolor, puteadas tienen que quedar adentro. Y las puertas bien cerradas. Inexpugnables.

—Che, Gómez, agarrá tus porquerías. Andate, carajo.

¿Cuál de las porquerías? —Gómez se pregunta con fastidio— La cama de cemento, fría. La mesa de cemento donde se te acalambran los brazos cuando te apoyás para comer. El televisor donde pasan las mismas series todo el día, el televisor que nadie apaga.

Unas patas despatarradas oliendo a un único par de medias de su propiedad. La bolsa de consorcio de la panadería como una bolsa de esas de la cana que se abre para ver el cadáver del pan tibio.

Cuál de las porquerías, eh.

Camina hacia el portón de fierro pesado, rumbo a la calle no hay presencia humana a la vista. Solo un maestro que estira una bocanada de humo a sabiendas, estudiándolo con ojos de buitre. Pareciera que el cigarrillo sostiene al maestro como un Buda vulgar, de esos que descansan en las vidrieras de las santerías de sus barrios. El maestro sabe que su molicie irritará a Gómez, que lo pondrá al borde de un amague de prepoteada. Sabe también que allí se quedará, entre dientes ese amague: el maestro sabe que Gómez es pura espuma, un chabón flojito.

Repatingado en el banco de cemento, la espalda apoyada contra la pared, el maestro toma lo que queda del cigarrillo como pellizcándolo —no vaya a ser que quede un poco sin pitar—, le pega una ojeada a la película en el televisor que ya se sabe de memoria y lo encara a Gómez

—Hablá, decí algo, Gómez, hijo de puta, porque vos te vas. Vos y tus porquerías. Nosotros nos quedamos en este agujero. ¿Sabés? Y aquí nadie te tiene lástima. A nosotros tampoco. Esto es siempre igual —vomita las palabras con bronca— viene la primavera y viene el verano y el otoño y el invierno viene otra vez. Para nosotros, los asistentes, todo nos da igual, sabelo. El tiempo no pasa, no pasa... Este agujero es el mismo para todos, la misma comida, el mismo sopor, los mismos olores, los mismos ruidos, el mismo aburrimiento. Nada que nos sacuda, nada. Pero la verdad, no sé para qué te digo estas cosas si vos ni hablás. ¿Sos mudo, che?

Los asistentes no escuchan el canto de los pájaros afuera, están ocupados esperando que el tiempo de los grilletes pase rápido. Ellos fantasean con las risas de sus hijos, el motor de su auto o la alarma del despertador en sus casas.

—Mirá, Gómez, mirá a tu alrededor. Metetelo bien en la cabeza: vos te vas, yo me quedo. ¿sabés cuantos pibes van a ocupar tu lugar? Están haciendo fila para entrar a este hotel de cinco estrellas. Tu cama no va a tener tiempo de enfriarse, sabelo. Los clientes sobran, ¿sabés? Los perejiles como vos sobran, digo.

¿Cuál de las porquerías? A Leo le repiquetea en la cabeza las palabras del maestro. Recordó de pronto su vida itinerante antes de caer en este pozo.

Como una pelota de primo a tía, como una pelota de tía a hermana, como una pelota de hermana a padrino, de padrino a vecino rebotaba. Acá al menos dejó de rebotar. Acá paró y no tuvo que atarse a la pata de la cama para que no lo hicieran rodar. Allá sus porquerías no eran suyas. Eran prestadas de pura lástima. “Permiso, voy a sentarme para comer; permiso, me voy a dormir; permiso, voy al baño”.

Acá es mejor comer de parado para no tener que deberle nada a nadie. Mejor dormir con un solo ojo no vaya a ser que tenga que dejar la cama de madrugada.

Leo Gómez llorón.

¿Por qué lo habrán encerrado? Gómez cree que lo hicieron para que deje de rebotar, para no volver a escuchar que es un guachito mal entretenido, para dejar de sobrar.

Si ni para tábano sirve. No hace ruido, es silencioso, no ocupa casi lugar. Toma la forma que le indican, es la etiqueta brillan-

te en el barrio donde fue a parar, “allí va Leocaradetomate”. Es un cartel de publicidad: “así terminan los guachitos como vos”. Es el desperdicio amontonado en la esquina, en cualquier momento lo levantan y desaparece de la vista de los vecinos. Es un envase descartado que no se recicla.

¿Cuál de las porquerías deja y cuáles se lleva?

Dicen que es un llorón. No, no lo es. Es un desaparecido momentáneo, eso es. No le da bronca porque ni ganas tiene de embrocar. Es que siente que no tiene aire para respirar.

—Ey, guachín, dejá tu celular. Porque tenías uno, fija. No te hagás el que no entendiste. Dejalo —le ordena el maestro mientras aplasta el pucho contra la mesa de cemento.

Sí, les dejo el celular —seguramente eso le estaría diciendo al maestro— y el Dios que se sentaba a la mesa de reuniones y que nos gritaba para que esas palabras nos entraran bien adentro de nuestras cabezotas. Tomados de la mano. Dios me gritaba en esa reunión, pero después ni se acordaba de mí. El cuaderno también se los dejo. O no, mejor me lo llevo. Para mostrárselo a mi hermana que seguro me viene a buscar. ¿Y si no es ella? ¿Y si salir es sólo una trampa?

—Te dije que agarres tus porquerías, ya te podés ir ¿Me entendiste o te estás haciendo el que no entendiste, gil? Mirá, pibe, si yo fuera vos, sabés cómo saldría corriendo de acá.

No me alcanzarían las patas. Si yo fuera vos, a la gilada ni cabida, agarro mis cosas y me rajo. Vos podés. Yo no. Pibe, dale. No te das cuenta, gil, que yo sí estoy encerrado. Yo no tengo sa-

lida. Si pido un pase, me mandan a un lugar peor. Cuando llego a mi casa después de las guardias, llevo puesto el olor y por más que me cambie de ropa, me bañe restregándome el pellejo como para sacarle lustre ese olor no se va. Qué jodido este olor. ¿No te das cuenta que vos ya estás afuera? Que vas a estar con tu familia. Dale, cambiá esa jeta. Vamos. Ah y no te olvides de dejarme algún recuerdito tuyo, ¿me oíste?

Eso sí, que le devuelvan sus estampitas, esas sí las quiere. Se las va a poner adentro de la remera. Al gauchito cerca del pecho, al otro lo mete en el bolsillo para que los huesos de San La Muerte no hagan ruido cerca de su corazón. Y así lo protegen los dos.

El maestro quiere que le deje sus estampitas. ¿Está loco este chabón? ¿Lo tomé por gil?

El maestro se abalanza sobre Leo, escupe el reverso de las dos estampitas donde pueden leerse las plegarias y los ruegos, y se las pega de un manotazo en la frente. Chorra la saliva sobre su frente hasta que una gota pesada y torpe se le queda colgada en su mejilla: el estandarte de la victoria del que se queda sobre el que se va. O al menos eso cree el maestro.

Ahora Leo Gómez está casi afuera, pero no tiene ningún lugar ¿Eso es una trampa o un acertijo? A que sale y lo rematan. A que sí, acá está lejos de todo. ¿Quién se va a enterar?

Le pasa la lengua a los barrotes, se golpea la cabeza contra la puerta de hierro, olfatea la pared húmeda llena de manchas y nombres grabados, pasa la mano por la superficie áspera del alambrado perimetral, ve por última vez la canchita en la que no le dejaron jugar. Nunca lo dejaron.

Leo va a salir y se va a encontrar a su hermana. O al menos eso supone él.

Capítulo II

Un algo viscoso con olor a saliva fermentada

Yo, Leo Gómez, como por un tubo me deslizo, un tubo angosto, oscuro. Me da miedo. No sé si es una salida. No sé si quedarme. Acá estoy cuidado, cómo me cuesta. Parece que me empujan. Todavía estoy adentro.

Hay alto bondi acá. No entiendo nada. Los maestros corren de un módulo a otro. ¿Qué pasa? Los pibes golpean las rejas con bronca. Escucho a Jonyespanto y a Braianelchef que gritan.

Gritan los pibes, corren los maestros. Saliendo de la cocina del instituto, apenas alcanzaron a llevar las bandejas con comida. Jonyespanto se desliza como un equilibrista entre las mesas llevando papeles de la administración. Hay restos de sándwiches. Hay un esmalte volcado sobre el maus de la computadora. Una revista de venta promocional de bijouterie. Jonyespanto grita, resopla, tira con furia la bandeja. Se deshace de ella. Es un testigo incómodo de su capitulación.

—Acá estás con nosotros, entendiste, gato. Regato sos vos. O sos de los nuestros o estás con ellos—. Lo amenaza a Jonyespanto uno de los pibes que aparece de repente en el comedor. —Si los ayudás a ellos, estás del otro lado, ¿ok? Si estás del otro lado, corrés peligro. ¿Quién te va a bancar? Si estás del otro lado, quedate allá. Guay con cruzar la frontera, bancate la que venga. Igual para tu amigo Braianelchef, que se esconde en la cocina y como una mariquita pela cebollas, papas, prepara la carne, corta los pollos podridos y los adorna con mucho condimento de esos que te hacen picar la nariz. ¿Crées que no nos dimos cuenta de que nos están dando comida podrida? ¿y que ellos son los encubridores? Ni a los perros se la dan.

—Si estás del otro lado, quedate allí. No queremos buchones ni nenitas que se portan bien, que hacen todo lo que se les pide. Ya lo sabés, si te quedás del otro lado, corrés peligro, arreglátelas solo, solito, eh.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como quieras, chabón. El enemigo se zarpa. ¿Te recabíó? ¿Entendiste o te lo repito cinco veces más?

Como por un tubo me deslizo, no, no entiendo nada. Todavía estoy adentro. Tengo miedo. ¿Y si me quedo mejor?

Descargan un bulto desaliñado, deforme, maleable como gelatina. Un algo viscoso con olor a saliva fermentada. En la boca rancia, casi amarilla, la saliva se desprende y cae sobre el hombro del maestro que sostiene al pibebulto. Ya no patalea.

Ayer lo dejaron encerrado en un buzón. En el buzón lo dejaron. Había protestado por la comida. Quizás ya no aguanta-

ba más. Le dejaron todo preparado: una sábana para el catre de cemento, un ventiluz con una única barra de hierro horizontal para evitar que se escapara en veinte centímetros de ancho. Ni un esqueleto hubiera podido. El no pudo. ¿Quién podría?. En esos veinte centímetros solo es posible atrapar la luz del amanecer o adivinar el nido de los pájaros que vuelan alrededor del ventiluz. O temer la penumbra que va ganando terreno.

Seguro que el pibe soñó con esos pájaros, pájaros revoloteando alrededor de un ventiluz sucio e ignorando lo que pasa adentro. Solo así agitan las alas.

¡Qué imaginación la tuya, Leo Gómez! Le tenés envidia a esos pájaros. Quisiste retener la luz del amanecer. ¡Qué idiota! ¿No sabés que adentro es allá afuera, que no hay compasión para nadie?. ¿Sos el jefe de la ranchada? ¿Sos mula? ¿Servís para qué? Te hacés el llanero solitario. No, no hay resto, chabón. Son las cartas que te tocaron. Otras no hay.

La comida que les dan no les gusta. A él, al pibebulto le gusta la que le trae su mamita cuando viene los fines de semana. Siempre haciéndose la linda con los brazos apoyados en la mesa, jugaba con su mechón de pelo colorado y la mirada dispersa. Tomando mate, ella le tiraba ojitos a los otros pibes. Hasta al papá de Braianelchef le sonreía con ojitos maliciosos.

Leo sabe que el pibe se dio cuenta. Pensó mamáputona, le dolió pensarlo. No dijo nada a nadie. Al día siguiente empezó a hacer bondi por cualquier cosa, hasta se peleó con el Jonyespan-to, su compañero de celda.

Las otras mamás son diferentes. Juntan monedas para venir desde lejos. Contratan un chárter para venir en grupo y así pagan

menos. El carácter tiene esta ventaja, cargan todos los bártulos que se les antojen. Traen torta de chocolate, Coca Cola y alfajores. Algún sobrecito escondido. Los pibes sí les importan. Ni en sus casas tienen esos privilegios: ahí agua saborizada y tortas fritas. A veces una pizza canchera, no hay postre. Y les guardan las Nyke para cuando vuelvan.

Estar allí tiene sus privilegios con la familia. Los otros hermanos quisieran estar en ese lugar. Claro, tendrían que mandarse alguna macana para entrar. Sería cuestión de pensarlo o de mandarse. Basta con dos encerrados en una misma familia. Quién se aguanta la parada.

Lo que no les dan, lo ganan a golpes. Aunque siempre hay alguno que se regala.

Era de noche cuando se colgó. ¡Pobre pibe! La vida no le dio changüí. Ya no se bancaba las sonrisas burlonas de los otros pibes, ni qué linda está tu mamita, ni me la prestás un ratito, mirá que no te la devuelvo ni dale, a mí con media hora me alcanza. Che, tu viejo, ¿ni ahí? Tu viejo que no viene a visitarte. Decile que busque en otro lado a tu Mamabuscona. Acá somos todos machitos, ¿me entendés?

Al buzón. Lo mandaron directo al buzón con la cara ensangrentada. Una furia incontenible en sus manos a punto de crisparse. Un enfermero le limpió la herida con alcohol. Las ganas de seguir peleando, eso sí que no se las limpió.

A puñetazo limpio siguió atormentando las paredes de la celda. Sincronizaba los jadeos y resoplaba. Al final se cansó. Se calló, quién sabe. Buscaba alguna salida. Salir de ese lugar sin salida. Miró de reojo la sábana y la barra de hierro en la venta-

na. Los maestros creyeron que se había dormido. Sí, se durmió. Estrujó con todas sus fuerzas la sábana y la retorció hasta hacerla finita y larga. Probó cómo enlazar la sábana a la barra de hierro del ventiluz. Pudo. Hizo un nudo que no se soltó.

Leo Gómez siguió deslizándose hacia la salida. Parecía que lo empujaban. Pensó en el pibebulto. Miró la penumbra que oscurecía el ventiluz, los pájaros se acercaban al nido para proteger a sus pichones. Pensó que el pibebulto era un pichón guachito. Necesitaba protección, su mamá no estaba para cuidarlo.

Leo Gómez siguió. Se tocó el pecho y el bolsillo. Sí, ahí estaban el gauchito y San La Muerte, un poco húmedos todavía. Tuvo miedo. Los pájaros se habían alejado. No quería quedarse. Su presencia no le importaba a nadie: no era necesaria. Afuera, tampoco.

Sabía lo que le esperaba. Allá afuera.

Capítulo III

Se sintió importante por primera vez

Un racimo de gente apiñada contra la pared perimetral del instituto lo esperaba afuera a Leo Gómez. Una luz opaca desdibujaba los contornos de esa manada expectante. Un murmullo creciente se convirtió de repente en sonidos espasmódicos que brotaban de un lado y otro.

Sujetó fuertemente su mochila por temor a algún arrebato y miró con curiosidad a su alrededor. Por encima de las cabezas de esa gente apiñada llegaba a ver el cielo nublado. Pensó que podía tratarse de un mal presagio, igualmente avanzó, aunque con cierto resquemor.

Se sintió importante por primera vez. No podía ser posible semejante notoriedad. Cada vez que él salía de una comisaría solo lo olfateaban los perros sucios en busca de comida. Lo dejaban salir de noche para que la oscuridad lo protegiese de sus propios miedos.

¿Y si me vuelven a detener? Porque los cobanis son insistentes. No sueltan la presa así nomás. Se acostumbran a la presencia de nosotros, les hacemos falta. Cómo llenar un calabozo vacío si no. ¿A quién provocar? Entre ellos no tiene la misma gracia. Hacen falta chivos emisarios.

Leocaradetomate es como un primo lejano a quien se ve cada tanto. Lo esperan en la comisaría o lo van a buscar. Siempre lo encuentran. Lo encuentran siempre porque su vida transcurre alrededor de diez cuadras a la redonda, no más.

Esta vez no lo esperaba la policía. No, esta vez no. Había personas con micrófonos y cámaras de televisión y un murmullo persistente, confuso. Leocaradetomate miró hacia atrás para ver si había alguien más. Quiso volver adentro. De repente escuchó el sonido metálico del cierre del portón. Lo dejaron solo. Del otro lado escuchó chau, Leo llorón y una risita socarrona.

La gente se le vino encima como una piara desenfrenada. Ellos buscaban alguna nueva tragedia cotidiana. Si la encontraban, festejaban. Si fracasaban, en cambio, una vez más se irían hasta la comisaría en busca de información.

Le pisaron los pies, lo empujaron sin misericordia: lo arrinconaron contra la pared. Enredado, quiso soltarse de esa maraña. Quiso tomar aire mirando hacia arriba, buscando ayuda. En ese momento apareció una mujer, se abrió paso a los codazos entre cuerpos, cámaras y flashes. Esa mujer le puso delante un micrófono como quien planta bandera en un territorio.

—Déjenmelo a mí. Leo Gómez es mío, es para mí. La mujer lo increpó: Decime quién mató a tu compañero. Ayer, quién lo mató, eh.

Leo pidió que no lo empujen, eso pidió, casi como en un rezo. Recordaba como lo empujaron al pibe engomado adentro del calabozo, como lo arrastraron de los pelos y con una embes-tida final lo metieron adentro. Como el que estaba de guardia aquel día, esa mujer no dejaba de atormentarlo, hasta patadas en sus piernas recibió. Esta era su primera salida después de tantos meses de monólogos obligados. Nadie lo esperaba afuera, lo dejaron solito. No se sabe cómo se vuelve porque nunca se vuelve del todo. Algo se queda entre las rejas. Tampoco se sabe si afuera seguiría siendo Leo o Gómez o Leocaradetomate como le decían socarronamente en el barrio. Su mitad más segura se quedaba adentro. La otra se arriesgaría afuera. Nunca se sabe qué es lo mejor. Por eso esperó encontrar a su hermana o a algún conocido que lo abrazara, que le transmitiera algo de calor animal para aliviar ese tránsito. No hubo abrazos, huérfano de abrazos se sintió Leocaradetomate.

Esa mujer empuñando el micrófono en la mano siguió atormentándolo al punto de oler la respiración en su cara. Leocaradetomate sintió el aliento húmedo y caliente de ella que se desprendía en pequeñas gotas sobre su brazo. Esa mujer no paraba de hablar. El pibe no entendía. El manequí parlante era una periodista que esa tarde de viento suave había decidido importunar a alguien y eligió a Leocaradetomate. Ningún otro se atrevió a salir. Solo él. Leocaradetomate decidió ser un pibe sordo.

Los cobanis deben estar esperando que aparezca otra vez por el barrio. Pero esta vez no les voy a dar el gusto. Si hay una bocha de pibes para llenar los calabozos, por qué siempre me eligen a mí. ¿Será que me extrañan los cobanis? Yo voy a extrañar a los

pájaros, esos que dan vueltas alrededor de los ventilucos. Donde me encuentran en el barrio, no hay pájaros. Hay perros sucios. Todos hambrientos. Dando vueltas sobre sí mismos. Suplican.

Los pájaros se quedan donde hay pibes que los miren. Los perros huyen del lugar donde hay grandes que los patean. Eso pensó Leocaradetomate.

La mujer del micrófono no dejaba de agitarse. De nada le sirvió el escote pronunciado para tener la primicia. Ni su mirada seductora, ni sus guiños cómplices con el camarógrafo. Ni su gesto violento de bronca contenida hacia el portón de entrada. Nada le sirvió.

Leocaradetomate se pasó la mano húmeda por la cara mientras trataba de adivinar hacia dónde ir. Imaginó que esa mujer no debía conocer lo que es una última mirada amorosa ni el ruido del aleteo que hacen los pájaros al volver a sus nidos porque ellos siempre vuelven como los perros.

Y nosotros también.

Capítulo IV

¿Por qué no me mirás, mamá?

Como un conejo despellejado colgado en el mostrador de la carnicería se veía el mantel floreado que tapa la ventana. No parecía tener vida, solo se dejaba caer. Era su casa, la última casa que lo hospedó, después de conocer algunas miserias familiares que competían entre sí, para decidir quien dejaría de hacerse cargo de Leo, el pequeño asustado. Era su casa, la de Leo, a la que volvía después de varios años. Siempre el mismo mantel, las mismas flores desteñidas ahora con algunas manchas de sangre, tapando la ventana. Para que nadie pudiera mirar adentro. Nadie.

Creyó que al entrar en su casa después de esos tres años encerrado en el instituto iba a recordar la cara de su mamá poniendo el mantel sobre la mesa aquel día. Pero no. Se le disolvía angustiosamente ese rostro hasta quedar reducido a un contorno abovedado.

De repente recordó el golpe que recibió de ese tipo grande en la cocina aquel día. Y su mamá miraba por la ventana.

Ahora sí vas a ver, pendejo de mierda, otro golpe, ahora sí. La mamá miraba por la ventana. Le da la espalda, siempre le da la espalda. El pelo oscuro de la mamá atado con una cintita, el pelo del tipo bañado en sudor con olor a vino. El olor del vino que se desparrama por la cocina mezclado con olor a furia. La mamá miraba por la ventana.

¿Por qué no me mirás, mamá?

Desesperado, Leo le pedía ayuda a san Expedito. Ese que estaba ahí, pegado en la pared con una espiga medio caída. San Expedito también se hacía el distraído. San Expedito miraba el mantel colgado, no a él.

Ya vas a ver cuando me pidan que rece, una mierda voy a rezar, voy a pedir que te bajen de la pared, san Expedito. Ya hay un crucificado, vos vas a ser el que sigue.

El tipo sí lo miraba. Tenía los ojos eyectados en sangre, la voz pastosa, húmeda, de calles de tierra encharcadas y pisoteadas. Una voz que olía a : ya no hay nada que hacer, te voy a hacer mierda, ya vas a ver. La culpa la tiene este pendejo. A puño cerrado, sin cinturón, vio a Leo desplomarse en el suelo, encogido como un feto. Se tapaba la cara Leocaradetomate. Los puñetazos del tipo buscaban el nocaut. Que no lo reconozcan en el barrio, que se burlen, que lo molesten, que le griten ahí va Leo, el hijo de la Sole, el flojo, el que se deja pegar.

Y san Expedito sin hacer nada. Y el mantel colgado en la ventana. Limpio.

El tipo babeaba, eso le dio asco. Más asco que miedo. Torpe, estúpido, inútil: las palabras estallaban en su boca y salían en busca de aire limpio. La mamá acostumbrada a esa atmósfera infectada. Del otro lado del mantel en la ventana, el pasillo. Cuando alguien gritaba en el barrio, nadie aparecía porque todos en el barrio gritaban. Pero nadie aparecía. Se quedarían detrás de las puertas con las orejas pegadas a las chapas. Hasta que los gritos se transformaran en súplicas o en silencio turbio.

Por primera vez, mientras el grandote lo pateaba en el piso, Leo se dio cuenta de la ropa que el grandote había despatarrado sobre la silla: una chaqueta de uniforme negro con charreteras y una insignia en una manga que decía Provincia de Buenos Aires. Policía, con un escudo en el centro. Estaba rodeado.

Leo se dejaba pegar. Inútil, le decía. Se arrastraba por el piso hasta chocar contra la pared. Ahí paraba. Mientras se incorporaba torpemente como un boxeador en su tercer round, el tipo se sostenía la cintura de su pantalón negro. Pudo ver en el bolsillo trasero asomar una navaja. Cómo brillaba esa navaja... Leo pensaba si pudiera sacársela y clavársela, ya no se burlaría más de él. Y su mamá se daría vuelta de una vez y presenciaria la hazaña.

Un pibito petiso, insignificante, contra un muro de carne pestilente, así se sentía Leocaradetomate. David contra Goliath se imaginó. Lo mirarían con más respeto en el barrio. Le pareció que el tipo venía en su contra armado hasta los dientes. Él sería capaz de enfrentarlo. Le sacaría la navaja, lo desarmaría, lo dejaría boquiabierto y luego le perdonaría la vida porque Davidleo era bueno. Era perdonavidas. Esas manos grandes, pegadoras quedarían colgadas de un cuerpo de arcilla blanda como desprendidas por culpa de un inesperado tajo. Dejarían de ser

roca eterna. La figura granítica desmoronada como estatua de sal, como castillo de arena. Y Goliat, el que vive pegando a diestra y siniestra, sería derrotado de un hondazo. El gigante mugriento y borracho caería tambaleándose delante de todos. Y su mamá lo tendría en cuenta, ahora sí. Se la imaginó sonriéndole, dándole su aprobación, diciéndole mi pequeño Leo, mi cogollo tierno, mi hombrecito corajudo. Ahora sí. Recién entonces sería el hombre de la casa. Recorrería los pasillos del barrio con aire ganador. Lo saludarían con respeto. Los pibitos se le arremolinarían alrededor.

Ahora vuelve a su casa después de los años de encierro.

Su memoria nublada hace y deshace imágenes, trastoca los momentos vividos, retrocede o adelanta momentos como si fuera la cinta de un grabador antiguo. Tiene que hacerla volver para detenerse en algún detalle, en alguna imagen, en alguna sensación para clarificar fechas y lugares.

Entonces supo que la furia de aquel día Leo la descargó ciegamente con el primer tipo que se interpuso en su huida por los pasillos del barrio. Tanta fue la furia que no paraba de patearle la cabeza y no supo por qué después la policía se lo llevó, lo encerró en el calabozo de la comisaría para terminar con sus huesos en el instituto. San Expedito ahora lo miraba torcido. Eso le pasa por no haber intercedido a tiempo. Flaco favor le hacía quedándose arrinconado contra la pared.

Cobarde el Expedito. Movete. ¿Esa espiga te impide moverte? Vas a quedar colgado para siempre. Ya sabés que para siempre es mucho tiempo.

El mantel seguía tapando la ventana, ahora un poco sucio con manchas de sangre.

Su mamá no estaba.

Los vecinos le contaron.

El barrio pegajoso y gris con pequeñas hendiduras entre paredes que dejaban pasar una tirita de sol mínima se llenó de cuchicheos. Le dijeron que aquel día se asomaban los vecinos al verlo pasar. Había curiosos, no cortejo. Goliat caminaba por el pasillo en forma titubeante y lenta. Debía ser el peso de ese fardo envuelto en un mantel de flores descoloridas manchado de sangre sostenido por ambos brazos. Brazos de molino. Brazos de madera de quebracho. Cara de aserrín recompuesto con engrudo por pedazos. Apura el paso para evitar ser atrapado por las casas que se le venían encima. Los pasos vacilantes y pesados salpicaban sus pantalones de agua podrida de las canaletas.

La sopa de verduras había quedado sobre la hornalla de la cocina. Ese olor siempre le traía la imagen de su mamá viniendo de la feria con los brazos cargados de bolsas. Brazos de madera quebradiza los de la mujer de Goliat. Finitos, descarnados. En puntas de pie para no molestar.

Limpiando papas, zanahorias, cebollas, así la recordaba. Se cortaba los dedos con el cuchillo. Le sangraban, siempre le sangraban.

Mamá, si yo hubiera estado allí, te hubiese curado con un poco de alcohol y una gasa.

Ella solía sentarse a la mesa con el tipo. Y el tipo le decía ¿Sabés, nena, la de nenas que tengo gratis en la taquería? Buenas hembras, no como vos que ni para coger servís. Y el tipo tiraba

el plato con el guiso al piso porque la comida estaba fría. Venían los perros y se hacían un festín.

La voz de la mamá sonaba como un resorte oxidado: hijito, ya no va a haber más problemas, ya vas a ver. Eso fue todo. Cuando se dio vuelta, ella tenía la cara de un boxeador vencido. El ring había sido la pieza y ella había perdido por nocaut. El contrincante no dejaba de ser un cobarde, un maldito cobarde, un Goliat arrogante y brutal.

Ya no va a haber más problemas.

Entonces la casa estaba limpia, los perros satisfechos y había mucha luz: la mamá le había hablado. Todo estaba en orden.

De regreso del instituto, Leo la buscaba pero su mamá ya no estaba, había dejado el delantal de cocina arriba de una silla. Todavía se veían las gotitas de sangre secas en la piletta cuando se cortó con el cuchillo. El piso estaba grasiento, los perros estuvieron lamiendo el piso.

La mamá le había dicho que no iba a haber más problemas. No va a haber más problemas, no va a haber más problemas, hijo, ya vas a ver.

Se acabaron los problemas. El tipo no volvió más. Claro, por eso lo decía. Seguramente se fue a boxear a otra parte.

Uno de estos días seguro que su mamá sí vuelve. Porque quién le va a dar de comer a los perros.

Y los pibitos del barrio se van a arremolinar alrededor de él. Y le van a gritar ¡qué grande sos, David!

Capítulo V

Le quedó clavada en la cabeza la palabra horror

Son solo mariposas. Mariposas amarillas como los girasoles en verano, como limones maduros a punto de reventar, como flores silvestres, como el sol calcinante. Son solo mariposas, no debería sorprenderse.

Si fueran gusanos, murciélagos inocentes, escarabajos blandos, gallinas desplumadas, hienas angustiantes, lobos maltrechos, eso sí debería preocuparlo.

Pero son mariposas amarillas las que aparecen. ¿Dónde está el horror en eso?

No puedo dormir. Las mariposas me aletean sobre la cabeza y son miles de ellas, todas amarillas. Vienen hacia mí, forman como una espiral danzante, como un tornado de alas. Creo que me van a devorar, voy a desaparecer y nadie me vendrá a buscar. No puedo dormir. Yo estoy al lado de un alambrado de púas sin poder sostenerme. Cuando creo que me van a rodear hasta asfixiarme,

las mariposas, esas miles, se elevan y pasan por encima del alambrado. Del otro lado hay montañas de basura, las mariposas las sobrevuelan y vienen hacia mí, pasan por encima del alambrado de púas y desaparecen. Yo me quedo quieto, sentado en el suelo con mi traje a rayas.

Hizo un chasquido con la boca. ¿Cómo podía ser que desde que salió del instituto Leo no hacía más que soñar con mariposas amarillas? El sueño se repetía una y otra vez. Siempre igual se repetía.

Le quedó clavada en la cabeza la palabra horror. Como un aguijón le quedó clavada. Leocaradetomate estaba acostumbrado a empuñar armas de cualquier tipo y calibre, armas que le producían placer, una adrenalina intensa, un orgasmo final. El horror era otra cosa. Ni siquiera la observación de un cadáver le producía lo mismo. Mientras estuvo en el instituto Leocaradetomate vio pibes colgados con la lengua afuera, pibes con sus brazos cortajeados, pibes a quienes les salía espuma por la boca en rítmicos estertores. Nada de eso le producía horror. Entonces, en sus sueños desfilaban escorpiones, frankesteines, ataúdes vacíos, tumbas adulteradas, caballos desbocados. Nada de eso le producía esa sensación.

Un intenso malestar le subió: desde el ombligo hasta la garganta. Allí se quedó.

Se le ocurrió que podría intentar pintar mariposas verdes o rojas. Cambiar de color torcería el sentido de su sueño. Fue inútil.

Probaba estirar el tiempo del desvelo. Cuando cayó rendido, volvieron las mariposas amarillas. Creyó verlas posarse en su almohada, detenerse en la maceta de geranios y sostenerse arriba del rodete de la señora de la foto. Finalmente, rodearon el vidrio

de la ventana y formaron un friso incandescente. Como intrusas. Adonde iba, Leocaradetomate dibujaba mariposas amarillas. En el respaldo de la silla, en la puerta del baño de hombres, en el asiento del colectivo, en el mantel viejo de su casa, en la palma de su mano.

Oyó lamentos. Pensó en abrir una puerta, buscar una salida para dejarlas ir. Pensó en convocar a un verdugo para cortar de cuajo tanta insistencia. Creyó que el corazón se le alejaba galopando y él lo alcanzaría. Deseó perder la memoria, la prudencia. Deseó asomarse a un pozo. Ver el fondo.

Phoebis sennae.

Un día se enteró, casi por casualidad, que los violentados en campos de concentración nazis soñaban con mariposas amarillas volando por encima del alambrado de púas.

Capítulo VI

No seas imbécil, soy tu aliado

La esquina del barrio donde vive Leocaradetomate está de luto. Un luto plebeyo, oscuro, paralizante. El barrio vive siempre así, aunque las chicas vecinas desplieguen sin piedad, sus colores intensos. Aunque las cintas del pelo sean rojas, las zapatillas blancas, las blusas amarillas y las polleras de jean azules el barrio vive de luto. Un luto clandestino que nadie se anima a exorcizar. Los imbéciles pretendían apaciguarlo. El luto brota por todas partes, aún en el paisaje desolado de los montículos de basura que se yerguen como gendarmes, allá arriba, en el sol que calienta las chapas oxidadas de los techos, en la estrepitosa vocinglería de las cotorras, en aquel sauce llorón único en su especie entre tantos árboles anónimos, en los esqueletos de los coches desarmados, sin carne y sin nervios. Solo esqueletos.

Hay muchas esquinas en el barrio.

Las hay donde se amontona basura que tapa la puerta de entrada de la casa. Basura que alguien tendrá que escalar si quiere llegar a salvo. Quizás cuente con la ayuda del viento que la disperse para reconocer fácilmente su casa cuando llegue de noche tambaleándose borracho. La montaña de basura será su brújula. Si en lugar de viento es la lluvia la intrusa, dejará en la montaña un olor insoportable a pegote mojado, hediondo. Ese olor también será su brújula. Olor que también aprovecharán los ciegos.

Hay esquinas para comerciar. Siempre hay un tipo apoyado contra la pared con un pie apoyado sobre el revoque y el otro sobre el piso. Forma una simetría de ángulo de cuarenta grados. Silba bajito para que no se escuche demasiado, basta con acercarse y leer sus labios. El tipo mira hacia ambos lados de la esquina; destraba sus piernas y saca las manos de sus bolsillos. Cuando alguien se acerca, parece que lo va a saludar dándole un apretón de manos. Pero no hay apretón. Desliza un sobrecito blanco de mano a mano después de que algunos billetes cambiaron de dueño.

Las esquinas menos visitadas son aquellas paradas obligatorias de la policía. Las usan con exclusividad. Nadie se atreve a pisar esa vereda. Prefieren los vecinos bajar a la calle o tomar otro camino ante el temor de que ese lugar esté infectado de sentimientos de venganza. Ayer mataron a un policía. Mañana matarán a un chorro. Y así una y otra vez hasta que alguno se dé por vencido. Nadie se da por vencido. Ese es el juego. No hay lugar para todos en este mundo. No hay posibilidad de convivencia.

No hay esquinas peligrosas; hay esquinas en peligro. Hay temor justificado de que venga alguien de la municipalidad: un inspector, un empleado raso, un chofer, un personal de maestranza y decida borrar la esquina y cortarla en gajos redondos para evi-

tar que alguien pueda sorprender a otro escondiéndose en uno de sus lados. La solución es redonda. Colocan seis cámaras para ver lo que los vecinos hacen desde un centro de monitoreo municipal, sin apuntar hacia la calle sino hacia la esquina redondeada. Es un asunto grave perder la posibilidad de ocultamiento.

Las parejas no se besan en las esquinas, sino en aquellos lugares que simulan ser zaguanes. Las casas del barrio tienen tan poco espacio para transitar que, cuando uno entra a una casa, ya llegó al fondo donde el dormitorio se separa de la cocina con una cortina de plástico y en el patio crecen algunas plantas en tachos de pintura entre la ropa colgada, la bicicleta y la mesa que no encontró espacio adentro. Entre esos intersticios, las parejas logran cierta intimidad. En las esquinas, no.

En alguna esquina se detiene el carro de un cartonero para descansar. El carro descansa y el cartonero se sienta en el cordón de la vereda si la calle está asfaltada. Todavía le quedan varias cuadras para llegar al fondo del barrio, allá donde las esquinas son inventadas, donde la basura coquetea con los coches desarraigados y quedan restos del canal de agua podrida donde no flota ni siquiera una hoja de papel. El agua pesada del canal es impiedosa, se traga: basura amontonada, perros muertos, latas oxidadas, manchas de alquitrán, botellas vacías. En sus bordes, los del canal, el cartonero descubrió flores silvestres resistentes a tanta decrepitud.

Otra esquina es la del kiosco del Pelado: parece que está alambrada. Territorio clausurado. Allí se entra si uno es pibe, morocho, tiene las cejas depiladas, es pobre y disfruta tener menos de 20 años. ¿Por qué los pibes creen que si uno tiene más de 20 años está afuera? ¿Afuera de qué? Están afuera, se quedan

en la periferia merodeando, dando vueltas como en una calesita. Nunca van a llegar a atrapar la sortija. Nunca.

Esa esquina es un lugar reservado para pibes. Un lugar sagrado. Los viejos pasan de largo y miran, hacen una seña de aprobación con la mano, se persignan y siguen su camino. Los pibitos, en cambio, quieren entrar. Hay que traer un porro o una cerveza para entrar. Más no se les puede pedir porque son bastante molestos, por eso no abundan los pibitos. Solo traen problemas.

Esa esquina hoy está de luto porque el Pelado, el dueño del kiosco, acaba de enterarse de que su hijo, que estaba entre los que pueden quedarse de este lado del alambrado, se mató yendo en su moto nueva. Había salido derrapando como un escupitajo sin darle tiempo al Pelado de advertirle que volviera temprano porque la policía andaba husmeando hacía rato en el barrio. Lo único que quedó intacto fue el espejo de la moto mientras el resto se entreveró en el guardaraíl de la autopista. Alguna señal habrá que colocar en ese lugar. Unas cintas rojas enlazadas, una vela ardiente, no más que eso.

Y el espejo, sólo quedó el espejo. Un espejo puede ser una parte del cuerpo aniquilado si es todo lo que queda; habrá que limpiarlo de vez en cuando, arriba de la mesita de luz en el dormitorio del finadito.

Pelado, ahora tenés más pibes para cuidar del alambrado para adentro.

Tenés al Capilla, al Leo, al Cheto, al Gitano, al Pulenta, al Cortito, al Abel, al Omar, al Hugo. Nos tenés a nosotros. No te vamos a dejar solo, Pela.

Hoy los pibes tardaron en llegar a la esquina más que de costumbre. ¿Habrá sido por el operativo policial de la mañana? En ese operativo se llevaron a unos cuantos mayorcitos, esos que tienen código. En los patrulleros se los llevaron esposados. Se iban riendo como quien va a una fiesta. El barrio los miraba. Todos saben que los mayorcitos son los dueños del barrio, que hay unos pocos que mandan y muchos que obedecen y callan. Y si se les da por hablar, ellos, los mayorcitos, hacen correr la voz de que la hermana, la prima, la madrina, la vecinita linda están muy buenas como para comérselas en un bocado, eso les dicen. O hacen jueguitos con el arma, la sostienen en una mano y la giran con el índice acusador. Varias vueltas giran el arma para demostrar lo que un arma puede hacer en señal de advertencia.

No te hagas el gil si no querés pasarla mal. ¿Entendiste, pibe? Vos no viste nada.

En ese desfile de prontuarios solo faltaban los uniformes. Había insignias tatuadas en los brazos y los dedos. Había armas exhibidas. Había música de fondo, unas cumbias tristes resonando desde temprano a la mañana a todo volumen. Solo faltaban los uniformes de los prontuariados. Los uniformes los llevaban los policías, policías sin música ni alegría, policías que actúan para cumplir órdenes de arriba.

Los pibes piensan que está bueno ser como ellos, como los mayorcitos, porque tarde o temprano ellos tendrán que volver al barrio. La mayoría vuelve. Otros, no. Quedan las mujeres viudas, las hermanas viudas, los hijos huérfanos. Alguien ocupará su lugar, entonces la foto del que no volvió se guardará en la billetera

o se pegará en el documento. Si se consigue una de mayor tamaño, quedará para siempre congelada en un portarretrato sobre la mesita de luz. Ese ausente pasa a ser solo una referencia de paso.

Y los que vuelven, no encuentran ni siquiera las perchas para colgar su ropa. Así son los mayorcitos.

Los pibes estaban un poco inquietos, empezaban a llegar a la cita obligada: la esquina del Pelado.

Encontrarse con una figura de manto negro y guadaña en mano de huesos porosos y fémures descarnados, sentada en un banco frente al kiosco no les llamó la atención. Podía tener treinta años o un millón, daba lo mismo. Algunos tenían una estampita guardada en el bolsillo con esa imagen. Era una imagen familiar, a la que recurrían en caso de necesitar rescate. Cada tanto la tocaban para asegurarse de que siguiera allí, sin posibilidad de fuga, en busca de la tranquilidad que les daría sentirse a salvo de la grieta, la fisura, la gorra, el tiro del final. Pero nadie escapa a su destino.

Sosteniendo en su mano derecha una guadaña con hoja de lata, San La Muerte había llegado a la esquina señalada. Apenas ocultaba un manto negro ese batifondo de huesos mal acomodados. Crujientes. Chirriantes. Ciego de siempre, sus órbitas vacías solo podían guiarse por el olor de su caballo.

No me tires piedras, mijito. Vos también sos un manojo de huesos mal alineados. Vivís en una casa de vidrio. Tu casa puede estallar en cualquier momento, hacerse añicos. No seas imbécil, soy tu aliado.

La figura de capa negra se apeó en la esquina del barrio donde se juntaban los pibes. Acomodó la guadaña y una talega

diminuta a su costado y se sentó contra la pared frente al kiosco. Esparció su manto sobre la pared como quien se dispone a una conversación de largo aliento.

Venía de un recorrido trajinado, fatigoso. Apenas llegada al barrio, la figura de capa negra se movió en círculos. Aunque sus visitas no eran bienvenidas en ninguna parte, insistía haciendo la misma rutina desde hacía años.

Se apareció en la capilla del barrio. Envuelto en su capa negra, escondió la guadaña y se sentó al lado de una viejita, muy viejita, rosario en mano, quien lo miraba de reojo. Tenía surcos profundos su cara como canaletas secas que cruzan infructuosamente campos yermos en busca de la frescura de una comisura de labios o el contorno de unos ojos apretados. Ella sabía quien era, no tenía necesidad de mirarla de frente. La viejita se limitó a decirle: andate sucia y siguió rezando sin darle importancia al asunto. Aunque no estaba en sus planes obedecer, se levantó de su asiento cuando vio que un cura se acercaba, desafiante, crucifijo en mano: el cruce de miradas fue aterrador. Un viento suave se levantó dentro de la capilla que le movió la capa y le hizo crujir los huesos mal acomodados. El viento la empujó hacia afuera.

San La Muerte decidió seguir. Pasó por la esquina cubierta por un montículo de basura que impedía ver la entrada de la casa. Pateó el montículo, desparramó la basura, formó cuatro o cinco montones donde antes había uno. Se habrán quedado sin brújula algunos vecinos, pensó.

Quiso esconderse en la esquina redonda para sorprender a algún vecino. No tuvo suerte, él podía ser visto desde cualquier lugar, aún de noche cuando la capa negra se confundía con la noche negra, huérfana de estrellas.

Se detuvo en la esquina del comerciante. Imitó sus gestos, puso su pie descarnado contra la pared mientras el otro descansaba sobre el piso formando un ángulo de cuarenta grados. Se la veía ridícula haciendo esa marioneta. Intentó silbar pero el aire se le escabullía entre los dientes sin producir sonido. Trató de esconder sus manos huesudas debajo de la capa. Fue inútil. El comerciante se sonreía, torciendo la boca hacia un lado.

—¿No sería más provechoso que hagas un trato conmigo?
—le sugirió el comerciante mientras escarbaba sus dientes con una ramita.

La parca siguió su camino, les hizo una seña con la mano a los dos policías apostados en la esquina exclusiva. Ellos le respondieron con un: la concha de tu madre, no te queremos ver por acá, ándate. Vos sos de esos que si no te das el gusto de llevarnos, nos dejás paralíticos con un tiro en la cabeza, babeando como viejos decrepitos. Estamos hartos de tu presencia, de tus merodeos, no queremos tu compañía. Andá y date una vuelta con los pibes. Ellos no te tienen miedo. Sí, andate.

Donde hay amor, la parca no entra. Mira con envidia de lejos a las parejas, aunque se oculten entre la ropa colgada, los tachos con plantas y las bicicletas. No, no entra. No la dejan entrar.

Cuando vio al cartonero sentado en el cordón de la vereda, la parca se detuvo en seco y lo miró con compasión. Pensó que ese hombre necesitaba descansar. Los pobres descansan cuando se mueren mientras tanto la vida no les da respiro, pensó. Este hombre estaba casi tan flaco como ella por eso dudó en acompañarlo. A veces uno está muerto en vida, ni cuenta se da.

Su presencia no fue sorpresa para nadie. San La Muerte llegó a la esquina del Pelado, quien solía tener charlas largas con la

parca, tan acostumbrado estaba a las ausencias familiares. Los encontraron a los dos sentados uno frente a la otra con las piernas separadas y hablando cara a cara a muy cerca distancia. ¿Qué esperaban?

Los pibes intentaron saber de qué charlaban, pero la cara de la parca y la del Pelado estaban cada vez más cerca hasta casi tocarse la nariz o lo que quedaba de ella. Nuevamente un leve viento levantó la capa y se vieron los huesos. El Pelado pasó su mano tibia por esa osamenta, la sintió fría y pensó que su hijo seguramente se estaría quedando frío también. Le dio ganas de arroparla, de calentarle las manos, de prestarle sus ojos, le pareció demasiado triste su existencia. Rechazada por muchos, esperada por pocos, sin ninguna esperanza de que pudiera aliviarla.

De repente, el santo se puso de pie y mirando a los pibes los increpó, les gritó : ¿Hoy quién me acompaña? No me gustaría que el hijo del Pelado sea mi único invitado. ¿Cómo lo voy a dejar solo? Allá hay lugar de sobra. Ya sé que ninguno tiene los cojones para dar el primer paso. Pero no se preocupen que no van a llegar a mayorcitos. Mayorcitos ya tengo bastantes, pibes me faltan. ¿Nadie se anima?

Entonces elijo yo.

Capítulo VII

Hija de puta la adrenalina

—Mejor vamos de noche —les dijo Leocaradetomate.

—¿Estás loco, vos? Ni en pedo entro ahí.

—No te habrás olvidado las estampitas... Vos sos capaz de dejarlas tiradas por ahí. Dale, chabón. No me digas que tenés miedo de entrar. Mirá que no va a venir Superman a rescatarte, le insistió.

Claro que no. El muchacho pensó que Superman sólo se ocupa de asuntos importantes, no de rescatar morochos en desgracia.

Menos ustedes, están todos invitados a la fiesta. Ustedes son de La Carcova, morochos cabecitas.

Los pibes debieran saber que de Nueva York a La Carcova hay demasiada distancia, más de la que se imaginan. Miles de

kilómetros y miles de objeciones. A veces el paraíso no es todo lo que reluce, este infierno reluce.

Superman —ahora piensan— rescata gente buena en una ciudad de rascacielos. Acá la casa más alta tiene dos pisos de paredes sin revocar y la gente es como es. ¿Quién les hizo creer a los pibes que Superman podría rescatar a unos cuantos del barro?

Cuando los pibes van al cine, pueden llegar a creer por un momento que Superman viene por ellos. Solo por un momento. O que pueden llegar a ser como Superman: sólo si van al cine. En el cine pueden imaginar que la vida quizás sea otra cosa, que hay casas decentes, baños limpios, calles asfaltadas, juguetes y pelotas para los chicos. Entonces y solo entonces, la magia se desvanece, se queda en la pantalla y la vida diaria vuelve.

Superman no va a venir a rescatarlos, no. No se equivoquen, chaboncitos. No flasheen. Rescátense solos. Eso sí, si me dejan afuera y la cosa se pone picante, les voy a dar murga hasta que se cansen. O cumplen lo prometido o los llevo a dar un paseíto. Si les gusta la guita, bánquense la mugre. Vayan sabiendo, el hijo del Pelado no me cumplió.

A los pibes les pareció escuchar esa voz cavernosa de advertencia, pero rápidamente acordaron que se trataba de su imaginación. Se prepararon toda la semana. Discutieron cómo hacer la despedida porque de una manera u otra había que hacerla.

—La que hacen los grandes no sirve —dijo Abelelcortito.

No sirve llorar como marranos arriba del cajón en un salón sin música. Les dan café en el velatorio a los familiares y

amigos de los familiares porque los pibes ahí no van. Se quedan rezando los familiares y conocidos, se miran con ojos de carnero degollado y se dan palmadas en la espalda. Se ven en este tipo de reuniones. Casamientos, bautismos y entierros son parecidos. Se juntan una o dos veces al año, depende de quien nazca, se case o muera y después si te he visto, no me acuerdo.

—Así son los grandes, pura careta —repetía Abelelcortito.

Algunos lloran para no quedar mal. Otros se ríen un poco después de la cuarta copita de licor. Cuando el olor a flores de ramos y coronas empieza a ser insoportable, algunos salen a la calle, toman aire fresco, se ventilan ese olor pegado a la ropa que tarda en irse. Después se van a sus casas como si nada. Le cuentan a su mujer ¿sabés quién se murió? Sí, el pibe del kiosco, el que andaba siempre en moto. Se la tiene bien merecido ese vaguito. Lo único que sabía hacer era andar a lo loco. Menos mal que se mató él solito porque en cualquier momento nos mataba a alguno de nosotros.

—¿Ven por qué no sirve lo que hacen ellos?— seguía diciendo Abelelcortito. —Se la pasan careteando. La careta siempre la tienen puesta. La juegan de cobanis sin uniforme. Buchones eso es lo que son. Los pibes no vamos a los velorios por eso. Nos preparamos para después.

Estuvieron preparándose toda la semana los pibes. Discutieron qué hacer.

—Si llevamos máscaras, seguro que al Peladito le va a gustar —opinó Hugomiseria que nunca supo por qué lo llamaban así,

aunque le causaba gracia. Quizás haya sido aquella vez cuando después de arrebatarle la cartera a una señora y vio lo que tenía adentro, dijo qué miseria. Desde entonces lo llaman así. Abelel-cortito es petiso, pensó, no necesita más explicación. Omarelfanfa es un agrandado y el Gordopulenta es un todoterreno, se manda nomás. Leocaradetomate tiene la nariz fruncida de tanto andar oliendo estiércol de caballos.

—Si llevamos máscaras, seguro que al Peladito le va a gustar. Al otro también. Ya que vamos por el Peladito, lo saludamos al otro también —dijo Leocaradetomate.

Venían de matar el tiempo conversando, con sus mochilas a medio llenar. A la hora de la siesta solo encontraron perros merodeando por los pasillos del barrio. Un cartel pintado a mano anunciaba Comedor bichito de luz que parecía alertarles de la única luz posible, la de un insecto pequeñito que ilumina un lugar donde las pancitas de los más chiquitos dejan de rezongar. Bichito de luz, jua ¡repetían.

—¿Bichito de luz en esta mugre apestosa?, ¿te parece, Omar? Cámbienle el nombre, chabones, ¿sapito de pozo, escarabajo de barro, gusanito de tierra no quedaría mejor? Estos chabones todavía se la creen. Les dan de morfar a los pibitos y se creen mejores, pero son la misma bosta. Son las sobras, man.

Iban por los pasillos salteando las zanjas de agua podrida, codeándose en la angostura del espacio, riendo y hablando a los gritos. Un túnel a cielo abierto. De vez en cuando algún escu-

pitajo. Tenían urgencia por llegar al negocio. En el negocio de cotillón entraron los cinco.

La empleada del negocio se asustó y se echó para atrás, resbalando contra la estantería y golpeando su espalda con un ruido seco. Esperaba que apareciera el arma.

—Muéstreme las máscaras que tenga, doña —dijo el Gordopulenta sin dar las buenas tardes.

—¿Máscaras? —titubeó la empleada un poco más repuesta, despegándose de la pared.

—Sí, máscaras. ¿No me entendió? Dígame cuáles tiene.

—Bueno, miren, son las que están allá colgadas en el estante más alto. Allá las pueden ver mejor —dijo todavía con una voz deshilachada por el susto—. Tenemos de Batman, del Guasón, de Trump, de San La Muerte, de Juan Pablo II, de Menem, de Pablo Escobar, de Rodrigo, del Lobo Feroz, de Harry Potter, de Astroboy, de Superman, de El Eternauta, de Chaplin, de los Tres chiflados, de Carlitos Balá...

—Oiga, ¿nos tomó por pelotudos? No somos pendejos, déme cinco.

—¿Cuáles? —un poco más repuesta, los miraba de uno en uno.

—¿Usted qué cree? ¿Que nos vamos a llevar la de Carlitos Balá? Vamos, no perdamos tiempo —la apuró el Gordopulenta—. Batman, Guasón, Pablo Escobar, Superman y Rodrigo. Cinco son.

La bolsa con las máscaras zangoloteaba sin parar. ¿Tendrían una vida paralela las máscaras? Los cinco personajes se llevan bien, las cinco máscaras y los cinco pibes de carne y hueso también se llevan bien. A ellos, los que esperan adentro, seguro les va a gustar. Son cinco que se las traen.

—Ese Pablo Escobar fue un jefe de verdad. Hay que ver como la repartía —remarcó el Gordopulenta con aire de superioridad y moviendo la mano hacia arriba y hacia abajo uniendo índice y pulgar, acentuando cada palabra—. Pesaba la guita en lugar de contarla. El pagaba bien la lealtad. Eso sí, si te cazaba en alguna traición no contabas el cuento. Un disparo en la nuca y chau al-piste. Si era en la nuca, ya sabías porqué lo remataron. Tenía un ejército de sicarios bien pagos —el Gordopulenta no paraba de hablar—. Acá los narcos no le llegan ni a los pies a Escobar. Se creen el Chapo Guzmán porque va un sicario en moto y revienta un tipo marcado. Los de acá ni para espiar sirven.

—Che, ¿y vos cómo es que sabés tanto de Escobar y el Chapo? Siempre te la pasás hablando de ellos. Sos pesado, eh.

—Es que yo quiero ser como Escobar. No un pelagato ni un lameperro como los del barrio. Esos sí que dan vergüenza.

—Cortala, che. A mí dame la del Guasón —ordenó Omar— y vos agarrá esta de Batman. Se te ve tan fiero, che. Y para el loco una de Rodrigo. Posta que son un refucilo.

Así siguieron hablando hasta que llegaron a la entrada, uno detrás del otro. Como en las fichas de dominó: si cae el primero, caen todos. Echaron una ojeada por los alrededores. Nadie a la vista. Solo el cielo como una lámina de metal. Se pusieron las máscaras.

—Entremos.

Adentro nadie los esperaba. Batman, el Guasón, Pablo Escobar, Superman y Rodrigo van a hacerle el aguante al Peladito, al recién llegado.

Todos se paran alrededor de las dos tumbas. La del hijo del Pelado tiene la tierra removida como recién preparada y unas flores silvestres ya marchitas. La otra con algunas flores de plástico por si alguno se olvida de la cita obligada de todos los meses. Nadie debería pensar que los pibes son unos ingratos de memoria frágil porque los mayorcitos ni se asoman. Los pibes, en cambio, son leales, tienen códigos.

La tumba del hijo del Pelado tiene una cruz de madera nueva, recién estrenada, hecha de apuro. ¿Quién iba a suponer que se necesitaría otra cruz de madera para algún pibe si la policía estaba ocupada con los mayorcitos? No fue la policía esta vez, fue la adrenalina. Hija de puta la adrenalina, no los deja dormir tranquilos. Los agarra, los envuelve, les habla al oído y los hace salir como locos para derrapar, para tragarse el mundo. Ni siquiera tienen un cigarrillo para ofrecerle a la adrenalina porque ella no se calma así nomás, no. Los para un guardaraíl en la autopista, no la prudencia. La prudencia no.

La otra cruz ya tenía un año de inaugurada. Casi un año. La tumba tenía pastito verde. Unas cintas rojas colgaban del brazo horizontal de la cruz y sobre la vertical el gauchito Gil le sonreía a quien quisiera mirarlo de frente. Un Gil en la cruz. Somos todos giles.

Rodrigo no se olvidó de traer unas cuantas cervezas en su mochila, el Guasón unas velas blancas y largas para que duren. Tan grande era la oscuridad en el fondo del cementerio donde quedaban algunas lápidas vencidas y tumbas sin nombre. Tenían unos pocos fósforos. Se apurarían a prender las velas para ver al menos la ceremonia secreta.

Se sentaron alrededor en silencio, formando un círculo imperfecto, pudieron escuchar el roce de las latas de cerveza, la

rotura de los envoltorios de las velas asomando los pabilos, los celulares preparándose para inaugurar melodías cumbieras, las máscaras desperezándose y desplegando sus rostros de plástico.

Fue entonces cuando, con las máscaras ya calzadas, el cielo dio por inaugurada la fiesta. Las velas se prendieron, chocaron las latas de cerveza y uno de los celulares arrancó una melodía intensa de Tropicumbiareggaeton. El celular se apoyaba en la cruz de la tumba del Peladito.

—Tomá, Peladito, para vos también hay. ¡A tu salud, chabón!

Pablo Escobar echó un chorro de cerveza sobre la tierra removida. Quizás pensó que le llegaría hasta la garganta al Peladito para que se refresque un poco. Desde el accidente de moto que el Pela no toma nada. Los gusanos tendrán que esperar unos días más.

—Che, boludo, ¿por qué no ponen la música más fuerte? Buscan en los celulares.

—Ahí hay de la buena, la que tocan en el Tropi. Hay que animar los huesos.

—Esa, esa, justo esa. El Peladito debe estar moviéndose, el loco. Con un chorrito más de cerveza hasta el gauchito seguro se anima.

Rodrigo hizo el amague de ponerse de pie con una lata de cerveza en la mano mientras con la otra se sujetaba en la lápida quedando como un espantapájaros triste, crucificado. Empezaba a mover los pies, torpemente, al son de la música.

En la otra tumba está su hermano, su hermano del alma.

Aquella vez zafó el Guasón porque suya fue la idea y suya el arma. El trabajito sería rápido: entrarían en la carnicería a la hora del cierre, sin clientes o eso suponían. Le dirían al carnicero

dame toda la guita o te quemo, el tipo abriría el cajón, sacaría la recaudación del día, se la entregaría a ellos dos y se irían sin más en menos de cinco minutos. Pero el dueño del negocio sacó una pistola —ellos la llaman chumbo— y disparó. El Guasón alcanzó a agacharse, pero su hermano, hermano del alma, no pudo. Le dio de lleno en el estómago, se agarró de su brazo. Se colgó de su brazo y arrastrándose salieron a la vereda. No había nadie afuera a esa hora. El carnicero adentro vociferaba y él, el Guasón, como pudo alcanzó a hacer una seña a uno de esos remises del barrio, un Renault 12 destartelado que paró porque el conductor lo conocía y los llevó a su casa. No quiso llevar a su hermano al hospital para que la policía no preguntara nada y él no tuviera que someterse a ningún interrogatorio. Su hermano no aguantó, se desangraba, finalmente perdió el conocimiento. O ya estaba muerto.

Desde entonces el Guasón va todos los meses a hacerle el aguante a su hermano al cementerio, ese hermano que no sabía usar un arma, que nunca antes salió a robar.

Unos meses antes su hermano había empezado a tomar cerveza. Le gustaba. Tanto como el reggaetón.

—Ahí va otro chorro de cerveza para vos, hermano.

Aunque su garganta ya no la pueda disfrutar porque estará tan seca como los terrones de tierra que la envuelven y su carne transformada en gramilla bien verde y cuidada.

La cumbia se escuchaba cada vez más fuerte. Las latas de cerveza chocaban unas con otras y caían al suelo. Vacías. Rodaban hasta formar un arco alrededor de las tumbas. Pablo Escobar y Rodrigo ensayaban algunos pasitos de cumbia.

Hoy bailan y toman, mañana quién sabe por las cosas que llorarán. Saldrán en peregrinación de aquí al amanecer. Quemarán sus naves para que nadie se atreva a salir indemne. *Todos somos el Pela*, dejarán todo encharcado porque esa será su señal. Aquí han estado.

El tigre no tendrá más dientes, se habrá cansado de dar zarrazos. Habrá olor a cera quemada. Tendrán aún el sabor amargo de la cerveza bebida y desparramada. Escucharán cómo lentamente se apaga la música cumbiera. Patearán las latas para hacerse paso. Le darán un último golpecito al gauchito con las manos sucias. Acariciarán las cintas rojas que cuelgan de las cruces. Se incorporarán con dificultad del suelo. Pestañearán varias veces antes de abrir los ojos con dificultad, desafiados por las primeras luces del amanecer. Sin violencia. En cámara lenta.

Entonces, recién entonces Leocaradetomate, Hugomiseria, Abelelcortito, Omarelfanfa y el Gordopulenta se asomarán a la puerta de hierro del cementerio con sus máscaras arrugadas en la mano para esperar sin esperanza alguna que un Superman plebeyo los rescate.

Y se escuchó una sirena policial.

Capítulo VIII

Acá adentro soy yo y mi chumbo

Esa casa no le pareció un lugar hostil. Esa casa no tenía rejas. No le parecía que pudiera salir un ser humano con la intención de hacerle daño.

A esos, los que hacen daño, los conoce bien. Conoce esas casas donde si alguien golpea a su puerta, le gritan, lo insultan, lo amenazan y de un solo tirón del brazo o tomándolo del cuello, lo arrastran adentro donde solo hay algunas presencias humanas apenas reconocibles: varios hombres y una mujer. Apenas se distinguen esas figuras en la oscuridad. Por el calor que brota de sus cuerpos, por el olor a sudor que sale de sus ropas, por su olor a tabaco, por su aliento a ajo, dan asco.

Recuerda aquella vez cuando uno de esos hombres adentro de esa casa le agarró su mano con fuerza y dejó en su palma la “mercadería para la venta”. Luego se la cerró mientras le daba las instrucciones del negocio. Su cabeza volaba hacia otra parte, imaginaba huir mientras ese hombre hablaba, pero sus piernas

permanecían estaqueadas en el piso. La operación no debía fallar, si no fallaría él, Tobiaspaquero. Fallar tiene sus consecuencias, para un novato como él. Le dio cierto alivio el aire de la salida. Se calzó la visera, guardó la mercadería en la mochila una vez seguro de que nadie lo podía ver. Cuando empezaba a alejarse, le pareció escuchar un murmullo y unas risotadas que venían de adentro. No las tuvo en cuenta y siguió su camino.

Ahora Tobías estaba frente a esa casa. Esa casa no le parecía un lugar hostil, no tenía rejas. No le parecía que pudiera salir un ser humano con la intención de hacerle daño. Era una casa común de un barrio común del conurbano. Tobiaspaquero no podía recordar cómo llegó hasta allí: si alguien lo había llevado, si fue por sus propios medios, si la policía lo encontró. En su bolsillo tenía esa dirección. Se decidió a tocar el timbre.

Esta no es seguramente la casa de los muertos, pensó. El no quiso ir a la fiesta de homenaje al hijo del Pela con los demás pibes porque de muertos ya estaba harto. No, él todavía estaba vivo, al menos eso creía, aunque por momentos el mundo desaparecía y solo quedaba él, suspendido de un hilo demasiado delgado como para sostenerlo.

Se sintió un pobre diablo inofensivo apellidado Paquero.

Tobiaspaquero, para no servirle a usted. Yo no quiero servir a nadie ni que se sirvan de mí. Soy yo, mi tuca y mi chumbo que es mi guardaespaldas.

En realidad eran su chumbo, su tuca y él en último término.

Aquí adentro soy yo y mi chumbo, hasta que se den cuenta de que lo tengo encima.

O su chumbo y él.

Para ingresar a una comisaría lo revisan, lo palpan, le sacan los cordones de las zapatillas y el cinturón. Para ingresar acá, le miran los dientes y le revisan la boca, los labios porque saben que no hace falta detenerse en la nariz: sería inútil. La nariz está intacta, la boca es una cloaca maloliente con llagas y faltan algunos dientes. Y los dedos están ennegrecidos como si hubieran estado manipulando carbón.

Vengo de Júpiter y aterrizo en La Cava. Apenas pueda vuelvo a Júpiter cuando salga de aquí.

Lo recibió un grandote que dijo: —soy el coordinador del centro de rehabilitación. Le mostró la habitación compartida con seis muchachos más donde dormirá. La cama no era compartida, el resto sí. Todo era intercambiable, no importaba quien lo usara antes y quien después.

Allí le dieron un cepillo de dientes para limpiar el piso y que quede bien limpio y lustrado, eh, también una cuchara para comer. Con el cepillo se arrastró por el piso como si fuera una serpiente caprichosa, avanzaba, raspaba, retrocedía, soplabla lo que quedaba, pasaba los dedos por donde ya estaba limpio y volvía a pasar el cepillo. Y otra vez avanzaba, raspaba, retrocedía, soplabla, repasaba y volvía a pasar el cepillo. Con la cuchara se sentó en el respaldo de la silla y así encorvado cortó los fideos con el borde de la cuchara y se los metió en la boca. El grito del gran-

dote lo alertó de cómo debía comportarse. Después supo que el grandote era un adicto recuperado, un exadicto. Tobiaspaquero se preguntaba si él podía presentarse como un exchorro.

Dios está conmigo —le dijeron, aunque todavía no sabía si Dios iba a aparecer en sus sueños, por más que buscara no lograba encontrarlo en ninguna parte. En sus sueños solo había un jardín lleno de árboles y flores y una paz que se olía. Quiere subir al árbol y el árbol desaparece, quiere correr hasta el final pero no sabe qué hay del otro lado. ¿Será que Dios quiere jugar a las escondidas con él? Todo se esfuma y termina despertándose con el corazón agitado.

Hay un momento para la religiosidad, le informaron, entonces pensó que Dios está disponible los martes y jueves de 16 a 18 hs. Sentados en círculo se tomaron de las manos y cerraron los ojos. A él no le gusta cerrar los ojos, está alerta siempre. Y empieza a escuchar la voz del coordinador que va subiendo de tono, de un Dios suave, mullido, azucarado pasa a otro amenazante con voz de trueno que promete castigo al que no obedece. ¿Será el mismo Dios que se va transformando o hay uno para cada ocasión?

—Sacrificate y serás recompensado —dice el coordinador.

¿Más sacrificio todavía? Si estoy acá es porque no estoy llevando una buena vida.

Sacrificate, Tobías, sacrificate, olvídate de la tuca y el chumbo, aunque sea por un rato.

Espero mi recompensa.

—La fe salva los pensamientos y el cuerpo —sigue el coordinador.

Mis pensamientos son míos ¿o será que Dios los adivina? Y mi cuerpo necesita ser salvado de la destrucción.

—Jehová quiere que seas exitoso. Él es el Rey —dice el grandote.

Si Él es el rey, seguramente lo puede castigar a Tobiaspaquero porque a veces él cree tener el diablo en el cuerpo. El diablo le hace hacer cosas que no quiere hacer.

Le gustó la historia de Jesús como la contó el coordinador. Dijo que el Espíritu Santo condujo a Jesús al desierto para que fuera tentado por el demonio, ayunó cuarenta días y cuarenta noches y después de esto sintió hambre.

Este Jesús sí parece de carne y hueso porque pasó hambre como yo. Si Él la pasó mal, yo también, entonces no hay ni Jehová ni rey ni recompensa y son habladurías chinas de un hijo de puta que me quiere tener encerrado porque no me aguanta nadie.

No tuvo tiempo de calentar la cama.

Voy a recuperar mis cosas, pensó Tobías, mis tres o cuatro cosas: algo de ropa, mis zapatillas, mi pipa y mi chumbo, y me voy. Y si este tipo no me quiere devolver mis cosas ya sabré qué hacer. En la cocina hay una cuchilla grande como para acariciarle el cuello mientras le exijo que me las devuelva. No me miren con cara

rara, chabones, que acá somos todos de segunda. Ustedes también cayeron en la misma trampa. No voy a dejar que mi historia desaparezca. Ustedes ya son zombies, friegapisos, chupacirios, confrontantes, puteadores de mentira.

Y por Jesús, solo por él que pasó hambre y sabe lo que es eso, me voy a llevar una olla y dos sartenes, las vendo y vendo mi ropa porque voy a necesitar paco para sacrificarme, volar a Júpiter, aterrizar en La Cava y arreglar mi dentadura.

Fue entonces que el flaco chirriante de capa negra se apareció en la puerta del centro.

—Uno más —se dijo la parca restregándose los huesos.

Capítulo IX

¿Sos de la escuela o estás afuera?

La portera barre el patio de la escuela.

Usted siga barriendo, Sandra, siga.

Ella sigue, saca la mugre acumulada en el patio, en las macetas, en los pasillos, en los baños, en el borde de las ventanas, entre las patas de las sillas, abajo de los escritorios, en la vereda de la escuela. Hace falta una buena limpieza. Está todo sucio :vidrios rotos, papeles de caramelos, chicles masticados, bollitos de papel, alguna feta de queso con moho, pancitos duros usados como proyectiles, vasitos y envases descartables. También barre ansiedades, suspiros, decepciones, enojos acumulados durante la mañana que no llegan a irse del todo porque en cuanto ingresan a empujones a la bolsa de consorcio siguen palpitando ahí adentro. Toda la mugre acumulada durante la mañana.

Usted siga barriendo, Sandra, que se le va la vida en barrer, ya se habrá dado cuenta. Ya sabe que por más que limpie siempre queda algún rezagado. O algún tozudo.

El cadáver de un pichón que no llegó a volar: eso hay que limpiar. Todo a la bolsa de consorcio, salvo el pichón. Al pichón lo pone delicadamente a la sombra del único árbol del patio. Sandra habrá pensado que ése era un lugar digno para descansar.

—Te voy a matar, ya vas a ver hijo de puta, ya vas a ver —se escuchó en el patio de la escuela—. Te voy a esperar afuera. ¡Ya vas a ver meterte con la Jenny! A ver si sos machito. ¡Botón! Te voy a romper la jeta.

No le alcanzaban las manos al Gordopulenta para terminar de romper los vidrios de la puerta del aula. Su cuerpo gordo se aplastaba contra los vidrios y con el puño cerrado terminaba de hacer trizas el último triángulo sobreviviente de la golpiza. Todo su cuerpo relleno de gomaespuma hasta explotar.

—Te voy a esperar afuera —con el puño cerrado amasijaba la puerta—. A ver si sos machito.

Le sangraban los nudillos. Ya vas a ver. La cara del pibe. Botón. La cara de Sandra. Te voy a romper la jeta. La cara desencajada del Gordopulenta. La mirada desconcertada de Sandra. Un pibe inmóvil sentado en el aula, rígido como muerto. El director que corre. Sandra que corre. El pibe adentro del aula que se agacha. Una botella vacía que vuela por el aire. Los alumnos que gritan. El profesor que pide ayuda a los gritos. Sandra que corre. El director que se para delante del aula. Sandra que logra atajar el brazo del Gordopulenta antes de que se estrelle contra la puerta. Y lo saca a empujones de la escuela. Barrido.

Gracias, Sandra, por el fuego.

El Gordopulenta ya estaba afuera de la escuela antes de que lo echen.

Gordopulenta, no traiciones a los pibes que se quedaron afuera. La escuela a veces no se aguanta. No se aguanta la familia. Pero con la Jenny no, loco.

La escuela es opaca, no te permite ver lo que pasa adentro. Es como un ejército maltrecho con un general distraído y algunos soldados valientes con armas de madera. Los pibes son la retaguardia. Desapareció el ejército de blancas palomitas. Se queda el que aguanta. Segundos afuera.

Gracias, Sandra, por el fuego.
Con la Jenny, no.

“Los niños bien educados se portan bien en la escuela. La cortesía, la urbanidad y los buenos modales se siembran y crecen en el hogar. Esta educación abre todas las puertas”. “Saber cómo hablar, comer, utilizar los cubiertos, sonarse las narices permite separar la pulcritud de la suciedad”. Más trabajo para Sandra.

“Sujetar los instintos, controlar los movimientos del cuerpo, domesticar la sensibilidad bárbara”: trabajo para los docentes. “Sin la observancia de estas reglas, no habrá progreso en los pueblos ni sociedad bien ordenada”, ya lo decía Manuel Carreño en su *Manual de urbanidad y buenas maneras*, aunque Sandra no lo haya leído. Parece que los directivos tampoco.

Se interrumpió abruptamente el barrido, a lo sumo fue media hora de tensión.

Gordopulenta. Si él se hubiera puesto la máscara de la civilización, si no se hubiera mostrado como es, ahora estaría sentado frente al pizarrón. Así no participará del banquete de los bien hablados. Se come las eses, dice chabón, merca, llantas, venís regalado, andás de caño. ¿Qué esperaba el Gordopulenta? ¿Que lo condecoraran y le pusieran una coronita de laureles? No aprendió nada.

¿Sos de la escuela o estás afuera?

Estás afuera, Gordopulenta. Estás libre, libre de todo mal. Ahora podrás andar sin horario por el barrio, sin temor a ser secuestrado por la institución.

El Gordopulenta tenía varios amigos puestos en libertad por la escuela, entre ellos Omarelfanfa y Abelelcortito. Les habían advertido que no volvieran más porque interrumpían el proceso civilizatorio de los otros, pese a la oposición de algunos profesores.

Por eso, en la esquina del colegio él decidió plantarse todos los días a la hora de entrada a clases. Las esquinas son lugares sagrados para los pibes. Esta lo era. Esta en particular lo era para el Gordopulenta. Miraba entrar a los que fueron sus compañeros. Se le iba el alma, se sintió invisible, tentado estaba de arrancar hacia la entrada.

Solo Sandra se acercó cuando desde la puerta alcanzó a verlo. Pensó que era una presencia inesperada en esa esquina. Era el Gordopulenta pidiendo pista para aterrizar. Se sintió un fantasma, como algo que no se ve. Así pasaban al lado suyo sin mirarlo ni saludarlo. Excepto Sandra.

—Quiero entrar. No sé si me van a dejar. Vos, Sandra, que podés. Me siento raro acá, no soy de la escuela, soy del barrio. Los pibes me duelen. Yo soy como ellos, pero cada vez que se cruzan conmigo les debo parecer un pibe de otro barrio, casi un enemigo.

Martes 15 de mayo, 12 horas. Reunión del plantel docente con directivos de la escuela y dos inspectoras de enseñanza secundaria. Asunto: posible sanción a un alumno del establecimiento por conducta inapropiada, amenazas y daños materiales.

Capítulo X

Mamita, cuidá mis zapatillas

Dos cuerpos pesados cayeron sobre la cama matrimonial. Dos cuerpos que empezaron a agitarse mientras inundaban el ambiente de resoplidos, suspiros y voces apagadas. Dos cuerpos que dejaron un hueco en la cama.

El pibe se subió a la cucheta como todas las noches. Se puso una remera bastante gastada que usaba para dormir. Trepó por los pocos escalones de madera que lo separaban del piso después de asegurarse de que su hermana de ocho años estuviera bien dormida en la cucheta de abajo.

Al lado, en el centro de la pieza la cama matrimonial.

Era un sitio privilegiado la cama en esa posición. Como en las tribunas cuando solía ir con su tío y se ubicaban lo más alto posible, la visión que se tenía era panorámica. Desde arriba podían ver la cancha, los jugadores y sus gambetas, la hinchada contraria del otro lado y un cielo a veces amenazante. Comían un par de panchos que compraban al muchacho que fatigosamente

llegaba hasta la última grada con su chaqueta blanca y se secaba el sudor con el dorso de su mano izquierda el vendedor, en cambio, con su mano derecha preparaba los panchos con mostaza mientras se acomodaba el birrete blanco bastante sucio por el manoseo constante.

Tuvo miedo de despertar a su hermanita. No podía quedarse quieto en la cucheta Samuelelcalenton. Trataba de no moverse cuando escuchó a su mamá y a su padrastro entrar a la pieza. En esa oscuridad indecente imaginó los movimientos. Se quitaron la ropa y la dejaron sobre el respaldo de la silla, eso adivinó Samuelelcalenton mientras ponía su cabeza cada vez más cerca del borde de la cama.

Cayeron los dos cuerpos pesados sobre la cama. Él, en la tribuna.

La voz apagada era la de su mamá. Siempre se apagaba su voz hasta hacerse casi inaudible. Cuando hacía las compras, cargaba la SUBE, echaba al perro de la cocina, retaba a los chicos, hablaba con el secretario del juzgado. Siempre le hacían repetir la frase ¿Cómo dice, señora?, mamá no te entiendo, ¿me puede repetir el monto que quiere cargar en la SUBE?

Suspiraba mucho esta mujer. Suspiraba mientras cortaba cebolla y disimulaba los mocos que se le caían. Culpa de la cebolla, decía. Suspiraba mirando fotos viejas. Su hombre en cambio atronaba con su vozarrón en la cama, en la cocina o en el patio. Llenaba el aire de aliento intolerante. Sin chistar.

Fue una pelea interminable. En esa cama.

Samuelelcalenton casi ciego, espiaba desde una tribuna privilegiada, penumbrosa. Le puso mucha atención a lo que decían, aunque durara poco.

Ellos cayeron rendidos.

Samuel intentó dormir aunque le costó un par de horas, un revoltijo de sábanas calientes y un temor cada vez mayor en despertar a su hermana.

Las naik en casa.

Cuando estuvo encerrado en el instituto, su mamá lo visitaba religiosamente. Durante la semana ella preparaba el bolso, algunas golosinas que a él le gustaban, una muda de ropa, un repasador, una torta de chocolate y una botella de Coca Cola de litro y medio.

—Mamita, cuidá mis zapatillas. La coca la tomamos en la visita —le decía Samuelelcalenton a su mamá.

En la visita la mamá lo sentó sobre su falda como cuando tenía cinco años. Lo llenó de besos en la cara, en el pelo, en las manos. En un momento la boca de la mamá se apretó tanto a la de Samuel que no pudieron despegarse, quedaron aprisionados. El aire tenso, caliente. Los otros pibes, Jonyespanto y Braianelchef miraban, las otras mamás también.

Se le rieron en la cara. Le dijeron: prestame tu mamita. Menos mal que ella ya estaba afuera del instituto. Le quedó la torta, la coca y la bronca pegada a la espera del otro fin de semana.

—Mamita, cuidá mis zapatillas. Traeme otra coca la próxima vez que vengas —exigió Samuelelcalenton—. Yo no soy cualquier chabón mantequita. Decile a la Meli que venga a verme,

esa ingrata de la Meli. Seguro que ya se olvidó de mí y anda con algún chabón revolcándose. Yo aquí encerrado. Vos mamita, en cambio, venís siempre, no dejés de venir. Traeme a la Meli y si su mamá no la deja, traémela igual. Acá no le va a pasar nada. Buena piba la Meli, un poco gila nomás. Decile que conteste el teléfono cuando la llamo. Que no se olvide que yo le regalé el celular para que me llame. Buena piba, pero muy guachita. Anduvo diciendo por el barrio que está saliendo conmigo y vos sabés que eso le da chapa. Ya te dije que yo no soy cualquier chabón mantequita. Yo me la juego cada vez que salgo, hago mi trabajo y lo primero que hago es comprarle cositas. Que el celular, que un pantalón nuevo, que aritos de plata. No cualquier celular, un iphone. La piba tiene los mismos berretines que nosotros. Después anda mostrando los regalos y meneando la cola. Seguro que es para que otro chabón se le anime y quiera ser más que yo. Por eso te digo, mamita, traémela a esa guachita, que tenemos que hablar, decile. Yo no soy ningún gil. Que no me tome por gil. Decile también que cuando salga de acá, me voy a comprar una yamaha con la guita que haga un fin de semana. Que la voy a llevar a pasear. Le va a gustar. Mamita, ¿se lo vas a decir? Mirá que voy a estar esperándola, decile. Mejor que venga, si no rompo todo y no me importa si me engoman. Conmigo no se jode. ¿Para qué le compré el celular? Hace dos meses que estoy guardado y ella ni se mosquea. La debe estar pasando bien y yo en esta tumba. Mamita, cuida las naik y la lacoste. Traeme la coca y a la Meli —dijo.

La Meli apareció ese sábado con cara de fastidio. La empujaba la mamá de Samuelelcalenton adentro de la sala de visitas. Bajaron del charter que las trajo desde el barrio y las dejó sobre

la ruta. Unas cuantas cuerdas caminaron en silencio, la mamá adelante con el bolso cargado y la Meli detrás, livianita. Ni una palabra cruzaron. Cada tanto la mamá se daba vuelta para saber si la seguía. Pensaba que la Meli podía retobarse y perderse en el camino. O cruzarse con alguien en auto que ofreciera alcanzarla a algún lugar.

Entró la Meli a la sala de visitas a los empujones.

Ese sábado festejaban un cumpleaños. Las guirnaldas colgaban de las vigas del techo como si fueran cuerpos en descomposición meneándose por última vez, las guirnaldas hechas con papel de panadería y alguna que otra flor de cartulina que se usa en el taller.

La mamá de Samuel el calenton se sentó al lado de su hijo. Él la esperaba con tres vasos de plástico, un cuchillo y algunas servilletas de papel en una de las mesas. Samuel le tomó la mano a su mamá mientras la Meli se acomodaba la pollera para sentarse del otro lado. La Meli en silencio después de unos minutos les dijo:

—Sí, quiero coca.

—¿A vos qué te pasa? ¿Se puede saber? Te compré el celular para que hables conmigo no para que andes jodiendo por ahí.

—...

—Como que me llegue a enterar de que andás atorranteando por ahí ya sabés lo que te puede pasar. Mi mamá me cuenta todo.

La mamá de Samuel el calenton comenzó a golpetear la mesa con sus nudillos de la mano derecha mientras acariciaba más fuertemente la mano de Samuel.

—Ya te dije que cuando me vaya de este agujero me compro una yamaha y te llevo a pasear. ¿O ya no te gusta andar en moto? ¿O ya tenés otro que te saca a ventilar? Decime, che.

—...

—Yo quiero que me vengas a visitar, ¿me entendiste? Que contestes cuando te llamo. O te saco el celular y andá a conseguirte otro macho que te mantenga.

—Vos a mí no me mantenés.

—¿Ah, no? ¿Con que esas tenemos? ¿Quién te compró el samsung? ¿Quién te regaló la pilcha que tenés puesta? ¿Quién te carga la SUBE y el celular? Eh, decime, che.

La mamá le soltó la mano e hizo amague de levantarse para pegarle una cachetada a la Meli. La Meli la esquivó con un brusco movimiento de la cabeza.

—Mocosa de mierda, ¿quién te creés que sos? Mi hijo es el que te da de comer, te empilcha y te da todos los gustos. Y vos le respondés así. Sos una negrita del montón, no servís ni pa' mierda.

La sujetaron entre dos maestros que vigilaban la visita. Ya se le iba encima la mujer. La agarró de los pelos, le sacudió la cabeza y la soltó cuando los maestros le hicieron un torniquete en el brazo y la doblegaron.

—Sabés qué, chabón. Estoy preñada pero quedate con tu mamá, tu moto y tus berretines. Chau.

Arrojándole en la cara el celular salió por la puerta de entrada, no sin antes acomodarse la ropa a los gritos.

—¿Y sabés qué, chabón? Mi hijo huérfano va a ser.

Capítulo XI

Espejo buchón

En un contenedor de la esquina de su barrio donde pululan talleres y fábricas abandonadas —donde la amargura puede navegar sin temor a desaparecer porque siempre, siempre se queda arrinconada en algún lugar pero se queda— Adrianeldesertor encontró vigas de madera, recipientes de plástico, latas oxidadas y algo más que decidió llevarse: un trozo bastante grande de un espejo descartado con algunas estrías y bordes irregulares que, aun así, dejaba adivinar algo de su trayectoria vital. Pensó que ese espejo había tenido varias vidas, lo imaginó en una casa —¿cómo serían las casas con espejos grandes?—, se sonrió pensando que quizás ese espejo estuvo de cara a la pared para que no reflejara el ambiente insoportable de esa casa. Casi como estar en penitencia, por eso fue descartado. Adrianeldesertor era ese espejo. Descartado Adriánespejo. No hay casualidades.

En el Norte el espejo estaba en una casa de familia, en el Sur en una pieza, ya se estaba mudando.

Lo sacó del contenedor con cuidado ante la mirada de un hombre apostado en la puerta de un galpón que él supuso que sería un capataz. Hombre bueno el capataz. Mirada cómplice que dice lleváelo, pibe, nomás. Aquí solamente hay espejos de mano para afeitarnos o vernos la cara cuando terminamos la jornada. Lleváelo nomás de una vez por todas. Dale, pibe, antes que lleguen los otros.

Lo abrazó. Lo abrazó fuerte. El espejo abrazado fue llevado un par de cuadras. Cuando llegó a destino, ese par de cuadras, atravesó un pasillo largo hasta encontrar la piecita del fondo, la piecita de Adrianeldesertor. El pibe dudó dónde ponerlo, lo acostó sobre la cama.

Un espejo no sirve acostado: miraría el techo y el techo lo miraría a él. Y el techo y el espejo se ahorrarían el trabajo de reflejar mezquindades.

Pensándolo bien —se dijo Adrián— sería como estar hablando con uno mismo. Y así evitarse el dedo acusatorio, la mirada descompuesta del hombre al que le acababa de apuntar con una pistola.

Lo puso de pie, el espejo apoyado contra la pared. Inmóvil se quedó como la estatua de una plaza de barrio elegante. Sin pestañear, firme. Coincidió exactamente con la altura de Adrián, un metro sesenta era suficiente para albergarlo, aunque el borde superior estuviera resquebrajado. Las puntas salientes podrían lastimarlo si se descuidaba.

Adrianeldesertor, por el contrario, estaba muy atento, fascinado por esta nueva presencia. Fue un rescate tranquilo, sin víctimas ni gritos ni sirenas policiales ni voces de alarma como

estaba acostumbrado. El espejo ahora sería su única compañía . Delataba su presencia. *Espejo buchón*. El pibe no tenía escape.

Al mirarse en el espejo Adrián terminó de darse cuenta de lo sucia que estaba la ropa que tenía puesta. El espejo se lo decía. Primero se sacó la capucha que le cubría la cabeza y un poco la cara. No estaba tan mal se dijo. Después de todo llevaba días sin bañarse y la capucha le ocultaba la grasitud de su pelo y el mechón rubio manchado de sangre seca después del culatazo que recibió la semana anterior. Se pasó los dedos por el pelo para desenredarlo, estaba muy apelmazado. Adrianeldesertor no se parecía a los otros pibes, su piel era blanca, su pelo casi rubio. A no ser por la cicatriz que le atravesaba la mejilla desde el mentón hasta cerca de la oreja izquierda de costura gruesa y color oscuro, nadie hubiera podido suponer que esa cicatriz correspondía a ese rostro.

Sonrió y acercó la nariz contra el espejo hasta empañarlo, tan cerca estaba. Creyó encontrar algún rastro de su vida anterior. Nada. Espejo mudo, discreto. Espero que siga así se dijo a sí mismo.

¿Se acordaba de cómo apareció esa cicatriz ? El día que Sergioelmaldito se le apareció con un cuchillo de cocina en la esquina del barrio. Él lo quiso esquivar, pero el cuchillo resbaló lentamente contra su cara con el filo hacia la piel. Los pibes del barrio trataron de atajarlo, Leocaradetomate se abalanzó sobre Sergioelmaldito, no hubo nada que hacer, la sangre de Adrián caía en pequeñas gotas sobre la vereda, él estaba rodeado de gritos que alentaban a seguir la pelea. Quien lucha con monstruos la pasa mal.

Recordó: sos una hormiga, te voy a pisar como una hormiga. Olvidate que estuve acá. Yo no existo.

Ahora que se quitó la capucha pensó que sería mejor sacarse la campera. Siguió el pantalón. Siempre frente al espejo. Y los zapatos. Se quedó con los calzoncillos puestos. Finalmente, se los sacó. Nunca antes se vio desnudo frente a un espejo de tamaño real.

Era la primera vez que podía ver su cuerpo completo, antes solo fue por tramos. Algún día se veía en la vidriera de una confitería cuando se detenía a mirar los chocolates o en el espejo lateral de un coche estacionado, también en el baño de la estación. Esta era la primera vez que se veía entero: las montañas desgastadas de sus hombros escuálidos, el río de sus venas a flor de piel surcando azules esa piel blanca, el valle de su estómago deprimido y las marcas de la acción de los hombres en su anatomía humana. Las marcas, una cicatriz que atravesaba su pierna izquierda desde la rodilla hasta el tobillo. Rememoró el momento en que, amotinados, los pibes del instituto, Adrianeldesertor entre ellos, se subieron al techo después de reducir con facas a los asistentes.

—No seas cagón, tirate antes de que la gorra te tire.

Para demostrar que no era cagón se lanzó al techo vecino, clavándose la viga de hierro en su pierna blanca, sin marcas.

Desde entonces renguea, camina ocultando su fisonomía. Al costado de su vientre las señas de una operación urgente de apendicitis. Y el pecho apergaminado como papel celofán usado cuando tenía cinco años e intentó hacerse su comida y la olla se le vino encima.

Mamá, me quemo, mamá, me duele. Quiero ir con mi mamá...

El tiro en el brazo entró y salió a la misma altura y dejó una hendidura perceptible que quedó oculta tras el tatuaje de Cristo vence. Cristo venció, tapó el agujero incómodo.

No hubo ninguna *Puerta de emergencia* para salir de aquello. Su cara era la del tigre que desgarró y la del perro que lame la mano, la de la cucaracha aplastada y la del escorpión que pica y mata. Todas esas caras era Adrianeldeseror. El cuerpo siempre aguanta, el lazo nunca termina de reventarse.

El siempre intentó sacar agua del pozo, tarde se dio cuenta de que el pozo estaba seco, que no había paraíso ni siquiera infierno porque esta vida era una larga estancia en el purgatorio.

Con el espejo y su cuerpo intentó mirar hacia atrás en el tiempo. No debía hacerlo, buscaría de alguna manera el alivio que llegaría en algún momento.

Recogió pesadamente su ropa desparramada por el piso. Y mientras se la ponía pensaba —estaba seguro— que la única promesa de alivio sería la muerte.

Capítulo XII

No sufras

Eran las diez de la mañana cuando se bajó del colectivo. Masticaba rabia. Acababa de gritarle al colectivero que ella se bajaba en la otra parada y él siguió de largo mientras la miraba socarronamente por el espejo retrovisor. El hombre quizás trataba de adivinar si ella sería capaz de hacer alguna otra cosa diferente a gritar, increparlo, escandalizar a los otros pasajeros, con su rostro moreno, de antiguo origen. Debió haberla imaginado yendo hacia el asiento del conductor, agarrarlo del cuello y zamarrearlo como un peluche. Pero eso no sucedió. En realidad él debió fantasear con cada uno de los que inadvertidamente subían al colectivo y algo provocaba. Un provocador al volante.

Ahora la mujer estaba a cinco cuadras del juzgado, cinco eternas cuadras. Llevaba puesta la angustia montada en su pecho, hacía tres días que Abel había salido de su casa y no había vuelto. Nadie lo había visto, era como si se lo hubiera tragado la tierra o como si se lo hubiera tragado la policía. Porque Abel era fácil

de deglutir. Por su tamaño, por su altura y por su temperamento asustadizo podía llegar a esconderse hasta dentro de un tacho de basura, de esos grandes. O en un contenedor o en el baúl de un coche abandonado. Eso hacía cuando asomaban las primeras broncas entre los pibes de barrio. No se hacía ver, permanecía agazapado, atento a las voces de afuera. No solo las voces, el ruido de los caballos que tiraban de los carros de basura y los hombres que resoplaban, también cuando no había caballos, solo tracción a sangre humana.

Eran las diez y cuarto de la mañana y ella llegaba tarde a la entrevista de las diez en el juzgado. Pensaba en lo poco amable que a veces se presentaba la vida, su vida. Qué cochina suerte tener que ir a un juzgado a dar explicaciones. Explicaciones de qué si el Abelito se fue sin decir ni mu, si entre ella y él solo hubo un acto de felicidad clandestina, uno solo: el día que nació. Fue la única vez que lloró de alegría. Eso iba pensando cuando encontró un par de bolsas de consorcio sobre la vereda del juzgado. Las levantó tanteando el peso y decidió llevárselas.

Así se presentó ante la oficial de guardia en la puerta del edificio: llevaba las dos bolsas. Era su carta de presentación:

Yo soy cartonera, cualquier bulto que encuentro en la calle me lo llevo. No sabe usted los tesoros que puede haber adentro. No sabe usted lo que puede encontrar en las montañas de basura del CEAMSE, no se imagina, doña.

Estas dos bolsas son como un CEAMSE chiquito, pero sin tener que correr desde la entrada con horario de salida y sin tener que trepar por la montaña de desperdicios y sin tener

que sentir ese olor nauseabundo. Estas dos bolsas son de una elegancia urbana, no apestan y están al alcance de la mano, cerradas, prolijamente colocadas en un cesto. Después de todo parecía que el día no empezaba tan mal a pesar del colectivo, rumiaba ella.

—Me dijeron que tenía que venir a las diez para hablar con alguien.

—Sí, señora, pero son las diez y veinticinco. Déjeme su DNI y la próxima levántese más temprano.

Qué le voy a estar diciendo a esta ortiva que me levanto a las seis de la mañana todos los días para ir a la panadería a buscar factura y pan de ayer y darle el desayuno a los pendejos. Bah, mejor lo dejo pasar, mejor no le digo nada, flaca ortiva.

Se sentó en la sala de espera del juzgado con sus dos bolsas, una a cada lado de sus piernas. Desde la recepción la miraban. Venir a un juzgado con bolsas de basura, habrása visto qué desfachatez decía la cara de la empleada. Apenas se entreabrió la puerta —qué de puertas hay aquí y no veo ventanas— se levantó para hablar con una mujer joven que apareció en el pasillo.

—Señorita, a mí me dijeron que venga hoy.

—¿Cómo se llama? ¿A qué hora la citaron?

—No sufras. A las diez.

—¿Cómo dice?

—Bueno sí... Marynosufas. Así me llaman en el barrio. Mary Pérez. Marynosufas. ¿Por qué le parece raro? Usted es sicóloga, ¿verdad?

—No, soy trabajadora social. Pase. ¿Y esas dos bolsas?

—Ah, ¿vivo?. Las encontré acá afuera y como yo soy de juntar cosas que tiran en la calle, me las traje conmigo. Quién le dice que hayan tirado algo bueno. ¿Usted a veces no tira cosas que no le sirven?

—Bueno, comencemos. ¿Usted sabe por qué está hoy acá?

—Y porque me llamaron, ¿por qué va a ser? Si no, no vengo.

—Mire, usted está aquí porque su hijo Abel Pérez fue detenido hace tres días por robarle el celular a una chica en la parada del colectivo.

—¡Juaaa! ¡Y esa minita anda en colectivo como yo! Mire, yo le voy a explicar. Este Abel es un cabezón, yo le dije que a la gente laburadora la deje tranquila, que no la joda. Pero este pibe no entiende. Usted me dijo que no es sicóloga, ¿verdad? Es una lástima. Mire que le hablo, eh, pero no hay caso, no le entra en la cabeza. Y le hablo, le hablo y es como hablarle a la pared. ¿Y yo con quién hablo? Dígame usted, claro, no es sicóloga. Mire, Abel es mi hijo mayor y yo lo crié solita porque el papá se rajó antes de que naciera, el muy guacho. Yo lo dejaba con una vecina y me iba a laburar. Lo mío siempre fue cartonear. Al principio juntaba cartones en la calle después de que cerraban los negocios. Volvía en el último tren porque, ¿sabe?, yo iba a capital donde hay gente de guita que tira cosas, si usted viera las cosas que tiran... No se puede creer. Bueno, sigo, le decía, me armé como un carrito con uno de esos de supermercado que me choree un día. Ese día el vigilador miraba para otro lado. Pero oiga, yo no soy una chorra, eh. Y así estuve un tiempo hasta que me avivé que se podía entrar al CEAMSE. Usted sabe lo que es el CEAMSE, ¿no?

—...

—Bueno, y claro, qué va a saber usted, si el CEAMSE está en el fondo casi. Y seguro que hasta allá no fue nunca. Bueno, empecé a entrar, pero había que correr porque solo tenía una hora. Si usted viera lo que yo vi: televisores, videos, paquetes de fideos, de leche en polvo, hasta tabletas de chocolate, doña, vi. Lo pude hacer un tiempito nomás porque, ¿sabe? yo sufro de las piernas y ya no daba más... Y seguí cartoneando, pero sin correr y lo dejaba en casa al Abelito, ¿sabe cómo le dicen en el barrio al Abelito? Abelelcortito. Bueno, digo que lo dejaba cuando ya tenía cuatro añitos para que cuidara al otro hijo que vino después, que por ese entonces debía andar por el año y medio. Y un día, ay, señorita, no me quiero ni acordar, me fueron a buscar los vecinos porque se había prendido fuego la casilla con los chicos adentro. Imagínese usted. Le pedí ayuda a un vecino, por favor le rogué que me ayudara a sacar a los chicos. Él era de gendarmería. Me dijo que no era asunto suyo, se dio media vuelta y se metió en su casa. ¡Cómo se puede ser tan desgraciado!

Yo llegué a romper los vidrios de la ventana y tirar algunos baldes de agua que me alcanzaron los vecinos y después, gracias a Dios y a la Virgen, pude sacar al Abelito. Pero el otro nene se me quedó adentro, no lo pude sacar porque la casilla estaba toda prendida fuego. Yo me senté en el suelo sin hablar y mis vecinos me decían reaccioná, Mary, no sufras, tu hijito ya no sufre, está en el cielo. Y le puedo asegurar señorita que del dolor que sentía no podía hablar y el Abelito al lado mío secándome las lágrimas. Tan chiquito el Abelito. Dígame, señorita, ¿se puede ser tan hijo de puta? El vecino no me quiso ayudar. Yo creo que de esa vez es cuando el Abelito no quedó bien de la cabeza. A veces está como perdido y mira raro. Y para qué va a querer un celular si casi no

habla con nadie. Aunque el otro día lo pesqué diciendo Tamy yo te voy a ayudar. ¿Y sabe quién es Tamy? Mi otro hijito, el que se quemó por ese hijo de puta. Digo yo, en su cabeza, ¿el Abelito pensará que ese celular lo quería para hablar con su hermanito? ¿Para qué, eh? Usted dígame, señorita. Bue, me olvidaba que usted no es sicóloga, para qué la voy a seguir entreteniendo.

Capítulo XIII

Seguí comiendo barro

Todo lo que tocás se convierte en barro, chabón. Te creés que sos el rey Midas, el que todo lo que tocaba se convertía en oro hasta que su comida se transformó en oro y no pudo tragarla. Recién entonces descubrió el valor del barro. Ahora vos sos el rey Midas, pero al revés. Podés tragar tu comida sin atragantarte, imaginar el metal en tu bolsillo, en tu mochila, escondido en tu capucha pero no en tu comida. Seguí comiendo barro, viviendo en el barro. Sos de barro, ¿no lo sabías? Sí, hecho a imagen y semejanza de esas figuras de arcilla que alguna vez fueron moldeadas y así quedaron, a medio terminar porque hacía falta más arcilla. Vos sos un tipo de barro a medio terminar, ¿o no te diste cuenta? Sos un ladrillito, abajo tuyo hay otros más que te sostienen, pero arriba hay otro que te aplasta. Sos tan igual a otros que da miedo nombrarte distinto. Sos Sergioelmaldito porque para ser barro te falta un montón.

En ese barrio no pasaba nunca nada cuando su abuelo, el herrero, se fue a vivir allí. Era soltero, joven, con ganas de pro-

gresar y dejar atrás el hambre de la provincia en donde había nacido unos veinte años atrás. Abandonó a su madre, sus hermanos, el perro porque estaba harto del puchero flaco de papa hervida con zapallo y una tira de carnaza por semana, harto de dormir boca abajo para que se sintiera menos el hambre y no escuchar a su estómago pedir comida. Había aprendido algo de hierros, rejas y soldaduras, un poco de dibujo que copiaba de las rejas de casonas coloniales. Le fascinaban esas curvas, esas flores, esos rulos imposibles. Con muy poco se marchó a Buenos Aires. Antonio, un primo lejano, le propuso conocer el barrio de calles de tierra con olor a estiércol, de zanjas de aguas servidas y un aire puro que se le metía por el cuerpo hasta en los mismos pies que mojaba en las aguas claras del río Reconquista. Por la mañana armaba su casilla, su ranchito, mientras trabajaba de lo que podía. Por la tarde era uno más del barrio. El olor a torta frita solía guiarlo hasta llegar al almacén donde una mujer de pechos grandes lo esperaba. Los pechos grandes se apoyaban en el mostrador. Sus ojos libidinosos lo invitaban a probar las tortas fritas. Cuando la mujer quedó embarazada, dejó de mirarlo con esos ojos; ahora eran furtivos, de recriminación. Y cuando llegó el momento, ella fue sola al hospital. A su regreso envolvió a la niña con una mantita con el desgarró dibujado en la cara. Su útero y sus pechos enormes quedarían para mejores oportunidades. Dejó a la pequeña a cargo de ese joven; así nació su paternidad: inesperada, silenciosa, con olor a torta frita.

Sergioelmaldito creció arrinconado por la voz pastosa de su abuelo, el herrero, quien crió a su mamá. *Papámamá. Mamárosa, Mamá de Sergio. Abuelo de Sergio, Papá de Rosa.* Ellos tres siguieron la tradición familiar, mamá Rosa crió sola a Sergio con la ayuda

de abuelopapá. Cuando Rosa quedó embarazada de aquel vecino, el hombre huyó. Fue así que Sergioelmaldito se saltó una generación, tuvo un papábuelo.

El que busca encuentra, le dijeron a Sergio. Le causó gracia tanta ingenuidad malintencionada. Sergioelmaldito siempre buscó al padre. Lo buscó por las noches cuando el silencio se escuchaba en las paredes ásperas de su cuarto. Estará en una estrella, aquella que permanece agujereando el cielo oscuro se dijo. Esperó una señal. Nada. Lo buscó por las mañanas atado a las manos de su madre en la cocina mientras el calor de las ollas y sartenes se esparcía como lava de un volcán. Por las tardes lo buscó en el bar, desparramado sobre una mesa solitaria con la voz aguardentosa y ronca de los perdidos. ¿Cómo reconocerlo si nunca lo había visto?

Si nadie hablaba de él, cómo saber si era su padre, se preguntaba. Le producía mucha inquietud, tanta que se animó a ir por más.

Un día Sergio preguntó quién era su papá. Rosa y el abuelo se miraron.

—¿No ves, Sergio, quién es tu papá? Para qué preguntás, mocoso. ¿No te alcanza con tener la mesa servida todos los días? Para qué querés saber si el que me preñó es un drogón que anda tirado por ahí —su mamá vociferaba .

—Pero yo quiero conocerlo.

El abuelo le dio las herramientas para trabajar en unas rejas que le habían encargado, lo sentó enfrente de él y le dijo que si no le gusta esto, ya sabés lo que tenés que hacer. Acá no quiero vagos.

—Pero yo quiero conocerlo, aunque sea para escupirle en la cara —agregó esta vez.

Empezó a impacientarse.

El papá huyó, sí, y dejó a la mamá embarazada.

—A los cagones que solo son guapos cuando tienen un fierro, a esos mejor perderlos que encontrarlos. Tu padre era uno de esos y terminó con sus huesos tras las rejas. Y vos, Sergio, que no te pase lo mismo, ¿me entendiste? —le advirtió su mamá.

—Abuelo, quiero conocerlo.

—Ya vas a ver vos con tus preguntitas y tus berretines. Acá tenés que ayudarme en la herrería y sin chistar. Levantarte temprano y laburar conmigo. Te voy a dar el almuerzo y unos pesos para que te compres algo si querés.

Así fue como Sergio el maldito empezó a hacer huelga. Se paraba al lado de las varillas de hierro y las herramientas en silencio. Recorría con su mirada fría el galpón de la herrería, un espacio cuadrado de cinco metros de lado en donde las máquinas tapaban las paredes sin revocar y una cortina de tiras de plástico lo separaba de la cocina en la cual había un calentador a gas, una garrafa y una mesita para apoyar un mate y un paquete de yerba. Pasaban los pibes del barrio por la puerta y se quedaban mirándolo. Alcanzó a ver a Leocaradetomate y Hugomiseria. Recién entonces entendió que su lugar no era la herrería ni la juntada con los pibes, que su universo era mucho más chico pero más personal: le pertenecía a él, a nadie más, aunque tuviera el tamaño de una nuez. Entonces, además de hacer huelga de trabajo, hizo una de sentimientos. Se convenció de que él no le importaba a su mamá ni a su abuelo. Tampoco le importaba a los

chicos que lo observaban en la herrería con sonrisas socarronas, murmurando entre ellos y señalándolo con los dedos. Sergio les daba la espalda como si no mirarlos de frente pudiera evitar ese malestar que sentía en su cara y su estómago. Le dieron ganas de lanzar el martillo contra la pared. O contra ellos. Se contuvo.

Castigado como si fuera un chico de cinco años, el abuelo lo encerró en el cuartito del fondo de la herrería.

—Así que no querés trabajar, mocoso. ¿Te pensás que voy a mantener un vago acá? Ya tengo bastante con tu madre y ahora vos. ¿No querés trabajar? ¿No? Te quedás encerrado hasta que se te pase la estupidez.

Como si fuera un perro sarnoso al que hay que alimentar, le empezaron a pasar el plato de comida por debajo de la puerta. Por un espacio de siete centímetros entre la puerta y el piso pasaba el plato de comida. Se deslizaba a los tropezones. Eso quedaba a la espera de que Sergioelmaldito lo comiera y lo dejara limpio después de haberle pasado hasta la lengua.

No cedió. El abuelo, tampoco.

Estaba seguro de aguantar. A su mamá no la escuchó más, solo el ruido de las máquinas, el caminar de su abuelo y una voz nueva, quizá haya tomado un ayudante el abuelo, se imaginó. El plato de comida pasaba dos veces por día. Ni una palabra era dicha. Mecánicamente se lo dejaban. A los diez minutos volvía vacío.

Ese cuartito estrecho no dejaba de ser cómodo. Lo único que tenía que hacer era no ceder. Dejó de ver caras, llegaba a imaginarlas de acuerdo al tono de voz. Así pudo adivinar el enojo de un vecino que reclamaba por un trabajo mal hecho, las disculpas del ayudante por llegar tarde a la herrería, la del policía gordo

que pasaba a saludar. Aprendió a saber qué comida le traerían ese día por el olor que despedía.

Al cuarto día de encierro, ya casi a la hora de cierre, escuchó unas voces. Escuchó claramente que se trataba de unos pibes que le pedían dinero al abuelo a los gritos.

—Dame toda la plata, viejo o te quemo. Dale, rápido, rápido te dije.

—Salgan de acá, ustedes, mocosos, son todos iguales, chorros de cuarta, medio chorros, eso son ustedes. No les doy nada, vayan a laburar —les respondió el abuelo.

De repente se escuchó un disparo.

—Vamos, vamos, a este loco se le escapó un tiro. Antes de que venga la cana, vamos, vamos. Rajemos.

Sergioelmaldito le dio una patada a la puerta y abrió. Encontró a su abuelo tirado en el piso, boca abajo en un charco de sangre. Pasó por encima de su cuerpo, buscó el plato de comida que debió haberle alcanzado: se le había olvidado. Se dio media vuelta y volvió al cuartito sin mirar atrás.

Eso sí, se aseguró de que estuviera cerrado porque pensó que su mamá quizás se daría una vuelta por la herrería más tarde.

Capítulo XIV

Mi abuela se llama Elsa

—¡Aquí estoy! —gritó con la voz que pudo.

El desierto crece, se amontona la arena caliente. Los pies le duelen, se hunden en la arena. La piel se le acartona, los ojos se vuelven mirada felina, de gato al acecho. Los pies le duelen y le pesan. Se arrastra. Son sus propias huellas las que deja atrás. El cielo se le cae encima, apenas respira. Apenas. Quiere sacar los pies afuera. ¿Afuera de qué? Solo hay más arena, el desierto crece. Quiere ver más allá, pero sus ojos no le bastan. Necesita un caleidoscopio para ver colores, un río quieto para ver su cara. Necesita aire de contrabando, las sobras que los respiradores, los asmáticos, los ventiladores, los viejos pulmotores acaparan.

Cree que sus pies se hunden en la arena allí arriba del escenario. Siente que el escenario no es más que arena movediza. Cree que tiene que moverse y gritar.

No es que se sienta cansado del camino. No. Adrian del desierto se cansa de ser su propia huella, detrás de él no hay nadie.

Nadie. Ni un maestro, ni un patrón, ni un borracho perdido ni un miserable perro lo sigue o lo acompaña. Recordó de pronto aquella frase que le leyeron alguna vez en voz alta: “Que el Estado deje morir al que no puede vivir por sus defectos”. Dejarse morir...

Le vino a su mente la palabra *rescatate*, pero sintió vergüenza de su propia estupidez. Borró la palabra de un plumazo. Agitó la cabeza y la escupió para afuera. Palabra maldita, obscena. Palabra hipócrita.

No quiero que me rescaten. Rescátense ustedes, mala gente que camina y apesta la tierra. Déjenme solo. Prefiero estar así en medio de un desierto creciente con los pies llagados, la mirada turbia, sin río, sin aire. No me tengan lástima, no quiero respirar su aire envenenado, no quiero pisar sus casas amobladas, no quiero un río quieto ni sus colores prestados. No quiero que me lleven de la mano como si fuera un niño malcriado. No le pongan precio a mi cabeza.

Esto hubiera querido gritarles en la cara.

Prefiero este agujero en la tarima porque de aquí nadie me puede sacar. Solo yo puedo. Sé por donde entrar, sé como salir.

—¡Aquí estoy, sí, aquí estoy! —dijo con la voz tan estrepitosa que hasta la última butaca del auditorio de la escuela se enteró—. Sí, aquí estoy —repitió en voz muy baja Adrianeldesertor. Arriba del escenario, rodeado de los pibes que no se animan a mostrarse: Leo, Abel, Hugo y Samuel.

¿Qué les pasa? ¿Les sorprende verme acá? Se imaginaba increpando a todos. Estoy acá, sí, arriba del escenario del auditorio de la escuela. Aunque ustedes no lo crean, estoy acá. ¿Querían seguir viéndome en otro lado? Es más seguro verme detrás de las rejas, ¿verdad? Detrás de las rejas no araña, no ataco, no aprieto ningún gatillo. Detrás de las rejas ustedes se sienten aliviados cuando me ven. Como cuando van al zoológico para mostrarle a sus hijos animales raros, pero enjaulados. Animales salvajes, pero encerrados. Soy ese león herbívoro que esperan conocer, ni muerdo ni muestro los dientes.

Pero ahora salí de la jaula y a ustedes les inquieta mi presencia. Desde donde estoy, desde arriba del escenario del auditorio, los veo acomodarse una y otra vez en las butacas, cuchichear entre ustedes. Los escucho carraspear un poquito nerviosos ¿Piensan que está por comenzar la función de circo?

Pues sí, señores, falta el domador. La función está por comenzar. Las veo a las señoras retocarse el maquillaje y pasar la mano derecha por su pelo una y otra vez. Las veo revisar nerviosas los mensajes de texto en sus celulares. De vez en cuando miran para atrás, seguramente esperan a alguien que llega retrasado. Hay algunos pibes comiendo pochoclo, tienen cara de aburridos. Una señora mayor con bastón se acerca a la fila tercera y se sienta en la butaca del borde. Tiene una cara feliz. Tan feliz.

Esa señora es como mi abuela, la que me crió. Cuando mi mamá cayó presa, mi abuela se hizo cargo. Renegaba mucho conmigo. Esa señora de la tercera fila ahora me va a ver en el escenario. Mi abuela también me iba a ver cuando yo actuaba en las fiestas escolares de cuarto grado. Ella era la que más aplaudía. Yo espero que esta señora de la tercera fila también me aplauda. Los demás no

me importan. Mirá si me van a importar unos pibitos comedores de pochoclos. Se les va a inflar la panza de tanto comer. No vinieron a verme, vinieron a comer pochoclo. Esas señoras tampoco vinieron a verme, vinieron a ventilarse un poco. Tienen cara de estar aburridas en sus casas.

A mí no me importa si no vienen a verme. Deben estar pensando, ¿y esto cuándo empieza?, ¿y esto cuándo se termina?

Yo sigo detrás del telón. Desde aquí los veo a todos: ellos son mis artistas. Siempre el mismo guion. ¿Por qué se pondrán nerviosos? ¿Será porque los miro por este agujerito que tiene el telón? La única que parece tranquila es la señora que se parece a mi abuela. Mi abuela nunca se ponía nerviosa ni cuando veía a mi mamá en la cárcel, ni cuando tenía que hablar con el juez, ni cuando me visitaba en el instituto. No faltaba un solo fin de semana. Para mí era la gloria. Tomaba Coca Cola y comía torta de chocolate. Los otros pibes a veces me miraban con cara rara. Las otras señoras eran mucho más jóvenes que mi abuela. Yo no les quería contar que mi abuela venía porque mi mamá estaba presa. Se metió con un tipo que vendía droga y ella terminó vendiendo. Y la agarraron. El salió enseguida, mi mamá tiene para cinco años más.

Por suerte mi abuela es una señora tranquila. La señora de la fila tercera parece una señora tranquila también. Debe tener algún nieto que actúa hoy, como yo.

En los actos escolares el que se ponía nervioso era yo. Me olvidaba de la letra cuando tenía que recitar, me tropezaba con el vestido de la dama antigua, casi le arranqué el peinetón aquella vez. Crucé delante del abanderado sin darme cuenta en la fiesta del Día de la Bandera. Mi abuela, en cambio, muy tranquila sentada adelante de todo era la primera en llegar. Ella me decía que

era para ver mejor porque casi siempre se olvidaba sus anteojos. Yo creo que era para que sus aplausos se sintieran más fuertes. La señora de la tercera fila también tiene anteojos.

Cuando el acto terminaba, mi abuela le pedía al fotógrafo que me sacara un par de fotos. Después las ponía en un álbum.

Lo más emocionante era cuando la gente me aplaudía. Sí, porque me aplaudía a mí. Yo agradecía con una reverencia al público, me sacaba el sombrero del disfraz con mi mano derecha.

Ahora no tengo disfraz, no lo necesito. Cuando se abra el telón y salga al escenario ya sé lo que tengo que decir. Ojalá no me olvide la letra. La señora de la tercera fila me va a estar mirando. ¿Cómo se llamará? Inés, Antonia, Marta, Haydée... Mi abuela se llama Elsa.

Mire, Marta. Mirame, Elsa.

Mírenme.

Carajo, ¡mírenme! Para eso me subí al escenario. Para eso me ofrecí a hablar en nombre de los pibes del instituto. Los demás ni maúllan. Se quedaron saboreando el gusto de los barrotes: un día más o un día menos para ellos, los que se adaptan.

Mírenme.

¿Por qué creen que estoy aquí? No esperaban verme, ¿verdad? Prefieren borrar me de su vista, barrer me bajo la alfombra, tapar la mugre.

Porque yo soy mugre, ¿verdad? Sepan que ya salí de la guarida, que ya no me escondo.

Aquí me quedo. ¿Saben por qué?

Ya atravesé el desierto con los pies descalzos, ya me quemé con arena caliente. No hubo río ni aire ni caleidoscopio. No hubo nada. Ni una mierda hubo. Solo Elsa que me miraba.

De aquí no me voy. Esperen que se abra el telón, que me escuchen y que me aplaudan. Se van a revolver en sus asientos, habrán deseado no haber venido.

No carraspeen.

Escuchen.

Mírenme.

Marta, Elsa.

Yo de aquí no me voy porque yo llegué primero.

Capítulo XV

Acá somos de ley

La casa amaneció incendiada y destripado en el patio el ñandú que presumía de mascota. Esa noche oscura como pozo seco dejó oír algunos pasos cortos y apresurados. Alguien o algunos, no se sabe si uno o varios, entraron por el jardín. Pisotearon el pasto fresco creyendo que su presencia pasaría inadvertida. Nada los alertó. El roce de las zapatillas en el pasto, la oscilación del bidón de diez litros de nafta en la mano, un cuchicheo apagado, por eso era evidente que por lo menos eran dos los intrusos, y el minúsculo movimiento que supone meter la mano en el bolsillo trasero del pantalón para sacar la caja de fósforos de madera y pellizcar un par por si uno fallaba o se apagaba con el viento suave de esa noche, tampoco alertaron al bull dog.

Un certero tiro al lomo lo dejó al ñandú tumbado sobre el pasto, mientras la casa empezaba a arder. Para terminar la tarea encomendada restaba partir al ñandú en dos, sacarle las vísceras y ponerlas en una cajita en el patio, alejada del fuego que tomaba

dimensiones preocupantes. Las plumas formaban un círculo sobre el pasto manchado de sangre.

A ellos les preocupaba que el mensaje fuera claro: una casa chamuscada, una mascota destripada y una ignorancia absoluta de quiénes fueron los autores. Las llamas trepaban hasta el cielo sin pausa; la casa se tiñó de un tizne oscuro hasta quedar completamente en ruinas. Sin firma de autoría, aunque los hechos de la semana anterior hubieron podido dar algunos indicios.

—Tenemos que juntarnos en el bar. Decile al Boli que traiga al Choco, al Muniagurra y a alguno de los pibes.

—¿A cuáles, che? Están todos muy picantes —contestó uno de ellos.

—Claro, boludo, por eso te pido que los traigas.

—Como vos prefieras, pero después no me digas que no te avisé.

Los pibes entraron con sus camisetas a rayas rojas, negras y blancas. Los chetos son todos gallinas, decían con risotadas mientras entraban al bar del club a los empujones.

—Los chetos son unos mariquitas, no los vamos a dejar entrar a la tribuna. La tribuna es de nosotros, de los pibes.

La gente en el bar los miraba. Se preguntaban si ese alboroto de carcajadas, empujones, golpes en las mesas, chasquidos de dedos derivaría en algo violento y deberían dejar rápidamente los vasos servidos por la mitad. El mozo no se atrevió a acercarse, sin embargo había una mesa en el fondo del salón que los esperaba con los conocidos de siempre. Hasta esa mesa llegaron los pibes. El Gordopulenta y Tobiaspaquero delante de todos.

—Paren, muchachos, que no los llamamos para joder. Hay un trabajito. Lo van a hacer ustedes —les dijeron.

—Y cuál es ese trabajito, ¿se puede saber? No vengas con eso de vender panchos, coca, viseras, banderitas, eso déjalo para la gilada. Ya lo hicimos varias veces. Ahora queremos la torta.

—No se apuren, muchachos. El trabajito es sencillo pero el que la pifia, no cobra. Hay guita de la buena. Tienen que juntarse con los chabones —aclaró uno de los grandotes de la mesa.

—Bueno, empezá a piar claro. Dale, chabón.

Los pibes manotearon unas cuantas sillas de plástico, las arrimaron a la mesa de los conocidos de siempre, se sentaron con las piernas separadas y los brazos apoyados sobre la mesa como para que no hubiera dudas de su interés por lo que se venía.

—Bueno, aquí va, tenemos que ser los dueños de la tribuna. Atenti.

—¿Qué? ¿No somos los dueños? ¿No hicimos bastante ya? —gruñó Nahuelelsupremo.

—No. Está la barra del Funebritito que nos quiere quitar la platea. Muchachos, ¿somos de Chaca o no somos de Chaca? Ni somos gallinas ni somos bosteros. Somos orgullosos, defendemos la camiseta, ¿verdad, muchachos? Les digo otra vez, ¿Somos de Chaca o no somos de Chaca? Vamos a defender la camiseta. ¿Sí o no? Vamos, contesten de una puta vez. Los quiero escuchar, ¿sí o no?

—Ma, sí. ¿Qué es lo que hay que hacer? —con fastidio preguntaron los pibes.

—Tenemos que hacer un bondi fenomenal y que parezca que la culpa es de ellos —hablaba uno de los hombres, parecía ser el mandamás ya que los otros permanecían callados.

—¿De quiénes? —preguntó alguno de los pibes.

—De la barra del Funebrito.

—Aquí va. Escuchen bien —dijo el mandamás con aire de complicidad mientras acercaba la cara a los pibes—. Más cerca —les ordenó.

—Ustedes van a entrar a los baños del club, van a dejar abiertas las canillas y después las clausuran con bulones. Se van a subir a las tribunas y van a aflojar los tornillos de los tablones. ¿Van entendiendo, chaboncitos? Van a tirar algunos tiros al aire para que se arme bondi. Todo tiene que parecer obra del Funebrito.

—¿Quién nos va a dar las herramientas? Digo, porque las pistolas que tenemos no las vamos a arriesgar —se animó Hugomiseria.

—No se preocupen. Nosotros les damos lo que necesiten.

—Y digo yo, ¿los chabones grandes qué pito tocan en este quilombo? Porque nosotros ponemos la jeta y el pellejo—. El reclamo se hizo notar.

—Eso déjenlo por mi cuenta. Ustedes solo se encargan de lo que pasa acá adentro. De afuera se encargan ellos.

—¿Qué? No nos tienen confianza —rezongó Omarelfanfa.

—Ustedes encárguense de acá adentro —repitió con fastidio uno de los conocidos de siempre—. Es como una familia, ¿lo ven? cada uno tiene que hacer algo por la familia. ¿Entienden? Miren, justo allí viene la señora del jefe.

Una mujer de unos cuarenta años, con pantalón vaquero ajustado, remera floreada y los pulgares metidos en los bolsillos atravesó el salón. Con displicencia se aseguraba de que no hubiera desconocidos a la vista, miraba de un lado a otro del salón hasta que con una mueca que simulaba una sonrisa se acercó a la mesa de los conocidos de siempre y se sentó en la única silla de

plástico desocupada. Miró al viejo ventilador de techo que daba vueltas. Ese ventilador bien podría llevarse el calor de la tarde pensó la mujer. No va a alcanzar con un par de cervezas. El ruido de las aspas del ventilador sofoca el ruido del bar, el ruido rutinario de las copas al chocar entre sí, de las botellas que se vacían, de las conversaciones a media voz, del televisor prendido en el noticiero de TN. Por un momento quedó hipnotizada por ese movimiento hasta que recordó de súbito a qué venía al bar. Bajó la vista y empezó a hablar.

—Buenas, pibes. Espero que hayan entendido bien lo que les habré contado Fatiga. Fatiga, ¿vos ya les hablaste? Porque si no arranco de nuevo. Se dio vuelta y le dijo al mozo: lo de siempre, Beto.

—Mire doña, nosotros somos gente de confianza. Estamos a disposición—. Fue lo primero que lanzó alguno de los pibes como para ir soltando la lengua.

—Veo que nos vamos entendiendo. Que les quede bien claro, nadie debe darse cuenta de que el trabajo lo hicieron ustedes. Pasen desapercibidos, ¿se entiende? Los tiros en los pasillos, nada en el salón central. El trabajo en las tribunas cuando baje el sol. En los baños, cuando no haya nadie—. Se pasaba un pañuelo por la frente para secarse el sudor mientras hablaba.

—¿Y afuera qué? —curioseó uno de los pibes.

—Afuera nada. Esta noche hay mucho trabajo. Estamos en guerra, muchachitos. El que afloja o traiciona se banca las consecuencias. ¿Entendido? —preguntó la mujer mientras empapaba su garganta con cerveza helada.

—Queremos un adelanto, doña. Los pibes quieren ver algo.

—No se apuren. Miren, si ganamos esta guerra, la tribuna va a ser nuestra. Vamos a mandar en la tribuna, nadie nos va a

pasar por encima. Todo tiene que parecer hecho por los otros. De la policía nos encargamos nosotros, van a llegar cuando esté todo arreglado.

Su voz adquirió un tono grave, más íntimo, como de comandante de tropa de asalto. Con un puntapié corrió la silla y se puso de pie. Los miraba desde arriba a todos, a los pibes con especial vehemencia. No cabía lugar a dudas, ella era la jefa y esperaba que la obedecieran sin chistar.

—Ven, muchachitos. ¿Van aprendiendo? Acá nadie engaña a nadie. Acá somos de ley. Nadie se zarpa. Nos damos un apretón de manos y ya está. No saben lo bueno que se va a poner esto. La bandera roja, blanca y negra bien alta en la tribuna. Las pintadas nuestras brillando en las paredes del barrio. El Magú y el Lobizón se van a poner cabrones, ya nos vamos a encargar de ellos. Ah, casi me olvidaba. Fíjense, la casa del presidente del club es una linda casa, un chalecito bien pintón con jardín y una mascota. ¿La conocen?

No se olviden de esa casa. Y recuerden, grábenselo, *somos familia*.

Capítulo XVI

Vos que tenés fe, aprovechala

Como un colador dejaron la puerta. La ventana rota y el olor a pólvora se quedó pegado a la pared.

Nahuelelsupremo salió de la casa con un banquito, se subió y contó los agujeros de la puerta. No podía llegar hasta arriba sin el banquito. Lo apoyó en la vereda y empezó a contar uno por uno. A medida que lo hacía, metía su dedo índice en los agujeros para saber cuál era su diámetro. Sus dedos atravesaban la puerta y espían del otro lado. Contó catorce.

Se veían las luces encendidas todavía, apenas estaba amaneciendo. Con los agujeros en la pared fue distinto: metió sus dedos, pero solo salía polvo de ladrillo. Contó cinco cerca de la puerta y de la ventana destrozada. Esa era la ventana de su pieza donde hace una hora dormía plácidamente. Una de las balas — pudo darse cuenta después— quedó incrustada contra la pared detrás de su cama. Justo en ese lugar descansaba un crucifijo de madera con un rosario colgado de uno de sus brazos. La bala

atravesó unas cuentas del rosario y quedó estaqueada en la pared al lado del brazo izquierdo de ese crucificado.

Desde entonces, la mamá de Nahuelelsupremo se salteaba las cuentas rotas cuando rezaba. Son como dos avemarías y un padrenuestro menos, Jesús lo entendería.

Apenas amanecía y Nahuelelsupremo con su corazón agitado todavía hacía cuentas a esa hora. Él, que solía levantarse a mediodía para almorzar, estaba subido al banquito y contaba los agujeros. Pensó que esos cabrones la iban a pagar. Bien caro la iban a pagar. Que no le pase nada a su mamá porque se las iban a ver con él, pensó en un instante. Si esta escena hubiera ocurrido tres horas más tarde, su mamá habría estado rondando su pieza viendo cómo dormían sus hijos para llevarse el rosario y rezar la novena diaria. Habría entrado sin hacer ruido, en puntas de pie para descolgar el rosario. Los habría mirado a ellos con indulgencia. La bala habría llegado a destrozar las cuentas del rosario que estaría en sus manos para detenerse en su pecho grande y deforme. La mamá habría gritado e invocado a Nuestra Señora de Caacupé. La virgen seguramente la habría ayudado, la bala se quedaría detenida frente a la medallita que ella lucía en su cuello.

¿Viste que la Virgen de Caacupé te iba a salvar, mamá? Vos que tenés fe, aprovechala. Mamá, no sé si tu rezo llega hasta el cielo porque el cielo está completo de rezos de madres huérfanas de sus hijos. Mamá, no dudes. Insistí. El barrio está lleno de ausencias. Mamá, es tan oscura la noche. Todos duermen, las ametralladoras esperan.

Faltaban siete horas para el mediodía, para que su hermano despierte y su mamá entre a la pieza como todos los días. Nahue-

lelsupremo volvió a su pieza y se sentó en la cama con un arma sobre sus piernas. Se quedó esperando.

Dos días antes Nahuelelsupremo había terminado de vender los últimos sobrecitos. Llevaba tres semanas de éxito comercial. Un pibe del barrio lo animó para convertirse en vendedor. A él le gustaba la *plata fácil*. No tendría que ir más a rebuscárselas por ahí, lavar coches en invierno y colocar membranas en los techos de la villa en verano. O pedirle plata a su papá que terminaba en discusiones violentas de portazos y salidas intempestivas. Ya había dormido por ese motivo en un coche abandonado durante cinco noches con los dedos entumecidos, los pies agarrotados y la cabeza que le daba vueltas. Su propio olor le resultaba insoportable. Ni el cepillo de dientes pudo llevarse, solo lo puesto antes de que una trompada voladora lo dejara estampado en el piso. La de su padre.

Un pibe lo llevó hacia una de las casas del fondo del barrio. Allí decían tener la oficina. Había un tipo gordo y morocho sentado frente a un escritorio. Sus manos estaban llenas de anillos de oro que le apretaban los dedos, parecían amorcillados. Hablaba con acento peruano, o eso supuso Nahuelelsupremo, de Paraguay no era. Nunca antes lo había visto. Su amigo le dijo que hacía poco se instalaron en el barrio, que compraron esa casa en el fondo. Aunque todo el mundo comentaba que después de un incendio se instalaron. Y que el incendio lo provocaron ellos. Los verdaderos dueños tuvieron que irse del barrio bajo amenazas.

—Che, Rulo, ¿viene con vos este pibe?

—Sí, es vecino. El viejo trabaja con el mío en construcción.

—¿Vos cómo te llamás?

—Nahuel, pero me dicen Nahuelelsupremo.

—¿Nahuelelsupremo? Ja, ja. Nahuel el supremo pelotudo. ¿De qué te las das, pibe? Acá si te venís a hacer el gallito, te desplumamos al toque. Sabelo.

—No, no, es porque soy bastante marquero. Me gustan las cosas de marca. Altas llantas.

—Claro, por eso viniste acá. Acá se gana buena plata, sabés.

—Sí, me dijo mi amigo.

—Pero a la primera que te mandés, te limpiamos. No andamos con vueltas, ¿me entendés?. Acá en el barrio hubo un pibe medio cagón, viste. Primero aceptó y después se arrepintió. Se llama Leocaradetomate. Lo debés conocer.

—Sí, vive a dos casas de la mía. A veces lo veo pasar, pero un tiempo anduvo desaparecido.

—Ja, ja, ja. ¿Desaparecido? Guardado querrás decir. No le dio el cuero y salió como un rastrero a robarle a las viejas del barrio. Vos sabés que para la cana era demasiado perejil y lo mandaron al instituto. Acá no somos rastreros. A los rastreros como ese Leocaradetomate nosotros mismos los denunciarnos porque nos arruina el negocio. Nos trae la cana al barrio por esa mierda y nosotros ya lo tenemos todo arreglado. ¿Vas entendiendo, pibe? O te lo repito.

—Si... si... —titubeó Nahuel, aunque él sabía la verdad de por qué lo habían encerrado a Leocaradetomate.

—Nosotros te damos los clientes, vos pasás a buscar la mercadería, la cobrás y cada quince días nos rendís. Te llevás la otra. Si vendés todo antes, venís antes. Si fallás, mejor que ni aparezcas. Si te agarra la cana, nosotros no te conocemos, ¿entendido?

—Bueno, ¿cuándo empezamos? —desafió Nahuelelsupremo.

Pensó que nunca mejor puesto el nombre con el que lo conocían en el barrio. A sus quince años se iba a llenar de guita vendiendo merca, no le tenía miedo a nada. No iba a ser como ese mantequita de Leocaradetomate que arrugó en la primera. Con la guita, la primero que juntara, se iba a comprar una moto. Iba a pasar derrapando delante de la casa de los pibes, haciendo willy para que lo vieran desde las ventanas.

Ya van a ver los giles del barrio, pensó.

Rulo, el vecino, le advirtió que fuera cumplidor con el hombre gordo de muchos anillos. Era un tipo peligroso ese peruano parlanchín.

—Vos fumá, que yo sé lo que tengo que hacer, Rulo.

Rulo desapareció por unas semanas. Nahuelelsupremo pensó que lo de “el supremo” le quedaba chico. No hacía más que vender en una esquina donde paraba a las siete de la tarde cuando bajaba el sol y todos los gatos eran pardos.

Se cruzó en el pecho una bandolera discreta con algunos bolsillos. A varios los llenaba de mercadería hasta casi explotar. En el más pequeño guardaba los billetes de cien que se acumulaban como sus deudas. Nahuelelsupremo sentía que la plata le quemaba en las manos, debía gastarla en moto, cerveza y chicas.

A los diez días el hombre gordo y morocho de muchos anillos de oro lo mandó llamar.

—Vos, pibe, te acordás que tenés una deuda conmigo, ¿verdad? —le dijo mientras ponía al lado de la lata de cerveza una pistola sobre la mesa de aquella casa del fondo del barrio.

La pistola permanecía muda. Ese día el atardecer amenazaba lluvia y el perro a su lado no hacía más que rascarse. Del fondo

de la casa sonó una voz de mujer que preguntaba si el hombre gordo necesitaba algo más. Nahuelelsupremo se preguntó si se refería a algo para comer u otra pistola. Se le ocurrió que una no era suficiente para intimidarlo.

A Nahuelelsupremo le podían poner un arsenal sobre la mesa. Él no se dejaría intimidar, no se achicaba ante nada. En su casa su mamá le rezaba a la Virgen de Caacupé mientras él le prometía un trato a San La Muerte. Si todo iba bien, le llevaría ropa y alcohol a su santuario en Paraguay. No podía salirle mal, estaba protegido.

—Usted póngame sobre la mesa los fierros que quiera. Pero quédese tranquilo, yo voy a cumplir. Dijimos tres semanas, ¿verdad? La semana que viene es la tercera.

—Mirá que sos bicho, pibe, eh. Agrandadito como calzón de gordo resultaste. Eso me gusta, que saques pecho como un macho de verdad. Pero acordate que acá se cumple la palabra o se cumple. Si no cumplís, sos boleta, pibe.

La plata de la venta de la mercadería ya se la gastó. Sintió que debía hacer algo urgente. Sin cobardía, pero huir.

—Rezá, mamá hasta que se te gaste el Dios en la boca.

Habló con un vecino del Paraguay que todas las semanas cruzaba la frontera llevando y trayendo mercadería para vender. Nahuel le consultó si necesitaba un ayudante para el viaje. Le pareció bien a don Amarilla, quedó en contestarle cuándo sería el próximo viaje.

—Dentro de dos semanas, voy repleto.

—Qué garrón, yo precisaba viajar esta semana.

Nahuelelsupremo empezó a sentirse nervioso. El ómnibus era muy caro. Otro vecino que siempre viajaba necesitaba de un mecánico para su coche.

—¿Ahora qué?

—¿Ahora qué, macho? Vos te la buscaste. Bancate lo que venga.

Nahuelelsupremo le redobló la apuesta a San La Muerte: llevaría ropa, alcohol y alguna alhaja si zafaba de esta. San La Muerte no se dio por aludido, ya se había llevado al Peladito y estaba por conseguirse un par más de pibes. La virgencita de Caacupé no le permitió cambiar de cliente. O con San La Muerte o con la virgencita. A su mamá le pidió que armara un pequeño altar al lado del de la virgen.

—¿Qué pasa, mijo? ¿Estás en problemas?

—Usted rece por mí, mamá.

En ese momento sonó su celular.

—En tres días hago el viaje a Paraguay. Podés venir conmigo le dijo don Amarilla.

—Tres días...

Esa noche tuvo un mal presentimiento. Acomodó las velas del altar, enderezó el crucifijo y le dio otra vuelta al rosario colgado de la pared. A su hermano no le dijo nada.

Alrededor de las cuatro de la mañana le tiraron una piedra por la ventana con un papel. Mientras intentaba leerlo sin encender la luz, escuchó el repiqueteo de las ametralladoras contra

la puerta de su casa, las paredes y la ventana de su pieza. Vio caer el rosario al piso con unas cuentas menos y las velas del altar apagarse.

En el piso estaba el mensaje que le tiraron con la piedra en el piso. Alcanzó a leer “Supremo, sos boleta”.

Capítulo XVII

El diablo metió la cola

Marcos es un muchacho tranquilo, de movimientos parsimoniosos casi solemnes. Su vocabulario es ajustado, preciso, parco. Pocas palabras. Cuando las usa parece que las sacara de un sarcófago y las pone en movimiento sólo para que empiecen a rodar. Se detiene abruptamente antes de terminar cada oración y se guarda lo que falta para no cansarse. Se imagina el resto, no por pereza, sino por detestar el derroche. Por eso aprendió a ahorrarse algunos verbos, a señalar las cosas en lugar de nombrarlas, a dirigir el mentón hacia el lugar indicado. Ya dejó de decir estoy aburrido, ahora dice aburrido. No pedía que le dieran la comida, hacía sonar la cuchara contra el plato varias veces y si no lo atendían seguía con el vaso. Al salir de su casa hacía un gesto con la mano sin mirar a nadie. Cuando regresaba, carraspeaba para avisar que estaba de regreso. Si le molestaba la música de los huaynos, se tapaba los oídos en señal de desaprobación.

Lo único que sobraba en esa casa eran los adornos que tapiaban paredes, llenaban las mesitas bajas y las repisas. Ninguno de los pibes del barrio visitaba esa casa. A nadie le interesaba entrar a un santuario poblado de imágenes que se le venían encima a cualquier visitante. Si a Leocaradetomate se le ocurriera entrar, tendría que abrirse paso como en un tren fantasma entre una muchedumbre de imágenes que se burlaban de quien entrara. Leo tan parco como Marcos, tan de pocas palabras, por eso se toleraban bien.

A nadie de su familia le llamó la atención que Marcos dijera: *sangre*. Lo encontraron parado en el marco de la puerta del dormitorio que compartía con su hermano. Los brazos le colgaban de su cuerpo sin gracia. Apenas sostenía una pistola. El cuerpo de su hermano en el piso del dormitorio boca abajo. La sangre le brotaba desde el costado derecho de su cabeza. El hermano sujetaba una imagen de yeso del Señor de los Milagros en su mano derecha.

—Vamos, Marcos, preparate que hoy es la fiesta del Señor de los Milagros. Dice el tata que tenemos que ir, que cómo vamos a dejar de agradecerle lo que hizo por nosotros. De paso llevamos estas dos medallitas que mama encargó. Marcos y Rogelio dicen y se las dejamos cerquita nomás para que vea el Señor que somos gente agradecida, que sabemos cumplir nuestras promesas para que nos siga cuidando. Desde que lo tenemos acá en la pieza no para de lloverme trabajo. Y la familia tiene salud. Todas las bienaventuranzas juntas, todos bien gracias a Dios y al Señor de los Milagros.

A regañadientes Marcos siguió a Rogelio hasta la parada del colectivo. Apenas bajaron en la avenida Bonorino se vieron

envueltos por una música que les hacía bailar los pies como en un remolino. Los pies de ambos se movían solos, bailaban hasta las medallitas que llevaba Rogelio en su bolsillo por encargo de su mama. Se olía el incienso que vomitaban unas campanillas brillantes de algunos hombres con pecheras. Ese olor se impregnaba en los vestidos rojos de las niñas que bailaban, ya no se sabía si era el olor de sus cuerpos sudados o el de las campanillas que sudaban incienso. Bailaban los pies de Marcos y Rogelio. El olor del incienso se confundía con el que brotaba de los kioscos de comida ubicados a ambos lados de la avenida.

De repente cesó el baile: llegaba el Cristo morado, el Señor de los Milagros. Llegaba encaramado en un baldaquino de madera sostenido en andas por seis hombres de la Hermandad del Señor de los Milagros quienes caminaban balanceándose, avanzaban lentamente e iban escoltados por mujeres con mantillas en sus cabezas. Mujeres vestidas con hábitos morados como el Señor. Mujeres que rezan, repiten una y otra vez sus rezos monocordes y caminan altivas al son de una música celestial. El diablo se les hubiera metido en el cuerpo si dejaban de rezar. Era un rezo continuo, de vanguardia celestial, de custodios de la fe, de guardianes de Dios. El altar estaba envuelto en una bandera roja y blanca y tapizado con flores de muchos colores. Casi no se lo veía al Señor, pero él sí los miraba desde arriba con gesto sufriente. Seguramente recordaría que su primera imagen fue pintada por un esclavo africano. No habrá querido ponerse del lado de los conquistadores.

Marcos creyó que el Señor lo miraba a él, que con su gesto le advertía que algo estaba por suceder, por eso, como siempre, permanecía ensimismado. Rogelio, por el contrario, se transfor-

maba en un músico de orquesta ambulante, en un bailarín de fiesta campechana, en un rezador penitente embriagado por el incienso.

El cielo empezaba a mostrarse gris. Rogelio se acercó a uno de esos kioscos donde vendían imágenes de yeso además de comida. Compró una del Señor de los Milagros del tamaño de su palma para que no le estorbara en sus bolsillos. Recordó de repente que en uno de ellos tenía las dos medallitas con su nombre y el de su hermano que su mamá le había dado para ofrendarla al Señor. Se abrió paso a los empujones y codazos para llegar hasta el altar. Quedó Marcos atrás de la multitud de cabezas.

Rogelio escuchó un estruendo en el momento de colocar las medallitas en el altar. Luego otro. Y otro más. Una avalancha humana se le vino encima. Seguían los estruendos. Las personas caían como muñecos pisoteados, aplastados; los que podían corrían para protegerse. El cielo cada vez más gris, la orquesta no tocaba más y el baldaquino quedó desplomado sobre el pavimento. El Señor de los Milagros quedó solo, era uno más entre los hombres y mujeres, abandonado a su suerte, desamparado había quedado.

—El diablo metió la cola —eso les dijo el tata cuando pudieron llegar a su casa.

—¿El diablo metió la cola? ¿Qué está diciendo, Tata?

—Pero ¿ustedes dónde estuvieron? ¿En un cumpleaños? ¿No saben lo que pasó?

—Tata, nosotros fuimos a la festividad y les dejamos las medallitas en agradecimiento, pero de repente... no supimos más nada. Por suerte llegamos a ponerlas en el baldaquino. Vimos que la gente corría y escuchamos unos ruidos fuertes. El pobre Cristo terminó tirado. Lo encontré a Marcos y nos fuimos corriendo.

—Hubo unos cuantos muertitos en la procesión. Alguien se puso a tirar con metralleta y le dio a cinco y a un bebé —comentó el tata.

—Culpa de Rogelio —dijo Marcos. —El diablo metió la cola, Rogelio lo ayudó.

—Mijito, ¿qué está diciendo? Nunca dice nada, ¿y ahorita sale con ésa?

—Culpa de Rogelio. El diablo metió la cola, Rogelio lo ayudó. El diablo, Rogelio, el diablo.

Rogelio lo tomó del brazo, pero Marcos se soltó como quien se desprende de una anguila pegajosa.

El diablo.

Marcos se ocultó en la pieza. Los demás escucharon como cerraba la puerta con llave. Rogelio golpeaba la puerta, le pedía que la abra. El tata detrás con lo mismo :abrila, Marcos. La mama también: abrí la puerta. Se escuchó un ruido metálico adentro de la habitación. Las medallitas habían sido entregadas, la llave estaba en la cerradura. Ahora era un ruido seco, unos pasos sordos. Escucharon que la llave daba media vuelta, la puerta se abrió. Marcos le indicó con un gesto de la mano a Rogelio que podía entrar. Rogelio miró a la mama y al tata con alivio y entró en la habitación.

En ese momento ninguno supo que ese gesto de Rogelio sería el último que vieran con vida.

Capítulo XVIII

No hay Cristo que lo detenga

Si tirás del mantel, las cosas se caerán unas tras otras y no habrá nada que hacer. Las cosas se caerán aunque vos quieras detener el movimiento. Porque ya empezaron a moverse y no hay Cristo que lo detenga. Ya sabés el final.

El Cristo de los trenes, el Cristo de los pibes, ese que los cuida cuando suben a un vagón para vender pastillas de menta o chocolates o lapiceras a veces con los pies descalzos, con la cara avinagrada de persona mayor incompetente. Ese que los sostiene mientras corren de un vagón para entrar en otro y seguir vendiendo.

Ese Cristo solo los cuida mientras están en los trenes sudando la venta diaria. Ese Cristo los cuida mientras haya solo chicos merodeando. El Cristo se esfuma si las personas grandes aparecen, pero siempre hay grandes donde hay chicos que venden, solo que no se muestran.

Si Jesús decía: dejad que los niños vengan a mí, los chicos dicen: Cristo, vení, acompañame, no me dejes tan solo. Él está atento cuando los chicos venden en los trenes.

—¿Sabés algo de la Marilí, la hermanita del pibeperro?, ese que se la pasa husmeando por cualquier lado.

—¿Yo qué vua saber? Hay varias pibas que se suben al tren. Llegan en manada.

—Querés decir...

—Mirá, son unas quilomberas. El otro día uno de seguridad se calentó y las hizo bajar. Una se dio vuelta y le escupió en la cara al chabón. ¡Le escupió! ¿Te das cuenta? Por culpa de estas pendejas casi me echan a mí.

—Pero ¿no sabés nada de la Marilí?

—Che, Leo, mirá que insistís vos. Te dije que no sé.

—Es que el otro día se supo en el barrio que una piba tuvo un accidente en el tren.

—¿Y qué? ¿Vos pensás que fue la Marilí?

—Y... puede ser, como no la vimos más.

—¿Qué le pasó a esa pendeja?

—Parece que cuando uno de los chabones de seguridad la echaba del vagón, ella corrió para salir, se tropezó y cayó entre el vagón y el andén. Se la llevaron al hospital de acá, el de la ruta. Dijeron que para la salita no era y que la ambulancia tardó una bocha en llegar.

—Che, ¿sabés algo más?

—Sí, que le tuvieron que cortar la pierna. Tiene que haber sido la Marilí porque sus estampitas de Jesús quedaron desparradas por el andén. Alguien las encontró y después aparecieron regadas en el hospital. Sí, seguro que fue la Marilí.

Sucedió en el barrio de La Carcova, un 3 de febrero. A veces los trenes descarrilan porque se cansan de andar por los mismos

rieles y se recuestan a descansar. Vagones de carga pasaron ese día, ni uno solo de pasajeros. Ni uno.

La carga era pesada, se notaba porque el tren andaba despacio. De pronto un ruido intenso, subterráneo, de garganta corrompida por arena y cascotes. El vagón chirrió, salió del riel y volcó pesadamente sobre su costado derecho. Como un león viejo que emite su último rugido antes de echarse a morir sobre su costado derecho sin intención de levantarse, de seguir andando. Así rugió.

Corrió la voz en el barrio. Se dijo que había un vagón o dos tumbados y que la carga estaba volcada por los costados.

—Vamos, vamos rapidito a ver qué hay. Vamos, rajemos, a ver si por hoy no tenemos que entrar al CEAMSE. Nos hacemos el día, chaboncito, dale.

Nadie supo qué cargaba ese vagón, nadie quiso saberlo, solo corrían. Corrían de sus casas, dejaban la lata de cerveza a medio tomar, la canilla abierta, la pava pitando, el mate listo, la cama sin tender, las ollas sucias, los bebés llorando. Corrían. Los hombres y los pibes corrían más, iban detrás las mujeres, que cargaban sus bebés. Los pasillos se llenaron de gente empujándose para llegar a tiempo. Marilí hubiera sido de las primeras en llegar.

—Ey, guarda, tranquilos, que hay para todos.

¿Está seguro este hombre que hay para todos? ¿Para todo el barrio? ¿Quién lo asegura? ¿Qué es lo que hay para todos?

Cuando llegaron los rezagados, ya había un racimo de personas dobladas sobre sí mismas, revolviendo con desesperación los paquetes, fardos, cajas y bolsas. Parecía que alguien se tomó

la molestia de sembrar la carga desde un helicóptero o que llovió desde el cielo el maná prometido. Jesús se acordó de ellos: les mandaba los panes y los peces para que los multiplicaran.

Los pibes fueron más astutos. Estaban acostumbrados a correr durante una hora en el CEAMSE para rescatar la mejor mercadería. Acá tenían que hacer lo mismo, escurrirse entre las piernas de los más aguerridos y llegar para hacerse del botín. Luego supieron que en esas cajas había arroz, harina, azúcar, yerba, fideos, aceite, latas de arvejas, de tomates, polenta y que era una buena oportunidad para llevar un poco de cada cosa a sus casas.

Mauricio y Franco disfrutaban pensando en ese día, el CEAMSE no haría falta, cuando escucharon vociferar a dos o tres policías los nombres de algunos vecinos mientras corrían exhibiendo sus armas.

—Así que ustedes descarrilaron el tren para robarse la mercadería ¡Ajá! Ya van a ver, negros de mierda, ya van a ver. Así que ahí están los Aguirre, los Duarte, los Pérez, viejos conocidos. Muertos de hambre, negros de mierda. ¿Vienen a matar el hambre con la empresa? Aléjense, vamos. Les repito, aléjense —decían mientras tiraban al aire.

Los hombres y mujeres se atropellaban y algo se pudieron llevar: algún paquete, alguna caja, lo que sus brazos pudieran sostener. Los pibes desafiaban. Los pájaros levantaban vuelo y los perros sarnosos cargaban sus pulgas con el rabo entre las patas.

—No nos vamos una mierda. Nadie robó nada. Déjense de joder.

—Así que se hacen los guapos, guachos de mierda.

Los tiros se detuvieron sobre las espaldas de Mauricio y Franco. Boca abajo quedaron sin ver la estampida. Boca abajo acari-

ciando el suelo. Los tiros se detuvieron sobre sus espaldas para que brotara un hilo espeso de sangre de sus bocas. Mauricio retenía entre sus dedos un paquete de fideos que le pensaba regalar a su mamá y Franco rasguñaba con uñas demasiado crecidas y desparejas una bolsa de azúcar porque mate sin azúcar es mate de pobres. Joaquín logró escapar sin que un tiro lo detuviera.

Si tirás del mantel, las cosas se caerán unas tras otras y no habrá nada que hacer. Las cosas se caerán aunque vos quieras detener el movimiento. Porque ya empezaron a moverse y no hay Cristo que lo detenga. Ya sabés el final.

Capítulo XIX

Guarda que viene la yuta

Jesús quedó tirado en el piso: multiplicado por veinte o treinta. No se podía calcular la cantidad de jesuses en medio del griterío infernal y el chirrido de las ruedas metálicas que trataban de detenerse. Eran estampitas de Jesús y San Expedito.

—¡Paren el tren, párenlo! ¡Hay una piba atascada!

—Leo, ¿no sabés nada de la Marilí?

—Che, mirá que insistís vos. Te dije que no sé.

—Es que el otro día se supo en el barrio que una piba tuvo un accidente en el tren.

—¿Y qué? ¿Vos pensás que fue la Marilí?

—Y... puede ser, como no la vimos más.

—¿Qué le pasó a esa pendeja?

—Parece que cuando uno de los chabones de seguridad la echaba del vagón, ella corrió para salir, se tropezó y cayó entre el vagón y el andén. Se la llevaron al hospital de acá, el de la ruta.

Dijeron que para la salita no era y que la ambulancia tardó una bocha en llegar.

—Che, ¿y sabés algo más?

—Sí, que le tuvieron que cortar la pierna. Tiene que haber sido la Marilí porque sus estampitas de Jesús quedaron desparrahadas por el andén. Alguien las encontró. Aparecieron regadas por el hospital. Sí, seguro que fue la Marilí.

¿Dónde mierda está el Cristo de los trenes? pensó Leocaradetomate. Ese que dice proteger a los chicos que venden en los vagones. Puro chamuyo. ¿Dónde mierda encontrarlo si ella tenía sus estampitas? ¿De qué le sirvieron?

—Mejor vender biromes, ¿no te parece, Abel? —le preguntó de pronto Leocaradetomate—. Total, da igual. Bah, todo da igual.

—Marilí, tomá estas estampitas. Andá y repartilas en el tren. Traé plata. No vuelvas sin plata, ¿me oíste? —le dijo la mujer sacudiéndole los brazos para que se despierte.

Marilí abrió la boca tan grande como pudo para despejar un bostezo. Ya era mediodía. Estiró sus bracitos. Palillos de dientes parecían. Crujieron un poco. Tenía el pelo revuelto. Una maraña de pelos apenas dejaba ver sus ojos achinados. Se los refregó con sus manos sucias. Miró a su alrededor, todo seguía igual. Los cartones, las mantas agujereadas, los cajones de frutas cargados de restos de manzanas podridas, las botellas de plástico a medio llenar con agua de las canillas del baño de la estación, una lata de cerveza abollada. El mismo olor rancio. Debajo del puente de la estación todo seguía igual.

¿Nadie que viniera a interferir en ese orden para cambiar las cosas de lugar? No. Nadie se atrevía.

Leocaradetomate sabía bien por qué nadie se atrevía. Ni Jesús.

El cielo amenazaba lluvia. Las moscas zumbaban pegajosas alrededor de los cajones de frutas. Un hombre parado a unos metros de Marilí sacudió unas mantas y le dio una patada al perro que olfateaba los trapos con olor a presencia humana. El perro se alejó aullando.

—Bien hecho —dijo el hombre entre dientes—. Bien hecho porque la manta es mía y no quiero que me la meen. Perros de mierda... ¿Y vos qué mirás, mocosa de porquería? —gritó increpándola a Marilí—. ¿Cómo era que te llamabas, vos?

—...

—¿Qué?, ¿sos sorda vos?

Marilí juntó los cartones que la tapaban, hizo una pila con ellos y los puso contra la pared del puente de la estación. No le respondió. Ese viejo cuándo me va a dejar tranquila, quiero que se vaya, que se vaya de una vez, que nos deje a mi mamá y a mí tranquilas, pensaba. Algún día.

Hace unos días un señor apareció debajo del puente de la estación. Como una sombra negra apareció. Le dijo a Marilí que le compraría una bicicleta. Marilí no sabía si lo había soñado porque la bicicleta no apareció.

Ella no sabía muy bien lo que era soñar. De noche se le aparecían muñecas de ojos vacíos, vestidos de fiesta chamuscados, hebillas para el pelo destrozadas, zapatos nuevos mordisqueados. Imaginó un ángel robándole la bicicleta. No, seguramente eso no

era soñar. Abrió los ojos: los cartones seguían allí. Las mantas. Los cajones de fruta. Las botellas y las latas. Ninguna bicicleta.

Al señor no lo volvió a ver desde aquella vez que se la llevó de la mano. Tranquila iba Marilí, pensaba en la bicicleta. Ilusionada, aunque no sabía quién era ese señor. Seguro que era bueno pensó. Con ese señor fue a dar un paseo por los galpones de la estación. Hacía frío ese día, se sentaron en el piso de tierra y ella se acurrucó sobre su hombro. Se quedó dormida, imaginaba una bicicleta roja. Por fin podría salir del puente y de los andenes, dejar que el viento le despeje el pelo de su cara. Pedalearía hasta el fin del mundo. Hasta el fin del mundo... liviana como el humo que brota de un pan caliente.

La bicicleta roja no apareció. De ningún color apareció. Le quedaron las ganas y un ardor intenso que empezaba a subirle desde las piernas hasta la cintura. También quedaron los cartones y los hombres de siempre, esos que circulan. Con ellos sí podía ir tranquila de la mano, aunque no le prometieran bicicletas. Ese cuerpo descoyuntado y famélico se acostumbró a la presencia de hombres que lo manosean. Su mamá aparecía cada tanto hablando con ellos y les hacía una seña indicando que esa era la nena que buscaban. Era Marilí. Marilí la flaca, la desgarrada. La de dientes torcidos y ojo desviado. Sí, la del saco marrón. Marilí la de sueños robados.

La bicicleta seguía sin aparecer.

Los pibes del barrio al lado de la estación conocían a Marilí porque ella conseguía las estampitas en una santería cercana. Leocaradetomate y Abelelcortito la veían pasar. A veces le soltaban una sonrisa como de prestado. Ella los miraba. Ausente y muda caminaba. Una sola vez la vieron con un grupo de chicas

subiendo al tren de las diez de la mañana. Una de ellas llevaba una caja de alfajores, la otra pastillas de menta, Marilí sus estampitas de Jesús y san Expedito, las que entraban en la bolsa de tela que encontró entre los desperdicios de la estación.

Las tres chicas subían al último vagón cuando los de seguridad estaban distraídos. Se agolpaban en un extremo y empezaban la distribución. Jesús con los alfajores, san Expedito con las pastillas de menta. Los iban dejando sobre las faldas de las señoras que viajaban, sobre los asientos vacíos, en la mano abierta de algún señor de buena cara. La chica rubia de pelo largo siempre les compraba pastillas de menta. La señora sentada al lado de la ventanilla, alfajores: las chicas pensaban que serían para sus hijos. Con una rapidez asombrosa iban de un extremo al otro del vagón y regresaban retirando la mercadería. Algunos eran clientes habituales. Otro señor también llenaba los bolsillos de su campera con cuatro paquetes de pastillas de menta. Las estampitas no corrían la misma suerte, se amontonaban en la bolsa de tela de Marilí. Aunque hacía el mismo recorrido que las otras chicas, siempre de prisa, Marilí retiraba las mismas estampitas que había dejado. Nadie quería a Jesús ni a san Expedito.

—Che, ¿cómo hacés vos para que la gente te compre, rubia?

—A vos un buen día te van a tirar esas estampitas de mierda por la cabeza. ¿Vos te creés que la gente come estampitas? ¿Sos boluda vos? ¿No ves que a los chabones se les cae una moneda si hay algo para morfar? Andá y vendeles tijeritas a ver si podés. ¿Quién te dio esas estampitas? Mirá que sos gila, eh.

—Nadie. Yo las busco en la santería de la estación.

—¿Sabés qué? Mejor caminá sola. No sea que nos arruines el negocio. Con esa cara que tenés...

Marilí se dio media vuelta y mientras se alejaba, les hizo un gesto con el puño cerrado y el dedo mayor apuntando hacia arriba. Váyanse a la mierda —en voz baja pareció balbucear.

—Uy, ¡guarda que viene la yuta!

Se les abalanzaron dos hombres grandotes de uniforme marrón. Corrían desde otro vagón. Manos blancas y grandes como la del señor que le prometió la bicicleta pensó Marilí.

—Me dan todo lo que tienen, a ver, vamos, ¡rápido! ¡Y se bajan de acá!

Las chicas se asustaron y corrieron hacia la puerta de salida del vagón que se abría. Se les cayó la caja con las pastillas que rodaron por el piso hasta toparse con los zapatos de un señor de traje que intentaba salir hacia el andén. Se agachó a juntar algunas.

Los alfajores pisoteados en su papel de envoltorio metálico quedaron en el piso del tren.

Marilí apretujó las estampitas contra su pecho, uno de los hombres de marrón la agarró de los pelos, la tiraba hacia la puerta. La puerta siguió abierta por unos minutos más. Marilí se aferró a su bolso de tela. Jesús y san Expedito temblaban apretujados en sus manos. Los hombres, esta vez los dos, tironearon de su bolso. Marilí trastabilló y cayó. Su pierna enclenque quedó entre el vagón y el andén cuando la puerta se cerró y el tren arrancó.

Vio la sangre salpicar el pantalón del hombre que acabada de bajar del tren. Apretó con fuerza la bolsa mientras los jesuses y los sanexpeditos se desparramaban sobre el andén. La gente amontonada gritaba y señalaba a los dos hombres de uniforme marrón. Se lanzó sobre ellos como una turba enloquecida. Los

vamos a reventar como gusanos llegó a escuchar. Otros corrían. Uno pedía un médico. La chica rubia agitaba los brazos.

—Sí, ¡los vamos a reventar como gusanos a estos hijos de puta!

Se oyó un ruido fuerte, los cuerpos entrechocándose y cayendo pesadamente en el borde del andén.

No supo qué pasó después. Marilí se despertó en el hospital. En medio de una neblina que le aturdió la cabeza preguntó por sus estampitas. El bolso de tela se había salvado. Las estampitas, no.

Pensó que había tenido suerte: las chicas molestas ya no estaban y las estampitas estarían a buen resguardo en un bolsillo o la cartera de algún pasajero

Y la plata... esperaría al hombre de la bicicleta. En lugar de la bici que el hombre le dé la plata a su mamá.

Así podría dormir tranquila.

Capítulo XX

¿Para qué sirven los miedos sino para que dejes de bracear?

—Se sobrevive allá en la cárcel —dijo Hernán.

—¿Sí? —preguntó Leocaradetomate.

—Sí, se sobrevive apenas como un náufrago en pelotas con la lengua afuera. Cuando tocás la orilla después de haber estado tragando agua y braceando desesperado, cuando creés que tus fuerzas te abandonan, llega san Jorge y vence a tu dragón, ese que tenés metido debajo de la piel y que relampaguea en tus ojos de furia primitiva. El viento suave de la mañana, ese que tanto te fastidia, se lleva al relámpago, la furia, los dientes asesinos, la lengua áspera, el miedo que se encoge en tu garganta, el grito silenciado. ¡Ese viento suave que te fastidia tanto! Anuda los miedos inservibles. ¿Para qué sirven los miedos si no para que dejes de bracear? Para entregarte sin piedad y sin demora a tus verdugos. Se te sale el corazón y lo agarrás. Y uno imagina que un hilo invisible divide el aire en dos. Te quedas quietito y te

dejas llevar por ese hilo con la cabeza echada para atrás como un pájaro herido. En la otra punta del hilo están tu mamá, tu papá, tus hermanos, el abuelo y algún amigo.

—Che, ¿vos no te estarás volviendo un poco chapita?

—No, amigo, me estoy volviendo cuerdo.

En el cuarto de la pensión en Villa Hidalgo está el espejo maltratado por los puñetazos que de vez en cuando le daba Hernán. Le pega con tristeza, tan grande es la decepción al ver su ruina. Quedan las rayas en el espejo, algunas se elevan hasta el borde de arriba, otras forman círculos concéntricos como los anteojos de los miopes. Las recorre con el dedo de un lado a otro mientras suspira y siente que el pecho se le aplasta contra las costillas, el estómago se le hunde un poco más. La cara, sí, la cara. Su cara lo conmueve siempre. Su cara está cubierta con una base más clara que su piel. El delineador se le ha ido corriendo hasta formar una lágrima negra. La sombra de sus párpados, sombra barata, le dibujó ojeras de mapache. Mapache puto pensó Hernán.

El rímel le dejó las pestañas postizas tan rígidas como un muerto. Se las sacó de un tirón. Se refregó los ojos con sus dedos gruesos. Mapache puto y ridículo.

Se sacó los rellenos de sus pechos encogidos y revoleó los tacones altos. Se desprendió el corpiño, la blusa y la pollera, y liberó su cuerpo al sacarse un calzón que le apretaba los genitales. Mapache puto, ridículo y cagón.

De pronto recordó cuando su papá le pateaba las muñecas cuando era chico. Se las arrancaba de los brazos para dárselas a su hermanita.

—Estas son para vos, Elenita —decía—. Al mariquita de tu hijo dale una pelota, que juegue con soldaditos para que se haga

hombrecito. Bien machito lo quiero —le hablaba a su mujer—. ¿No te das cuenta vos? ¿Qué querés, que nos salga un bailarín, un peluquero, un modisto? ¿Eso querés vos? Si habrás sido estúpida vos, eh. En el campo de entrada nomás, pala, azada y arriar animales. Nada de mariconadas.

Después venía el tío. Con él jugaba, pero entre ellos había un secreto. Y ese secreto no se podía contar, así le susurraba el tío. Ya más grande entendió. Por eso un día con la rabia encendiéndole el pecho y la garganta atravesada por el odio, dejó a su tío tendido en el piso después de una cantidad de golpes que le dio en la cabeza. Desde ese día no se supo más nada de él.

Hernán sacudió la cabeza para alejar esos recuerdos, se abofeteó la cara hasta dejar su mano marcada y le sacó la lengua al ridículo de barba crecida que le sonreía socarronamente desde el espejo. Lo habían llevado detenido a la comisaría. Otra vez.

Lo habían llevado esposado por andar callejeando.

—No me toques, hijo de puta. Dame mi cartera.

—¿Qué llevás en la carterita? Rimel, perfume, forros...

—Dame mi cartera, hijo de puta. ¿Qué te importa lo que llevo? Estoy trabajando.

—Ja, ja, ja, trabajando, eh. Ahora vas a saber lo que es trabajar. Andá para adentro, putito.

—¿Dónde están las otras chicas? Díganme.

—Las “otras chicas” ya garparon. Vino un tipo y puso el billete. ¿Vos cuánto tenés?

—Basura son. Eso es lo que son. Si me acaban de sacar la plata que había hecho.

—Pero qué lástima, putito. Entonces vas a tener que dormir con nosotros.

—Se sobrevive, sí. Pero agarrá los barrotes y empezá a darte la cabeza contra las rejas. Se sobrevive, sí, pero si quedás aturdido, mejor. Cuando sientas que la niebla te rodea la cabeza, que el sudor te empapa hasta los huesos, que los pies quieren salir de tus zapatos, que tus brazos cuelgan como se balancea un ahorcado estarás listo para empezar de nuevo. Esperá el viento fuerte que te lleve.

—¿Te parece, Dalila?

—Sí, atrevete a salir del pozo, Leo, como yo. En el fondo cuando me asomo y huelo la humedad rancia de sus paredes curvas y oscuras, solo puedo ver a Hernán.

No lo dejo salir, se queda en el fondo del pozo.

—Dalila, ¿me acompañarías al juzgado?

—¿Para que tenés que ir al juzgado, Leo?

—Tengo una citación. ¿Me acompañas? ¿Sabés qué? Me gusta como me llamas.

—¿Y cómo te voy a llamar? Por tu nombre, chabón, Leo.

—No me entendés, en el barrio me dicen Leocaradetomate, ¿sabés?

—Mirá que es fiero lo que te dicen, eh. Bueno, pero explícame un poco mejor.

—Tengo que ir al juzgado por mi causa, viste. Y tengo que ir con un adulto responsable, así me dijeron. Y pensé en vos.

—Che, ¿y tus viejos?

—¿Qué viejos? Mi vieja muerta y mi viejo desaparecido. ¿Con quién querés que vaya? Si solo me quedan los perros.

—Los perros y yo.

Capítulo XXI

A mí me miró

Un día sucedió algo extraordinario.

Yo estaba en la estación de Suárez con otro pibe cuando pasaron unas chicas muy ruidosas, caminaban hacia el andén. Eran como tres o cuatro, no recuerdo. Llevaban bolsos, creo que con mercadería para vender. Pensé :a estas guachitas las conozco. Detrás de ese grupo pasó una chica que me miró. Una carterita rosa llevaba.

Leocaradetomate supo entonces que hay miradas que inventan mundos nuevos. Que el suyo era demasiado estrecho para que ella pudiera entrar.

Me miró. A mí me miró.

Yo la miré.

Creo que ese día abrí una puerta.

Capítulo XXII

¡Fue David!

Cayó su cuerpo como un árbol talado. De cuajo, arrancado sin piedad. Sin sombra protectora ni pájaros haciendo sus nidos. Como un árbol talado cayó sobre el barro de la laguna. Como un árbol desplegó sus brazos en cruz boca abajo y quedó crucificado.

Un Cristo morocho doliente, esta vez se quedó solo, el Padre lo abandonó. El buen ladrón también.

¿Dónde está María Magdalena para limpiarle la cara al Cristo de la laguna? ¿Por qué no se despierta y levanta sus brazos ese muchacho morocho y empieza a correr? Si ya va a tener tiempo para descansar en su cama. Sus piernas, sí. Correr y correr hasta quedar sin aliento.

¿Está dormido David? ¿Por qué no se levanta y agita sus brazos? Tiene la mirada oblicua, su cuerpo se deshace en el barro. El barro no está hecho para descansar. Podría volar con sus brazos en cruz, con sus alas en cruz. Parece que él no lo sabe.

Levantate y andá, David. Vamos, levantate. No podés seguir así. Vamos.

David, ese cadáver vestido con pantalones gastados extendió sus brazos en cruz poco antes de caer. Un tiro en la espalda dejó una mancha de sangre sobre su campera. Primero un puntito rojo apenas, luego del tamaño de una manzana. Un perro se acercó y lo olfateó. La sangre tiene un sabor que atrae perros y moscas.

Si alguien hubiera sacado a David de ese lugar, la laguna espesa habría delatado su presencia. Su silueta habría quedado dibujada en el barro y uno hubiera podido seguir con el dedo índice su contorno, sus piernas, sus brazos y se detendría en su cabeza para saber si los dientes dejan marcas, si la boca deja su aliento sobre la tierra, si los ojos son ojos que miran de frente a la muerte. Hubiera sido un guñapo de trapo fundido en barro. En ese barro aparece el primer hombre, amasado con manos de alfarero.

Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, David habría repetido esta misma escena tantas veces hasta verse fundido en ese barro y desaparecer. Desaparecer. Eso hubiera querido.

Estuvo a punto de ver como se lo tragaba el tren. El tren se acercaba a la estación con las barreras bajas y pitaba con desesperación. Pudo imaginar la cara del conductor, otra vez un tipo se le cruzaba en el día. Promesa de día aciago, de una semana claudicante. Otra vez alguien se lanza desaforado al paso nivel, otra vez no poder detener la formación. Ruedas que chirrían, gente que grita, un guardabarreras que agita la banderilla roja, sus brazos como aspas de un molino de viento moviéndose sin brújula.

Banderilla roja. La acción transcurre en cámara lenta como dibujados con trazos gruesos los momentos previos a lo inevitable.

Banderilla roja y sudor. Un muchacho camina hacia las vías con parsimonia o al menos eso parecía. Parece distraído, empuja la visera hacia un costado y las gotas de sudor le empapan la mano mientras sujeta una carpeta negra.

Un muchacho morocho aparece de pronto detrás del blanco perfecto. Lo empuja, lo arrastra, lo abraza rodeándole el cuello mientras los papeles de su carpeta se sueltan ligeros, audaces. Suelta de papeles al aire, suelta de palomas blancas. Los papeles de su carpeta negra vuelan y se recuestan posándose en las vías.

Alivio. Suspiros entre la gente que se arracima para ver lo que pasa. El conductor del tren de larga distancia se pasa un pañuelo por la frente. Temblequea. El tren se detiene en la estación. Estalla un aplauso. La promesa de un día aciago se desvanece.

Banderilla verde.

—¡Fue David! ¡Fue David! Sí ¡David lo salvó!

El muchacho atina a recoger los papeles y guardarlos en su carpeta negra.

Papeles blancos, carpeta negra.

El muchacho no dice palabra, lo mira desde el suelo a David. Lo ve gigante. David se ve pequeño, un pequeño guerrero en un día cualquiera.

David sabe que es un pibe bueno.

—Abuelo, ¿va a ir solo a la rotonda? —preguntó David.

—Mijo, qué querés que haga. Algo hay que hacer, nos comen los piojos. No tenemos ni para el pan hoy.

—Pero ¿va a ir sólo, abuelo? ¿no quiere que lo acompañe?

—Mejor quédate con tu madre. Los chiquitos están enfermos. La Sara no se sabe arreglar sola. Sabés que no anda bien de la cabeza. Andá, andá nomás.

—No, mejor voy con usted. El Fabiancito y la Doris pueden esperar. Mamá puede esperar.

—¿Pero vos no tenías que ir al colegio, mijo?

—Bah, hace cuánto que no voy. Esa directora es una ortiva y los pibes me descansan.

—Si habrás resultado flojito, vos. Ta bien. Agarrá el tacho, ese alargado. Ah, y la bolsa de carbón. Yo me encargo de la bolsa con las tortillas.

El día estaba frío y ventoso. Les costó encender el carbón dentro del tacho alargado. Se ubicaron justo enfrente de la parada del 57 en la rotonda de ruta 8.

Va a haber buena venta hoy, pensó David.

Las monedas y los billetes no se hicieron esperar. Llegaron tan rápido como se fueron las tortillas. Dos horas. Dos horas y solo quedaban el tacho, algunas brasas encendidas y el dinero repartido entre los bolsillos.

—Abuelo, me va a dar un poco de billete, ¿verdad?

—Pero, mijo, es para comprar comida. No para los vicios.

—Abuelo, deme unos pocos pesos. Démelos. ¿Me va a dar, sí o no?, eh.

—Aquí tiene. Lléveselo a la Sara.

En el pasillo que daba a la canchita David encontró a Leocaradetomate. Llegó agitado, había corrido unas cuantas cuadras desde la rotonda de ruta 8.

—¡Mirá lo que tengo, Leo! ¿Qué...? ¿No querés mirar? Guita tengo, Leo, ¡GUITA! ¿Entendiste?

—¿Y a mí qué?

—Pero vos sos o te hacés, Leo. Podemos comprarnos unos cigarritos. Alcanza para los dos. ¿Te das cuenta?

—Dejame tranquilo. Ya no quiero saber nada.

—¿Qué? ¿Estás limpito? Dale, un cigarrito no le hace mal a nadie. Y de paso podemos hacer unos billetes extras.

—Vos estás en pedo. Recién salgo y querés que me meta en quilombos.

—Mirá, tengo una posta, posta. Hay un chabón que sale todas las mañanas a la misma hora y pasa por acá con mercadería de la buena. Lo paramos, le decimos “tenga usted buenas tardes”. “Me da la guita o lo quemo”. Y te tomás el palo con el fierro que conseguí. Y listo. Limpito. ¿Qué más querés, Leo? El tipo viene regalado.

—No sé, dejame pensarlo.

—No seas pendejo cagón. Es una vez, una. Y después vos para tu casa y yo para la mía.

El cigarrito les vino bien. Un par de birras compradas en el kiosco del barrio poco antes de que cierre confirmó el trato. El tipo apareció con la camioneta a las 5 de la mañana por la calle de entrada a la villa.

David se le paró frente al auto para obligarlo a frenar. El hombre titubeó un instante antes de clavar los frenos, la camioneta se deslizó hacia un costado. David le apuntó con la pistola directo a la cara.

—Dame toda la guita o te quemo —le gritó mientras buscaba

con desesperación a Leocaradetomate que seguía parado a dos metros de distancia, sin atinar a hacer nada.

—¡Leo, boludo! ¿Qué hacés? Movete, dale. Sacale la guita. Rápido, dale —vociferaba David mientras Leo se acercaba en cámara lenta a la ventanilla donde estaba el conductor. Leo metió la mano por esa ventanilla y le sacó de un tirón los billetes que el hombre ya había tomado de su billetera.

—Dale más, dale más. La quiero toda, viejo, si no querés que te mate.

El hombre apretó el acelerador y salió derrapando mientras David le destrozaba la luneta trasera a los tiros.

Escucharon una sirena. Un coche policial se acercaba a toda velocidad.

—Vos agarrá para aquel lado, para lo de doña Inés. ¡Dale! Yo sigo para el lado de la laguna.

—¿Qué me estás diciendo?

—Que nos separamos acá, ¿no entendés, Leo?. Despabilate que nos van a cazar. Dale. Movete.

Leocaradetomate corrió para la casa de doña Inés, su prima. Ya tendría tiempo de explicarle. Recordó que el dinero del hombre de la camioneta se lo guardó David en el bolsillo de la campera. Lástima... tanto quilombo para nada, pensó Leo. La puta madre.

Vio pasar al patrullero en dirección a la laguna. Vio bajar a dos uniformados con armas en la mano correr hacia donde se dirigía David. Hubiera querido avisarle, ya era tarde.

Escuchó los tiros y los gritos.

—Dale, dale a ese. Un cabeza menos, dale, dale nomás.

—¡Estás loco, Ramón! —mientras Mario intentaba arreba-

tarle el arma y forcejeaba para quitársela. La fuerza de Ramón pudo más. La pistola se descargó en su mano, apuntaba al cuerpo de David e hizo centro en su espalda.

Se acercaron para ver el cuerpo hundido en el barro. Lo patearon, no se movía. Vieron los billetes que asomaban del bolsillo de la campera.

—Ya hicimos el día. Riéndose, se subieron al patrullero en dirección desconocida.

En el entierro una multitud de gente que venía en micros escolares se abrazaba en silencio. Algunos lloraban despacito. Los más chicos preguntaban por David. El cementerio se llenó de gente de barro, modelada por la vida.

—¿Dónde está David? —preguntaban los más chicos.

—Ahí nomás, mijito, debajo de esa cruz de madera.

Capítulo XXIII

¿Para qué sirve la chapa si no?

Otra vez lluvia. El día anterior se inundaron los zanjones del barrio, las canaletas rebalsaron, mezcla de aguas servidas y orines de los perros callejeros que se adueñaron de los pasillos. Sobre los techos de chapa se escuchó el repiqueteo de la lluvia como una melodía de orquesta improvisada. Algunas mujeres se apuraron para entrar la ropa tendida en el rectángulo al aire libre donde se amontonaban la bicicleta, el tacho de basura y algunas macetas de lata de dulce de batata.

Una mujer de unos cincuenta años se apuró en barrer el agua de los zanjones y canaletas que amenazaba entrar en su casa. Unos chiquitos pasaron corriendo por los pasillos, disfrutaban del agua que empapaba sus ropas. El pelo se les pegaba a la cabeza dando la impresión de tener un gel brillante como el que usan los pibes cuando van a bailar al Tropi. Los perros tenían un olor hediondo.

El barrio estaba más gris que nunca.

—Che, ¿sabés algo del David? Hoy quedó en traerme unas

tortillas que hace con el abuelo. Todavía lo estoy esperando. Este pendejo se cuelga y me deja a pie.

—Preguntale al Leo. Hace unos días los vi juntos. Flor de yunta, ¡que los parió!

—Pero viste que el Leo anda más tranquilo de un tiempo a esta parte.

—Y sí. Tiene que hacer buena letra el pibe si no quiere terminar otra vez adentro.

La lluvia del día anterior desbordó la laguna. Un barro fétido se extendió como la lava de un volcán que acaba de hacer erupción. Una lava negra, fría, espesa cubrió el yuyal de las orillas, teñía todo de color marrón.

Quizás por eso nadie se dio cuenta de que había un cuerpo en la laguna. Un cuerpo recostado boca abajo con los brazos extendidos en cruz. Pocos solían ir hasta ese lugar. Se decía que por allí solía rondar San La Muerte en sus paseos nocturnos, que se prendían fogatas y se quemaban huesos de animales.

—Che, Ramón ¿te aseguraste de que el pibe estuviera bien muerto?

—¿Vos sos o te hacés, Mario? ¿No viste que lo patée para ver si reaccionaba? ¿Reaccionó, se movió? ¿Vos lo viste?

—Yo vi que lo pateaste. Sí.

—Bueno, entonces no me jodas. Con el tiro que le pegamos ya no canta más.

—Que le pegaste, decí mejor.

—¿Qué?, ¿te querés hacer el yo no tuve nada que ver? Ese pendejo, acordate, era el que agarramos la otra vez y le ofrecimos

trabajar para nosotros y se hizo el gil. Parece que no se bancaba un jefe. Pero el otro a que no sabés quién era. El hijo de mi jermu, la Sole. Sí, Leo, en el barrio le dicen Leocaradetomate. ¿Te das cuenta lo pelotudo que es para que lo llamen así? Ese tendría que andar tranquilo porque hace poco salió del instituto.

—Che, ¿y alguien nos habrá visto?

—Nadie. Y aunque nos vieran, fue un enfrentamiento, ¿te queda claro? Eso le vamos a decir al fiscal. Lo del tiro en la espalda se arregla. El pibe nos apuntó cuando le dimos la voz de alto, salió corriendo, nosotros detrás. El disparaba. En un momento encaró para la laguna y tuve que tirar porque era él o nosotros. ¿Lo vas entendiendo? Mirá que yo sé como emprolijar cagadas. Te mandás un moco, yo lo arreglo. ¿Sabés lo que le pasó a mi jermu hace unos años atrás? Tuve que fajar a Leo porque se hacía el machito y un día se mandó una con un vecino y terminó en un instituto. Nos quedamos solos la Sole y yo. De vez en cuando cobraba la Sole, la hija de puta se me retobaba como el pendejo y la tenía que fajar. Muy calladita, pero la comida siempre la servía fría. Pero claro, un día se me fue de las manos, yo había tomado mucho y... bueno ya sabés. La tuve que hacer desaparecer. La envolví en un mantel que ella tenía colgado de la ventana y me la llevé. Los muchachos me ayudaron, los de la taquería, digo. Pero ¿me vas entendiendo? Porque te veo medio flojo a vos, che. No te meés en los pantalones.

—Y sí.

—Aflojá que andamos de queruza. Aflojá. ¿Para qué sirve la chapa si no? Vamos a tomarnos unas cervezas antes de ir a la taquería ¿Viste la guita que tenía el pibito en la campera? No era ningún boludo. Como treinta lucas tenía. Imaginate si eso hace por

día, lo que nos estamos perdiendo, la puta madre. Bueno, vamos mita y mita. Dale. Aflojá.

Se quedaron callados mientras Ramón conducía el patrullero con la sirena activada. Estuvieron a punto de atropellar a un hombre mayor que cruzaba la ruta con su bastón. Ramón asomó la cabeza por la ventanilla y le gritó: ¡viejo de mierda, mirá por dónde caminá! ¡A ver si te tengo que pagar por bueno!

Pararon en un kiosco. Se reían de la historia que iban a contarle al fiscal.

—Che, ¿las chicas siguen allí, no?

—No, Mario, las largamos. Vino un tipo que puso la mosca y se las llevó. Quedó una.

—¿Cuál? ¿Cómo se llama?

—Ahhhh, veo que tenés interés en saber. Es la más quilombero, creo que se llama Dalila. A esa la dejamos adentro para ablandarla un poquito. Ahora, si vos tenés algún interés en esa putita, te la podemos dejar. Por ser el más nuevito vos.

Flojitos entraron a la comisaría, bien flojitos y a las risotadas. Se empujaban uno al otro.

—Vos primero, andá. Vos primero.

—No, mejor vos Ramón que sos el más jovato. Si no podés caminar casi. Mirate. Sos un flan.

—Un flan de dulce de leche—. Y dió un alarido festejando la ocurrencia.

El agente a cargo del teléfono les dirigió una mirada de reprobación. “Otra vez en pedo estos dos”, habrá pensado.

—¿Está el jefe, che?

—No, tuvo que salir a hacer unos mandados.

—Vamos para el fondo —ordenó Ramón.

Estaba Dalila en la celda del fondo. Se la veía cansada, recostada sobre la pared. Todavía conservaba la ropa de trabajo: una pollera negra de cuero ecológico muy corta y ajustada, una blusa amarilla, medias de red agujereadas y una peluca rubia que se le había deslizado hasta cubrir la frente apenas dejando ver la cara pintarrajeada por la cual se notaba que habían corrido unas cuantas lágrimas. Los tacones tirados a un costado. Sus brazos colgaban del cuerpo. Parecía dormida, pero en cuanto los vio entrar intentó levantarse. Se resbaló en el piso húmedo, intentó otra vez para increparlos.

—¿Cuándo mierda me van a dejar salir?

—Ay, mocosita, que malos modales tiene la princesa. Mirá, Caperucita que viene el lobo y te come como a tu abuelita —se burló Ramón.

Mario permanecía callado.

—¿Cuándo me van a dejar ir? Son unos hijos de puta. Eso son.

—Bueno, por eso, porque somos hijos de puta es que te vas a quedar con nosotros. Caperucita, de noche viene el lobo. ¡Ay, ay, ay! Qué feo, ¿no?

Sin que Ramón se diera cuenta, Mario fue a pedirle un papel y una lapicera al telefonista. Este arrancó una hoja de un anotador y sobre ella Mario escribió un número de teléfono. Dobló cuatro veces el papel hasta hacerlo casi un bollito, lo escondió en su mano y volvió al lugar donde Ramón se burlaba de Dalila.

—Ay, Caperucita, como sos una nena no te puedo invitar una cerveza. Pero quién te dice cuando salgas ya sos mayorcita y podés.

Dalila seguía parada en la celda, aferrada a los barrotes. Su voz se iba haciendo cada vez más cavernosa.

Sin que Ramón se diera cuenta, Mario se acercó a Dalila, agarró el bollito de papel y se lo puso en el escote.

—Llamame cuando salgas.

Capítulo XXIV

Hola, ¿Mario?

—¿Y ahora quién es? ¿Quién mierda está tocando el timbre? Hoy no laburo, ¿saben? Se pueden ir a la concha de su madre —decía Dalila a los gritos desde el baño de la pensión cuando se miraba en el espejo cuarteado como tantas otras veces—. Hoy no laburo porque tengo todo el cuerpo duro, ¿saben? Me duele todo, desde el pelo hasta el dedo gordo del pie. Me duele mucho. Me cuesta mover los brazos, estoy como agarrotada, la puta madre. Espejito, espejito, decime quién es la más bonita. La princesita... qué turro el tipo ese. Caperucita, mirá que viene el lobo de noche... Que venga, le dije y ahí me mandó un puñetazo sobre la mitad de la cara y otro en la panza. Me dejó sin aire el Ramón ese. El otro ni mu, se quedaba parado al lado sin decir nada, creo que dijo que se llamaba Mario. Yo digo, ese tipo podría haber hecho algo.

El celular, mi celular, ¿dónde estará? En la cartera, sí, claro. Cuando me largaron ya era de día. Sí, la cartera la tengo y seguro

que el celular está adentro. Lo voy a llamar al Leo para que me haga el aguante. Me duele todo. Mirá cómo tengo la cara, hoy no laburo, sépanlo.

Leo comenzó a ser un desterrado de la casa de Inés. Apenas puso un pie en esa casa cuando desde adentro escuchó la voz de Inés que le decía que si sos vos, Leo, te vas con tu mochila. Acá no quiero vagos ni problemas. ¡Andate, pendejo!

—¿Quién mierda viene a molestarme a la mañana? —preguntó otra vez—. Hoy no laburo. HOY NO LABURO. Váyanse de una vez, machitos.

—Soy yo, Dalila, ¿me abrís?

—¿Leo? ¿Qué hacés a estas horas por acá?

—No sabía dónde ir. ¿Me dejás que te explique? ¿Me dejás entrar?

—Vení, Leo, vamos al baño. Mirá tu cara en el espejo. Mirá la mía. ¿Qué te dicen?

Leo subió lentamente su cara para mirarse, una rayita en el espejo le distorsionaba su imagen. Dudó si realmente tenía cara de tomate como le decían en el barrio. ¿Cómo es una cara de tomate? Redonda, fruncida con ojos chiquititos, con boca de labios finos para no dejar salir palabra, con algunas magulladuras... puede ser.

—¿Qué ves, Leo?

—Nada, no veo nada.

—Te digo yo: un pibe triste.

—Dejame de joder. Vos sí que sos una mina pulenta, ¿no? Te acaban de enrejar, cagar a palos...

—¿Sabés lo que me pasa? ¿Por qué tengo esta cara? Mataron a mi amigo, el David, eso me pasa. ¿Y sabés quién fue? La yuta fue, esos hijos de puta. Yo los vi: eran dos. A uno lo podría reconocer, pero al otro... ¿Y sabés qué? Yo zafé por un pelito. Salimos juntos. Pero el David se separó con la guita. Eran dos. Seguro que vos los viste en la taquería.

—Esperá. Uno de los canas me dio un papelito. Se llama Mario. Sí, acá lo tengo. Es un número de teléfono. Sí, claro. Los dos que me estuvieron descansando antes de soltarme. Uno me descansaba, el otro ni mu. Hablaban de guita y se reían como hienas. Seguro que estaban en pedo. Seguro. Che, ¿y ellos te vieron?

—No, yo corría, pero escuché los disparos. Decían: ya está, uno menos.

—Dejame que averigüe. Lo llamo a este coso y palabra va, palabra viene...

—Hola, ¿Mario?

Capítulo XXV

El guardián del laberinto

El Guardián encorvado esperaba la llegada de San La Muerte. Daba vueltas en círculo con los brazos enlazados atrás de su espalda y con la mirada clavada en el suelo pisaba sus propias huellas hundidas en la tierra. No podía hacer otra cosa. El lugar empezaba a ocuparse. Como en el círculo de baba del sapo las víctimas quedaban aprisionadas en el barro del laberinto. Como David en el barro de la laguna, ya no podía salir como sus víctimas. Hombre pringoso el Guardián, grandote y feo con cara abollada y colgajos de piel en sus mejillas. ¿Quién puede escapar sin salir lastimado? ¿Quién se anima?

—¿Vos, Dalila, te animás? ¿Y vos, Leo? —les preguntó el Guardián.

David no pudo, pero lo intentó, salvó al muchacho que cruzaba el paso a nivel. Sí, David lo intentó. David era un chico bueno, todavía lo es.

—¿Vos, Tobías? Sí, vos pudiste escapar de la comunidad, esa cárcel religiosa, un Dios encarcelado en cuatro paredes con un mandamás al frente.

—Hugo, no pudiste salvar a tu hermano. No lo llevaste al hospital y se desangró en tu casa. Vos no pudiste.

—Gordopulenta, seguí rompiendo vidrios. En una de esas lograrás romper el maleficio del destino y en lugar de ir a hacerle el aguante a los amigos al cementerio con suerte te harán el aguante a vos.

—Sandra, fuiste la única que supo escuchar el mensaje del expulsado mientras barrías sin parar.

—¿Adrián? Vos pudiste, desnudo, te quedaron las marcas. Te subiste al escenario para que te vieran y te escucharon como cuando eras un pibito en los actos escolares.

—Abel, cabezón, tu mamá no para de sufrir.

—Samuel, una cama para dormir tranquilo, eso esperabas.

—Tu abuelo, Sergio, tu abuelo. Se le olvidó de alcanzarte el plato de comida. Y tuvo su merecido.

—Marcos, ni el Señor de los Milagros te salva.

—Marilí, vení con nosotros y con María para que no sufras más. Aquí hay un paraíso de pan caliente, risas y juguetes. Frazadas calentitas, almohadas bien gorditas. Ropa que abriga.

Minotauro, el Guardián del laberinto cuenta las víctimas, llegan a catorce. Que la parca siga trabajando: más pibes, más pibes y alguna piba para el banquete final.

Capítulo XXVI

Si no me mamaba, no aguanto, fierita

Entran en silencio.

No llega un carruaje fúnebre tirado por cuatro caballos negros con penachos de plumas negras, dos cocheros con levita y sombrero de copa que azotan los caballos que se encabritan y resoplan como negándose a llevar el ataúd de roble con manijas doradas y las iniciales de un ilustre. No.

Esa mañana Dalila cayó en la cuenta de que tendrían que ir al entierro de David.

David va en coche prestado en un cajón de madera ordinario sin manijas, apenas claveteado para que no se suelte la tapa. Los amigos llegan en un micro escolar y el cura de la parroquia del barrio acompaña a la mamá que no entiende qué pasa, al abuelo y a dos hermanitos que preguntan por David. La mamá les dice que ya va a volver. El papá se quedó en su casa solo.

Entran en silencio. El cura dice un padre nuestro en voz baja. Los amigos de David entran en grupos de a tres, van abra-

zados y con las gorras puestas al revés. Algunos se tapan con sus capuchas.

Llevan el cajón en andas. Uno de ellos se tambalea y el cajón se ladea hacia un lado. Es un momento inquietante; se detienen hasta que logran enderezarlo.

—No tendrías que haberte mamado, chabón —alguien le grita al que trastabilla.

—Si no me mamaba, no aguanto, fierita —contesta el increpado.

Las mamás que acompañan el cortejo piden que se callen, que sigan en silencio. Faltaba más esta falta de respeto, estos pibes no aprenden más, comenta una que lleva un ramo de fresias recién compradas en un puesto de flores del cementerio.

Los hermanitos de David se sueltan de la mano de la mamá y se adelantan para ver qué pasa.

—Fabiancito, Doris, vengan para acá ¿Adónde van, carajo? —grita el abuelo.

El cura reza un ave maría en voz baja.

Aparece un empleado del cementerio de uniforme marrón y ordena la fila de penitentes. Los mira sobradamente. Debe pensar que los morochos siempre necesitan un pastor de ovejas, de ovejas descarriadas y que sin ese pastor el desbande sería inminente. Llama a un compañero de trabajo, se pone una pala al hombro y guía a las ovejas. ¡Síganme!

El cura ahora reza un padre nuestro. Lleva un misal en su mano, pero no está seguro de poder usarlo. Hay tensión en el ambiente. Estos pibes no se bancan un sermón, piensa y sigue rezando.

Los pibes avanzan con el cajón detrás de los sepultureros. La mamá, Fabiancito y Doris de la mano del abuelo van detrás. Los pibes se detienen delante de una fosa ya preparada.

En la puerta del cementerio se quedan Leocaradetomate y Dalila. Leo rasguña el bolsillo de su pantalón: no sabe qué busca. Dalila le apoya su mano en el hombro y lo anima a entrar. Ella se puso un vestido negro cerrado hasta el cuello que era de su mamá.

Mientras entran, un hombre joven de anteojos negros se para en la puerta. Antejos de aviador piensa Dalila.

—¿Este tipo no es el cana de la taquería? —le pregunta a Leocaradetomate, lo codea y le hace un gesto con el mentón hacia adelante para que sepa a quién se refiere—. ¿Qué hace este tipo acá? —sigue preguntando—. Si será atrevido el chabón que viene con un ramo de flores.

—A este lo saco a patadas, sí, este es el que iba con el otro zarpado que lo remató al David. Sorprende Leo a Dalila con el comentario.

—Sí, el que me puso el papelito con su teléfono en las tetas. La va de buenito.

Los pibes colocan el cajón sobre el suelo, los sepultureros ponen sogas alrededor para bajarlo a esa profundidad y que no se descalabre. No hay música ni birra hoy. Todavía es pronto para hacerle el aguante al David. Ya volverán dentro de un mes para celebrarlo y que no se quede solo.

La mamá del David empieza con un llanto chiquito hasta que se transforma en lágrimas y gritos. Se agarra la cabeza, se tira de rodillas al costado de la fosa donde está David bien abrigado.

—Aquí no pasará frío ni hambre —le dice el abuelo—. Pero me quedo sin ayudante para hacer las tortillas. Mucho peso para un hombre viejo.

—¿Dónde está el David, mami? —preguntan los chiquitos.

Uno de los sepultureros le alcanza una cruz de madera al abuelo para que la plante arriba del montículo de tierra removida.

—¿Usted es el papá del pibe, no? —pregunta uno de ellos—. Lástima, ¿verdad?

—Bue, digamos que sí —le contesta.

Uno de los pibes pone en la cruz un cartelito con el nombre de David y un banderín de Chacarita enganchado para que no se vuele con el viento. El cura reza el padre nuestro en voz alta y le dice a los pibes que Dios todo lo perdona porque somos sus hijos.

Se persignan algunos con la mano equivocada, piensan que si para Dios todos son sus hijos qué terrible lo que les espera.

Leocaradetomate y Dalila se ubican detrás de la escena desde un buen puesto de observación.

—¿Qué hacés vos acá? —le pregunta Leo al hombre de anteojos negros de aviador—. ¿Viniste solo esta vez?

No sé por qué estoy acá. ¿Cómo llegué? A este pibe lo conozco de hace un tiempo. Le dicen Leocaradetomate en el barrio. Ramón decía que era un pelotudo porque lo llaman así. Yo creo que no. Era muy amigo del pibe que remató Ramón. Sí, yo no fui el que disparó. Y las pibas dentro de la comisaría me daban lástima. Pero todos estos están del otro lado. Si quiero, pego un salto y me voy con ellos.

¿Qué más da?

¿Le tengo que explicar a esta mina que si no fuera por mí seguiría adentro? Que me tuve que aguantar una gastada de Ramón y del telefonista porque les dije que mejor la dejaran afuera? La próxima vez voy a gritarle adentro de un pozo para que le quede retumbando. Sí, eso voy a hacer.

—¿Oíste lo que te pregunté o te hacés el sordo? ¿Que qué hacés acá?

—Ni yo lo sé, pero yo no fui.

Capítulo XXVII

Gauchito Ramón

—Dale, agarralo de las patas, gil, con más fuerza, carajo, que está repesado.

—¿Y vos me venís a decir a mí que lo agarre más fuerte? Este tipo tiene unos brazos como garrotes...

—Tené cuidado que no se le estropee el uniforme. Je, je, je. Hay mucho barro por acá, no se ve un carajo, está oscuro.

El cuerpo del uniformado colgaba, solo estaba sostenido por sus extremos. Los pibes avanzaban sorteando lápidas en el fondo del cementerio. Aunque hacía un poco de frío, ellos sudaban como si estuvieran cerca de una caldera.

—¿Trajiste el cartel? ¿Te acordaste, guacho, de hacerlo?

—En la mochila lo tengo para que no se arrugue.

—Dale, ya llegamos —dijo Sergio con voz de alivio descargando la mole—. ¿Las cintas rojas, también? Te acordaste, digo. Mirá que si no...

—Que si no qué. No te hagas el masterchef que acá sólo veo un gato.

—Dejá de parlotear y ayudame, chabón. Así, bien, así sentadito me gusta más. Apoyalo contra la pared del fondo, cerca del Peladito. Para que no se sienta tan solito, je, je, je. Dejele nomás la sangre de muestra en la jeta para que haga juego con las cintas que trajiste. Jua, jua, jua. Porque vos las trajiste, Leo, ¿verdad?

Bien acomodado quedó, en pose de descanso, la cabeza gacha, los brazos colgados al costado del cuerpo y apoyados sobre el barro.

Por último le arrancaron las charreteras y la insignia de la manga: las tiraron en una tumba cercana. La cinta roja se la colgaron del cuello.

El cartel escrito a mano sobre cartón se acomodó un poco ladeado sobre el pecho: GAUCHITO RAMON se leía.

Capítulo XXVIII

Como la boca de una mina de carbón

Se abrió el portal como la boca de una mina de carbón. Al fondo de la boca negra Leocaradetomate y Dalila vieron una escalera caracol bañada por vapores húmedos que apenas dejaban adivinar a San La Muerte con su capa negra, producía un sonido metálico y golpeaba su guadaña contra la baranda de la escalera. Algunos pájaros de color gris como el humo que se desprende de las cenizas graznaban y daban vueltas en círculo. Producían un efecto hipnótico, nadie que se atreviera a mirarlos podía sustraerse de esa sensación.

Detrás de la escalera, el Guardián de la necrópolis hacía señales con una linterna enfocando alternativamente la cara de San La Muerte de capa negra y su propia cara. Un aro de llaves antiguas colgaba de su bolsillo y tintineaban. El resto era silencio.

Capítulo XXIX

El nombre es como el alma de las personas y las cosas

—Me llevan los demonios, Leo, todos. Se burlan de mis cicatrices. Y sí, claro que las tengo. ¿Cómo no las voy a tener si me pasé la vida poniendo parches a mis agujeros. ¿Te creés que esto es fácil, Leo? Tengo tantos, pero tantos agujeros que casi no me queda piel sin torturar. Un día voy a salir flotando de pura liviana, nomás. Voy a dejar mis medias de red dobladitas y la pollera de cuero sobre la silla y el relleno de mi corpiño para que otra como yo aproveche y se agarre bien fuerte a la mesa para no flotar. Porque seguro que esa también tendrá la piel escoriada como yo de tanta amargura. Todos los demonios, sí, Leo. ¿Me estás oyendo? ¿Por qué me hacés así con la cabeza? No, no me estás escuchando. Es como si hablara a la pared, che.

A Leo se le estaban borrando algunos recuerdos malos, su mamá y el mantel floreado. Todo se iba a arreglar y el hijo de puta de Ramón, el cana que la mató, y el instituto y ese vecino

que pasaba por allí... por eso su mirada parecía perdida. Ensimismado, una imagen se le alojó en su cabeza y no quería salir. La imagen de esa chica, la de la carterita rosa que había pasado al lado de él en la estación. Se sonrojó al recordarla. Tan linda le pareció que no se animó siquiera a intentar decirle un hola. No la conocía del barrio, supuso que era una de las chicas de la parroquia, las que van a reuniones de jóvenes. ¿Y si fuera a la parroquia con alguna excusa? A lo mejor la encuentra y la saluda y siente que ese encuentro le compensa los malos días.

Leo podría invitar a la chica a una pizzería y preguntarle cómo se llama. Valeria es un lindo nombre, seguro se llama Valeria pensó Leo. Hasta podría animarse a contarle que él andaba de joda, pero que se había rescatado. Claro que si la chica es una piba buena, es un poco riesgoso contarle algunas cosas. Peor si le dice donde vive. Está seguro que lo mejor será pedirle la moto prestada a uno de los chabones y aparecerse en la parroquia a pura facha.

—Con esa cara de bobo que ponés seguro que estás pensando en una minita. ¿Me equivoco? —le volvió a preguntar Dalila.

—No, no te equivocás. Vamos, nomás.

Tenían que atravesar el barrio. A Dalila y Leo no les importaba tener que atravesarlo porque estaban en territorio conocido, aunque el fondo del barrio tenía sus particularidades. En otra época Leo iba allí a fumarse unos nevados con los otros pibes para que los vecinos de adelante no los vieran. Mejor esconderse y hacer como si nada.

Los pasillos se estrechaban cada vez más. Las casas que daban a la calle de entrada respiraban en la canchita desde donde

se podía ver a los pibitos jugar a la pelota. Más adelante las casas se encimaban unas sobre otras. Los pasillos no eran rectos, uno podría encontrarse de repente con un borracho perdido, un perro husmeando la basura o un carro tirado por un hombre cinchando de ambos pasamanos aplastado por los trastos viejos que había podido recolectar ese día. En esa montaña enclenque se podría encontrar una heladera vieja, un televisor roto, una pila de cartones, un calentador a queroseno, una silla descuajeringada, una maleta inservible y arriba un pibito de unos dos años.

Algunas casas se despegaban del pasillo por medio de rejas improvisadas. Otras tenían colocadas latas con plantas y la mayoría dejaba ver la ropa tendida de sus habitantes.

Las más pretensiosas se levantaban un piso más con ladrillos de canto a la vista y una escalera exterior sin baranda.

Pero el fondo era el fondo, territorio exclusivo de pibes que se juntaban para consumir pasta base o fumarse un nevado. Allí nadie se atrevía a entrar, después venía el zanjón y más allá el terreno plagado de coches desarmados, esqueletos yacentes oxidados con sus llagas expuestas de puertas sin manija, paragolpes quebrados, ventanillas rotas, asientos cortajeados. Cadáveres de autos de origen clandestino. Hasta allí nadie se atrevía. Solo los pibes. Un lugar donde los vivos ranchan, los muertos no pueden.

Hasta allí fueron Leocaradetomate y Dalila. Oscurecía, poco se diferenciaban unos de otros, Leo podía ser Leo o cualquier otro pibe. Podía ser Abel o el Gordopulenta, quizás Omar. Era Leo acompañado por una mina grandota que olía a perfume barato. Los tacones se le hundían en el suelo, por eso se tomaba del brazo de Leo para caminar un poco más erguida. Los pibes de la rancha-

da apenas los miraron, sin curiosidad como si se tratara de peregrinos frecuentes, siguieron fumando y hablando en voz baja.

De la quema a cielo abierto se veían chispas inquietas que se desprendían de la fogata. Al acercarse Dalila y Leo vieron que ardían papeles de colores y que se posaban en el pelo de los pibes tiñendo de colores sus cabezas. Era una quema de carteles. Una pluma apareció de pronto. La pluma volaba delicadamente. ¿Dónde estaba el pájaro azul que, aleteando, perdió una de sus plumas? El aire caliente desplazaba los papeles, la pluma solitaria finalmente se posó en el brazo de Leo. La miró de reojo, no vaya a ser que su dueño viniera a reclamársela.

—Le voy a poner nombre a la pluma, Dalila —le dijo Leo perplejo ante su descubrimiento—. El nombre es como el alma de las personas y de las cosas. Vos, Dalila, tenés el alma en tu nombre. Sos la que tiene la llave y yo soy Leo, león.

—Leo, no sé si me estás hablándo a mí o las palabras están atoradas en mi cabeza y es mi imaginación. ¿De dónde sacás esas cosas?

—Ahora soy yo el atrevido ¿viste, Dalila? Esta pluma me trajo un mensaje. Dale, sigamos caminando.

Bordearon el zanjón de agua estancada con olor nauseabundo tapándose la nariz para llegar al portal.

—Me parece escuchar campanas de iglesia. ¿Las escuchás, Dalila?

—No, Leo, no escucho nada.

Capítulo XXX

Sí, se había abierto el portal como la boca de una mina de carbón. Los pájaros de color gris se desprendieron de las cenizas, siguieron dando vueltas en círculo. San La Muerte y el Guardián de la necrópolis se miran y finalmente la luz de la linterna apunta a Leo y Dalila.

—¿Ves esa puerta abierta? Hay dos sombras allí.

—¿Son sombras o son cobanis?

—Mirá si los cobanis van a andar por aquí a estas horas de la noche y en el fondo del barrio. No me hagás reír.

—Nos están enfocando a nosotros, Dalila. ¿Nos están llamando? ¿Querrán que entremos? Tengo miedo, Dalila.

La boca de San La Muerte parecía decirles algo. Leo recordó que aquella vez cuando anduvo merodeando por el barrio exigió una respuesta. La parca ya había elegido su presa, ¿por qué la insistencia?

—Tengo miedo, Dalila.

—Yo también ¿Por qué mejor no pegamos la vuelta?

- Ya no escucho las campanas de la iglesia.
- Pero las sombras siguen allí, ya no se ve nada.
- Va a ser mejor que nos vayamos. Debe ser difícil estar muerto.

Índice

Prólogo.....	7
Capítulo I Una covacha donde no hay ventanas.....	9
Capítulo II Un algo viscoso con olor a saliva fermentada	15
Capítulo III Se sintió importante por primera vez.....	21
Capítulo IV ¿Por qué no me mirás, mamá?.....	25
Capítulo V Le quedó clavada en la cabeza la palabra horror.....	31
Capítulo VI No seas imbécil, soy tu aliado.....	35
Capítulo VII Hija de puta la adrenalina.....	45
Capítulo VIII Acá adentro soy yo y mi chumbo.....	55
Capítulo IX ¿Sos de la escuela o estás afuera?	61
Capítulo X Mamita, cuidá mis zapatillas.....	67
Capítulo XI Espejo buchón.....	73
Capítulo XII No sufras.....	79
Capítulo XIII Seguí comiendo barro.....	85
Capítulo XIV Mi abuela se llama Elsa	91
Capítulo XV Acá somos de ley.....	97
Capítulo XVI Vos que tenés fe, aprovechala	103
Capítulo XVII El diablo metió la cola	111

Capítulo XVIII	No hay Cristo que lo detenga.....	117
Capítulo XIX	Guarda que viene la yuta	123
Capítulo XX	¿Para qué sirven los miedos sino para que dejes de bracear?....	131
Capítulo XXI	A mí me miró	135
Capítulo XXII	¡Fue David!	137
Capítulo XXIII	¿Para qué sirve la chapa si no?.....	145
Capítulo XXIV	Hola, ¿Mario?	151
Capítulo XXV	El guardián del laberinto	155
Capítulo XXVI	Si no me mamaba, no aguanto, fierita	157
Capítulo XXVII	Gauchito Ramón	163
Capítulo XXVIII	Como la boca de una mina de carbón	165
Capítulo XXIX	El nombre es como el alma de las personas y las cosas	167
Capítulo XXX		171

